

A D R I L U N A

A D R I L U N A

Embarazada
^y
Rechazada
_{por el}
Magnate



A D R I L U N A

Nota de la Autora



¡Hola, querida lectora! Bienvenida al universo de Marina Bianchi y Matteo Ferrara. Aquí encontrarás un romance cliché de esos que tanto amamos. Nuestro protagonista tiene una personalidad soberbia, canalla, pero te garantizo que, ya en el primer capítulo, querrás guardarlo en un frasquito. Marina, por su parte, es una joven que no tiene pelos en la lengua ni se queda callada ante una ofensa, y eso es todo lo que convierte en perrito faldero a un heredero multimillonario que cree que puede tenerlo todo.

Embarazada y rechazada por el magnate – La heredera secreta es una novela recomendada para mayores de dieciocho años, debido al lenguaje inapropiado y a las escenas explícitas de sexo. Si tienes menos de dieciocho años, este libro no está recomendado para ti.

Con cariño,
Adri luna

Copyright © 2023 Adri Luna

Maquetación: Adri Luna

Revisión: Sônia Carvalho

Lectura beta: Letícia Ribas - Samanta Marinho – Jéssica Nery

Libro registrado en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, en agosto de 2023.
Recife – Pernambuco, Brasil, 2023.

Todos los derechos reservados. Informamos que todos los derechos de esta obra están reservados y protegidos por la ley 9.610 del 19/02/1998. Ninguna parte ni personajes de este libro, sin la autorización previa de la autora por escrito y registrada, podrá ser reproducido o transmitido, sea cual sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotográfico, grabación o cualquier otro.

Esta es una obra de ficción; cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

CONTACTO:

Correo electrónico: autoraadriluna@gmail.com Instagram: @autoraadriluna

Dedico este libro a todos aquellos que, en algún momento de sus vidas, han experimentado el dulce sabor de la pasión y la amargura de la desilusión. Que estas palabras sirvan de inspiración, recordándonos a todos que, a pesar de las adversidades, nunca debemos rendirnos, porque el amor es aún más sabroso y sereno cuando lo encontramos en el camino de la vida. Que cada página de este libro sea un recordatorio de que el amor verdadero es un tesoro que vale la pena buscar y preservar.

Sumário

[Nota de la Autora](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[01](#)

[02](#)

[03](#)

[04](#)

[05](#)

[06](#)

[07](#)

[08](#)

[09](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimiento](#)

Sinopsis



Matteo Ferrara

Soy el tipo de hombre que normalmente **atrae a interesadas**, y durante mucho tiempo mantuve relaciones basadas **en acuerdos económicos**, pagando y marchándome. Sin embargo, algo en aquellos ojos verdes penetrantes y en la lengua afilada de Marina me hechizó. Su cuerpo parecía haber sido esculpido por el más talentoso de los artistas, y su sonrisa tenía el poder de dejarme completamente desarmado. Sin embargo, **me sorprendió un embarazo inesperado**, y entendí que Marina era una más de esas mujeres que **buscaban una vida fácil a costa de otros**. Ese tipo de mujer, **yo siempre lo descartaba** como si fuera una simple pieza en un juego que ya estaba cansado de jugar.

Marina Bianchi

Nunca imaginé que el amor pudiera encontrarme, y lo peor de todo, que sería **rechazada estando embarazada**.

El día en que conocí a Matteo, sus ojos desbordaban lujuria, y sus palabras encantadoras y su encanto envolvente me **sedujeron por completo**. Nunca, en toda mi vida, imaginé que **sufriría una humillación tan profunda**. Pero ¿qué podía esperar de un heredero multimillonario que se involucra con una chica sencilla, **desprovista de apellidos pomposos**?

Matteo me presentó el **dulce sabor de la pasión** y, cruelmente, me hizo probar el **amargo de la desilusión**. Me marchó, **llevando conmigo al hijo** que él jamás conocerá. Y si algún día nuestros destinos vuelven a cruzarse, **él nunca sabrá de la existencia de este niño**. Juro que un día todos conocerán mi nombre, **despreciaré a Matteo** de una manera que jamás olvidará.

Prólogo



Marina Bianchi

Estoy angustiada esperando a Matteo, lo llamé para hablar en un lugar más tranquilo de la fiesta, y con esa sonrisa cínica y maliciosa de siempre dijo que llegaría en unos minutos. Mientras espero, me descubro pensando qué diablos hago aquí, apretando entre los dedos una prueba de embarazo, a punto de decirle a un hombre que nunca me propuso una relación seria que estoy embarazada de él.

—Es lo correcto, Marina, él necesita saberlo, al fin y al cabo, no hiciste este bebé sola —me digo a mí misma, mientras me arrastro por la pared intentando pegar la espalda a ella para no huir de toda esta situación.

—¿Me extrañabas? —Oigo su voz grave detrás de mí, enderezó la postura y, con esa sonrisa cínica y descarada de siempre, se acerca y deposita un beso apresurado en mis labios.

—Espera, Matteo. —Lo empujo y él me mira confundido.

—¿Qué, ahora vas a hacerte la difícil? —pregunta con los brazos extendidos y el ceño fruncido.

—¿Y tú vas a hacerte el imbécil? No es que no lo seas, pero conseguías fingir bien a mi lado.

—Marina, ¿en serio me llamaste aquí para volver al asunto de tu amiga? Ya te dije lo que pienso...

—Estoy embarazada de un hijo tuyo —digo sin más rodeos, interrumpiéndolo.

Su expresión cambia por completo, y podría jurar que está a punto de sufrir un infarto. Suelta una carcajada sin una pizca de humor, y veo su nerviosismo.

—¿Mío? —pregunta con desdén—. Vamos a resolver este asunto, Marina, yo no quiero tener hijos y, cuando quiera tenerlos, no será con alguien como tú.

Mis ojos se llenan de lágrimas y lucho por creer sus palabras.

—¿Qué clase de hombre eres? —grito, golpeando contra su pecho.

Respira con dificultad y mira hacia los lados como quien se esconde, se acerca a mí dejándome contra la pared, nuestros rostros tan cerca que puedo sentir el olor de su respiración, el mismo que me calmó tantas veces en una noche de tormenta.

—No vengas con ese discursito, tú siempre supiste qué tipo de hombre soy. El tipo que folla y se va al momento siguiente, aquel que no quiere compromiso.

Hacía bastante tiempo que no veía a ese hombre, quizá ese fue mi error, haber dejado de ver quién es en realidad.

—Espera el contacto de mi abogado, Marina, él te sacará de Milán y resolveremos este asunto, pero no te preocupes, serás bien indemnizada y al final verás que fue lo mejor —dice ya de espaldas.

01



Matteo Ferrara

Algunos meses antes de la noticia del embarazo.

Es una noche de sábado y estoy en Ibiza, suelo salir a discotecas, aprovechando mis días al máximo, no me queda nada más que eso. Estudié Contabilidad, Emiliano lo exigió, ya que siempre necesita mi ayuda para administrar los hospitales. Laura, mi hermana mayor, asumirá la presidencia cuando llegue el momento. Y, para ser sincero, no estoy preocupado por eso, siempre y cuando pueda vivir mi vida en paz, como ahora, mientras observo a una de las chicas que baila despreocupada en medio de la pista de baile.

El teléfono vibra en mi bolsillo, me aparto hacia un lugar menos ruidoso para atender a Enrico, mi cuñado.

—*iMatteo! iMatteo!* —repite mi nombre, y su voz desesperada hace que se me hiele la sangre.

—¿Qué pasó?

—*Laura, ella mu...*

Dejo caer el teléfono al suelo antes de que termine de hablar, y siento un inmenso agujero abriéndose bajo mis pies.

—Señor, ¿está todo bien? —Uno de los guardias de seguridad se acerca.

—Prepara mi vuelo a Milán, ahora.



Lloro sobre el cuerpo helado de mi hermana, tendido en un ataúd. Está cubierto por sus flores favoritas, y sus manos están debajo de las de Enrico, el único hombre al que amó. Él está destrozado, igual que todos nosotros. Mi padre está en shock, no dice una sola palabra, solo llora con los ojos fijos en Laura, pero se permite gritar en el momento en que los empleados empiezan a cerrar el ataúd.

—A partir de hoy, eres el único heredero Ferrara, así que, por favor, Matteo, actúa como tal. El único vínculo que me mantenía unida a Emiliano acaba de irse, así que nada le impide echarnos de la casa. —Mi madre sopla en mi oído mientras mi padre sale del velorio en una ambulancia.

Regreso al coche y cierro los ojos, reflexionando sobre lo irónicas que son las cosas. “Único heredero”, me río de esas palabras mientras una lágrima resbala por mis ojos. Recuerdo una de las Navidades en que volví de Nueva York, donde estudié la universidad. Fue la peor noche de mi vida, la noche que moldeó quién soy hoy.

“Era Nochebuena y me encontraba de camino a Milán para pasar las fiestas con mi madre y mi hermana. Hacía ya tres años que me había mudado a Nueva York para estudiar, un tiempo que parecía demasiado largo, pero existía una insistencia de mi padre en mantenerme alejado, a pesar de todos mis esfuerzos por complacerlo. Llamar a Emiliano «mi padre» debería ser algo común, al fin y al cabo, él me crio desde mi nacimiento. Sin embargo, se empeña en recordar que soy un bastardo, hijo de un modesto empleado con quien mi madre tuvo una relación durante una de sus muchas peleas.

—Matteo, deja las maletas ahí y ve directo al despacho, tu padre tiene asuntos que hablar contigo —dijo mi madre, sin demostrar demasiado afecto después de meses sin verme.

—Yo también te extrañé, madre.

—Quisiera decir lo mismo, si no me trajeras tantos problemas. Ahora ve, tu padre te está esperando.

Caminé con pasos vacilantes y llamé a la puerta del despacho.

—¡Adelante! —la voz firme y autoritaria me dejó aprensivo, aunque mi padre solía fingir ser paternal y dar algunas caricias cuando le convenía.

—Sí, ¿quería hablar conmigo?

Antes incluso de que me acercara al escritorio, lanzó varias fotos sobre él con rabia.

—¿Recuerdas lo que acordamos, Matteo? —gritó, y yo temblé por dentro mientras me acercaba.

¿Qué hacían las fotos de Camila en aquella mesa?

—¿Camarera? ¿En serio? Tienes la sangre de tu padre, pobre como él.

Mis manos vacías se cerraron en los bolsillos del pantalón.

—No es nada serio —mentí.

—Claro que no, imagino que no lo es. ¿Sabes lo difícil que es encontrar un buen matrimonio para un hijo bastardo?

—Cómo no iba a saberlo, si usted me lo recuerda a cada segundo.

—¿Quieres mujeres, Matteo? Consigue unas prostitutas, paga y todo estará bien.

—Ella no es ese tipo de mujer —murmuré entre dientes.

—No, ella es el tipo de mujer que se embaraza y pide la mitad de tus bienes.

—Eso no va a pasar.

—Claro que no, yo ya me encargué de ese asunto. A partir de hoy, terminas la universidad aquí y trabajarás en la matriz, sin volver a Nueva York ni siquiera de paseo.

—¿Qué quiere decir con que se encargó de ese asunto?

—Ah, ¿no sabes que la vendedora de café estaba embarazada?

Se me heló la sangre y lo miré sorprendido.

—¿Estaba?

—Sí, ya resolví eso, pero no te preocupes, fue muy bien indemnizada.

—¿Lo resolvió cómo?

—No seas ingenuo, lo resolví de la manera en que debí haberlo resuelto cuando tu madre apareció embarazada de ti.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos, ardientes. Le di la espalda para secar rápidamente una única lágrima que se empeñaba en resbalar por mi rostro y retomé mi posición, mirándolo de frente.

—Ya que todo está resuelto, voy a deshacer las maletas, Emiliano.

—Padre, soy tu padre a todos los efectos.

—Claro, agradezco que me conceda ese honor.

Le di la espalda y salí del despacho, cerrando la puerta tras de mí. Mi madre lo había oído todo desde fuera, pero no había compasión en su mirada, solo desdén. Parecía que yo había cometido un crimen por enamorarme de una mujer de clase social inferior. Pasé de largo junto a ella y subí a mi habitación, tomando el teléfono con desesperación. Camila me necesitaba.

—¿Hola? —oí su voz firme al otro lado de la línea.

—Mila, ¿cómo estás? Voy a volver, ¿está bien?

—Matteo, tu padre ya lo resolvió todo, no necesitas volver.

Busqué rastros de tristeza en su voz, pero no los encontré.

—Mila, yo no tuve nada que ver con eso. Volveré y enfrentaremos esto juntos.

—Matteo, ¿eres ingenuo? Tu padre no me obligó a nada. Me embaracé porque quise, pero él me mostró que sin el niño ganaría más, y acepté. Ahora discúlpame, me estoy mudando. Tu padre transfirió una mansión a mi nombre.

Corté la llamada, incapaz de escuchar un segundo más. ¿Será que él tenía razón todo el tiempo? Me levanté de la cama donde estaba postrado y sequé las lágrimas que me permití derramar por última vez.”

Emiliano siempre soñó con un hijo, y aquel día decidí que dejaría de ser tratado como un bastardo. Él tenía razón, siempre la tuvo. Soy un Ferrara, y a partir de ese momento, empecé a actuar como tal. No ha sido fácil hacer que me mire como a un hijo, pero hoy me parece que se quedó sin opciones y eso definitivamente no me hace feliz, porque preferiría mil veces tener a Laura aquí conmigo.

Algunos días después del velorio

—Matteo, empieza a trabajar en la empresa —dice, mientras se lleva el vaso de jugo a la boca.

—¿Alguna noticia de Enrico? —me pregunta directamente.

—Necesito que asumas también la presidencia de la nuestra, me siento imposibilitado para realizar las actividades por un tiempo.

—¿Es en serio? —pregunto con incredulidad.

—Daré lo mejor de mí, padre.

—Eso espero. Ahora subiré.

—Sí, mi amor, descansa —dice mi madre con una voz dulce y serena.

Lo observamos hasta que desaparece en lo alto de la escalera.

—Es tu oportunidad de demostrar tus cualidades.

—Sabré aprovecharla, madre.

—¿Y Enrico?

—Iré a verlo hoy, solo repite las últimas palabras de Laura, sobre el niño, ya sabe.

—No es nada nuestro, deja que Enrico se encargue de eso —dice con frialdad, mientras usa la servilleta para limpiarse la comisura de la boca.

—Era el sueño de Laura, así que lo ayudaré con eso.

—Haz lo que quieras, no voy a considerar a un niño que ni siquiera tiene mi sangre.

—¿Y si Laura estuviera viva?

—Haría un esfuerzo por ella —declara, levantándose de la mesa.

Vi a mi hermana sufrir por no poder gestar un hijo, ¿cómo iba yo a rechazar su sueño? Aunque fueran engendrados en un vientre de alquiler, sigue siendo su deseo. Me levanto y voy al encuentro de Enrico, sacarlo de la cama es mi primera acción, el resto vendrá con el tiempo.

Entro en el coche para ir hasta él y muestro mi mejor sonrisa, no necesitamos a dos personas llorando, si Laura quería ese niño, entonces vamos a traerlo a Milán.



Algunos días después...

La tarea de sacar a Enrico de casa no fue fácil, pero aquí estamos, en Florencia, en el pasillo de una clínica de quinta, intentando encontrar pistas sobre la mujer que va a gestar a mis sobrinos.

—No habría venido hasta aquí si no fuera por ti —dice con un pie apoyado en la pared.

—Lo sé bien, no ha sido fácil para nadie, Enrico, sé que superamos el dolor, aunque la nostalgia permanezca.

—¿Y Emiliano, cómo está? Vi que te llamó esta mañana.

—Quiere que vuelva, sabes que ahora estoy al frente de la empresa.

—Tal vez esto demande tiempo, no sabemos cuándo encontraremos a esa mujer, así que deberías regresar.

—Tranquilo, ¿a quién pondría en mi lugar? —Me encojo de hombros con burla.

Enrico está destrozado, Laura apareció con la noticia de que él sería padre y lo dejó solo con apenas pistas de dónde encontraremos al niño, y al llegar al lugar nos encontramos con un tugurio de quinta. Encima, tuvieron el favor de inseminar a la mujer equivocada, y ni siquiera saben quién es. Así que aquí estamos, en medio del caos, esperando la suerte y, por supuesto, a buenos detectives que ya están trabajando para descubrir quién es.

Dos jóvenes entran y se detienen frente a nosotros, la rubia es extremadamente hermosa, no es que la otra no lo sea, pero enseguida veo a Camila con su largo cabello dorado, sí, todavía la recuerdo con rabia y rencor.

—La rubia es hermosa —le digo a Enrico, que pone los ojos en blanco.

—Deberías tener cuidado para que no venga con regalo incluido —se burla.

Nos quedamos oyéndolas contar sus desventuras, embarazo no deseado, ese es su problema.

Mis ojos descansan sobre los ojos verdes de la amiga, tiene un aire insolente, libre, y eso me gusta.

El médico que esperamos aparece en el pasillo, ellas se adelantan y entran con él en el consultorio, y las voces alteradas pueden escucharse desde el pasillo. Miro a mi cuñado con asombro. Estamos frente a la mujer que lleva al hijo de Laura. Una vez más recuerdo a Camila, su manipulación y sus planes secretos de quedarse embarazada de mí. En el fondo, ellas solo quieren dinero y no espero menos de la chica rubia que entró en ese consultorio con cara de víctima.

—Sí, Enrico, parece que el destino está de nuestro lado —digo cuando las veo salir de la sala, y una vez más me siento atraído a enfrentar los ojos verdes y el semblante fuerte de la chica al lado de la rubia que ahora sé que lleva a mi sobrino.

—Sí, parece que la encontramos más rápido de lo que previmos.



Mientras Enrico descansa en el hotel, salgo por las calles de Florencia. Quedarme encerrado en una habitación definitivamente no está en mis planes, y cualquier lugar sirve mientras no esté preso. Después de caminar lo suficiente, como un turista que observa todo a su alrededor, me detengo en un café. Es un poco más modesto en comparación con los que frecuento en Milán, pero parece ser lo mejor que puedo encontrar aquí. Me siento y hago mi pedido, mientras observo el movimiento de las personas por la ventana. Es

monótono, pero, al mismo tiempo, relajante, y solo disfruto de mis pensamientos.

Entonces, oigo una voz alterada proveniente de una discusión cercana.

—¡Mira lo que hiciste! ¡Mi camisa está arruinada! Mierda, ¡está caliente! —La voz irritada me hace girar de inmediato para ver qué ocurre, pero pronto pierdo el interés y vuelvo a concentrarme en mi café.

—Vas a sobrevivir, ¿no? Al fin y al cabo, es solo una camisa. —Reconozco la voz y vuelvo mi atención hacia la chica que antes estaba escondida entre la gente. Tiene ambas manos en la cintura y una mirada desafiante.

El hombre insiste:

—¡Pide disculpas!

Ella simplemente niega con la cabeza y responde con firmeza:

—No, le pediría disculpas a cualquiera que no fuera tan maleducado.

Alza una ceja y se encoge de hombros, pareciendo completamente imperturbable. Su actitud audaz e independiente llama mi atención, y mi curiosidad solo aumenta. Sigo observándola discretamente, ya la he visto antes en la clínica, acompañando a la amiga que, coincidentemente, es la mujer que lleva a mi sobrino en su vientre. Y ahora, aquí está ella, enfrentándose a un hombre furioso en un café modesto de Florencia. Después de presenciar la discusión y ver a aquella chica sin bajar la cabeza, regreso con esa mirada firme grabada en mi mente.

03



Marina Bianchi

Me aferro al problema de Isabella como si también fuera mío, esto no debería estar ocurriéndole a ella, embarazada y sin haber conocido nunca a un hombre, es como mínimo indignante.

Murmuro mientras intento olvidar mi vida caótica.

—Marina, tu madre aún no ha llegado, ¿no vas a hacer comida? —grita el marido de mi madre, probablemente tirado en el sofá.

Solo espera que pase varias veces frente a él para entonces poder tocarse de forma nada discreta bajo los cojines.

—No voy a hacer nada, ya comí, si quieres comer, hazlo tú también —grito.

No hay nada que me haga destrancar la puerta de mi habitación cuando estoy sola con ese asqueroso.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así, eh? —brama detrás de la puerta.

—¡No soy tu empleada!

—¿Y yo soy el tuyo? Porque comes del dinero que traigo a esta casa.

Aprieto la mandíbula con fuerza y me hundo entre las almohadas, colocando una de ellas sobre mi cabeza, amortiguando el sonido de sus gritos.

—Cuando te agarre, mocosa, ya verás. —Oigo un estruendo en la puerta, probablemente de una patada.

—¿Qué está pasando aquí? —la voz calmada de mi madre parece enfurecerlo aún más.

—Tu hija no hizo nada para que yo comiera —se queja, y me encojo con el ruido de cristales rompiéndose.

—Lo haré ahora mismo.

—¿Dónde estabas? ¿Eres otra zorra igual que tu hija? —vocifera.

Cierro los ojos conteniendo las lágrimas que amenazan con caer. No lloraré por su culpa, seré fuerte hasta el día en que deje esta casa. Regreso mi mente al problema de Isa, hoy se hizo el examen, y la próxima vez que vayamos allí espero que ya nos digan quiénes son los padres del niño. Y así es como olvido los míos, enfocándome en ayudarla.



Algunos días después...

Me despierto con el mensaje de Isabela, el resultado del examen ya está listo, y antes incluso de que ponga un pie en el suelo, oigo los gritos de mi madre informando que Isabela está en casa.

Ella se sienta angustiada en mi cama, veo en sus ojos las ganas de no tener que entregar al niño, pero es algo inevitable y necesario.

—Entonces, me voy a arreglar e iré contigo a la clínica —digo saltando de la cama.

—Apagué mi teléfono, tengo miedo de saber quiénes son los padres.

—Isa, ya pensaste en todo lo que soñaste, tienes un futuro por delante, resolveremos pronto esta cuestión y podrás volver a tu vida normal.

Me mira con una mirada suplicante, como si esperara que yo dijera lo contrario, algo como: huiremos, te esconderé. Sé que estoy bastante loca como para eso, pero por ahora pienso mucho más en ella y en el futuro que la espera.

Cuando por fin llegamos a la clínica, la recepcionista dice que podemos entrar, pues el médico nos espera. Los pasos de Isa se clavan cuando encontramos a dos hombres.

—No sabía que estaba atendiendo —dice, y yo contengo la carcajada. ¿Qué hacen dos hombres en una clínica ginecológica?

—Ellos están aquí por el mismo motivo que usted —responde el médico. Yo solo miro al joven hermoso con una mirada clavada en mí y un calor absurdo invade mi cuerpo.

—¿Ustedes son los padres del bebé? —pregunta ella, asombrada, y la risa corre libre tanto de mi parte como de la de él.

—No, yo soy el tío, el padre es él —responde aún con una sonrisa.

Después de que todo queda casi resuelto, salimos de la sala, pero el padre del niño nos alcanza todavía en el pasillo.

—Isabella, ¿podemos hablar en un café aquí cerca? —pregunta.

Ella me mira como si esperara una aprobación, es obvio que necesita hablar con él. Asiento con la cabeza, no como forma de autorización, sino como un apoyo, diciéndole que estoy con ella y que todo saldrá bien.

Mientras ellos caminan juntos hacia la salida, me encuentro al lado del tío del niño.

—Entonces, parece que nos toca hacernos compañía el uno al otro —dice y enseguida extiende la mano—. Matteo Ferrara, mucho gusto.

—No tengo idea de quiénes son los Ferrara, pero por la forma en que lo pronunciaste, deben de ser importantes. En cuanto a mí, soy Marina Bianchi. —Extiendo la mano de vuelta y veo una sonrisa presuntuosa en su rostro.

—Sí, somos importantes —confirma caminando a mi lado.

—Qué bien, el niño tiene padres ricos, eso es estupendo.

Entrecierra los ojos, estudiándome, y pronto vuelve a hablar:

—¿Qué, esperan ser indemnizadas? —pregunta con tono burlón, revelando su verdadera cara. Conozco a ese tipo desde lejos.

—¿Indemnizadas? No, yo no estoy embarazada, e Isabella y yo somos amigas, no pareja, pero ella tiene una vida, ¿sabes? Un novio, con quien, por desgracia, ya no está por culpa de todo esto.

—Ya veo, parecen humildes.

—Y tú pareces un niño rico resentido. ¿Qué pasa? ¿Tienes problemas con la herencia? —me burlo—. Ubícate, nadie aquí está hablando de dinero.

—Quiero conocerte mejor, ¿qué te parece si me das tu número?

—¿Quieres llevarme a la cama? —Él abre los ojos como platos y yo suelto una carcajada—. No querrás que crea que quieres charlar conmigo para después presentarme a tus padres como la chica del suburbio de Florencia.

—Si hubiera sabido que eras tan liberal, habría ido directo al grano.

—No dije que soy liberal, solo estoy describiendo a un canalla, algo que conozco bien con solo olerlo.

—Entonces, ¿nada de teléfono? —Se encoge de hombros.

—Entrégame tu aparato, te daré mi número, porque en el fondo me gustan los canallas, quién sabe si no eres el próximo de la lista.

—Solo quiero creer que estás bromeando.

—En cuanto a que tengas la oportunidad de ser el próximo de la lista, sí, pero el resto es verdad.

Caminamos un buen rato a pie hasta detenernos frente al café. El padre del bebé sale furioso y desde fuera puedo ver a Isabela hablando con Ângelo, el exnovio, por la ventana del establecimiento.

—Aquí está el número de Isa, por si lo necesitas —digo entregándole un pedazo de papel con el número.

Cada uno siguió su camino, y aunque su olor quedó pegado en mi mano, sé que ese es un terreno donde quien pisa se hunde, y yo siempre me siento atraída por esas aventuras.

04



Matteo Ferrara

Recorro con la mirada el número de ella grabado en la pantalla, y las ganas de llamarla me consumen, pero oigo la voz de Emiliano recordándome que necesito elegir bien a las mujeres con las que me relaciono. Desde que decidí ser el hijo que él espera, vivo acostándome con putas. Confieso que tengo miedo de una nueva relación, y cuando ese día llegue necesito hacerlo con alguien que me ayude a ganar prestigio en la sociedad. No con alguien que no tenga un nombre que aportarme.

Con una sonrisa descarada, vuelvo a mirar el teléfono, sintiendo una enorme excitación por ella, así que decido enviarle un mensaje.

Matteo: ¿Qué tal, Marina? Oí decir que te gusta salir con canallas, ¿es verdad?

Marina: Ah, ¿oíste eso? Entonces, ¿cuál es tu idea, señor Canalla?

Matteo: No tenemos tiempo para la seriedad, Marina. La vida es demasiado corta para preocuparnos por compromisos. ¿Qué tal si solo salimos, solo para divertirnos? Será una experiencia inolvidable, ¡lo prometo!

Marina: Hmm, eres muy convincente, Matteo. Vamos, acepto el desafío. Sin compromisos, solo diversión. ¡Sorpréndeme!

Lanzo el teléfono sobre la cama con una euforia que no sentía desde hace mucho tiempo. Y vuelvo a tomarlo enseguida para enviarle una dirección que encuentro en el buscador.

Me doy una ducha rápida y voy hasta el lugar acordado, un hotel de lujo. Nada como mostrar todo lo que puedo ofrecer para acortar la fase innecesaria de la conquista, al fin y al cabo, no pasará de ser una diversión.

Llego al hotel y la encuentro observándolo todo con curiosidad.

—¿Te hice esperar mucho? —soplo en su nuca y ella se gira con una sonrisa que me dice que todo será fácil.

—Vaya, un hotel elegante, Matteo. Realmente no escatimas, ¿eh? Estoy impresionada.

Sonrío satisfecho mientras la acompaño hasta la recepción.

—Solo elijo los mejores lugares para mis víctimas... quiero decir, para mis invitadas.

Ella se ríe, una risa cargada de ironía, cuando la recepcionista nos saluda.

—Buenas noches, señor y señora. ¿Cómo puedo ayudarlos hoy?

—Reservé una habitación —respondo.

Miro a Marina, que parece cómoda con el hecho de que vayamos directamente a la habitación, y como no hay objeción, simplemente sigo.

La recepcionista nos entrega la llave de la habitación y caminamos por el pasillo.

—Entonces, Matteo, ¿sueles traer a todas tus invitadas a lugares así?

Suelto una risa y paso el brazo alrededor de ella en broma.

—Claro, todos los lunes. En realidad, esta es mi segunda cita de hoy.

Ella me da un empujón leve y reímos juntos, al mismo tiempo que abro la puerta de la habitación. Pedí que prepararan una mesa con todo para que cenáramos en la terraza de la habitación y, por supuesto, espero más que eso.

—Entonces, ¿qué te parece la habitación?

—Esta habitación es bastante... impresionante. Realmente sabes cómo sorprender a una invitada en tus lunes tan movidos.

Suelto una carcajada.

La acompaño hasta la terraza, donde nos espera una mesa elegantemente preparada con una vista deslumbrante de la ciudad.

—Bueno, Marina, pensé que podríamos aprovechar la vista mientras cenamos y, por supuesto, aprovechar más que eso, si estás dispuesta.

Ella sonrío con malicia y se sienta a la mesa.

—Debes de estar acostumbrado a relacionarte con putas, eso ya me quedó claro.

Las palabras de Marina me toman por sorpresa y, por un instante, mis ojos se abren mientras mi respiración se acelera. Me toma desprevenido, pero enseguida recupero la compostura, intentando mantener la calma.

—No me mires así, Matteo. No te estoy condenando, solo estoy siendo honesta. Ahora siéntate, vamos a cenar.

Me siento un poco fuera de control, dejándola conducir la situación de una manera que normalmente sería mi papel. Sin embargo, algo en la forma en que se expresa y se comporta me deja intrigado y atraído.

—Vine porque quise, estaba aburrida en casa, y tú no vas a quedarte mucho tiempo en Florencia, así que en unos días ni siquiera recordaré que pasaste por aquí —dice y suelta una risita, mientras nuestras miradas se encuentran.

—¿Será?

En ese momento, mis ojos se fijan en sus labios rosados, que contrastan de forma irresistible con su piel blanca y sus ojos verdes. Estoy a punto de jugar el juego en el que quiero ganar.



Marina Bianchi

Me hace gracia la forma en que me mira, visiblemente contrariado, por creer que soy una presa fácil. Bueno, quizá sí sea una presa, ya que me siento muy atraída, pero fácil ya es otra historia. Lo miro de vuelta, desafiante, al mismo tiempo que me sirvo.

—Sabes, Matteo, eres mucho más interesante de lo que esperaba.

Él inclina la cabeza, con esa mirada arrogante en los ojos.

—Todavía no has visto nada. Esta noche apenas está comenzando.

—Tal vez no tenga tiempo de verlo, ya que no te quedarás mucho.

—¿Al menos puedo besarte?

Él suelta una risita, sus labios formando una sonrisa divertida.

—Creo que un beso no me va a arrancar un pedazo.

—Claro que no —concuerta, levantándose con una expresión seria.

Camina hasta mí y, sin más palabras, se inclina para besarme. Nuestros labios se encuentran en un beso intenso y siento algo que nunca había sentido antes, desafiando todas las palabras y acuerdos anteriores. Tal vez esta noche no sea olvidada como lo planeé.



Llego a casa después de la cena con Matteo, aún sintiendo el beso que nos dimos. Al abrir la puerta de la casa, me recibe el sonido de la televisión alta y el olor a cigarrillo. Ya sé lo que me espera. Mi padrastro, una presencia constante de abuso psicológico, está en la sala, hundido en su sillón favorito.

—¿Dónde estabas hasta esta hora, Marina? ¡Con algún vagabundo, seguro!

Siento el nudo formándose en mi garganta, pero intento mantener la calma.

—No es asunto tuyo.

—¿Ves eso, Anna? Tu hija no me respeta.

—Marina, fíjate cómo hablas. ¿Dónde estabas hasta esta hora?

—Con Isa —miento.

—¿La embarazada? Todos ya saben que el novio no es el padre, como mínimo se metió con un hombre casado —comenta, soltando su veneno para mi madre.

—No quiero que andes por ahí con ella, terminarás con mala fama —dice mi madre.

—¿Mala fama por qué? Algún día yo también tendré novio, ya tengo diecinueve años, y además, Isa no salió con ningún hombre casado, fue... Ah, eso no es asunto de nadie.

Él se levanta, con los ojos inyectados de ira, y se acerca a mí.

—¿No te da vergüenza, Marina? ¿Saliendo por ahí, ofreciéndote a cualquiera que aparezca?

Sus palabras maliciosas y su tono venenoso me resultan familiares. No soporta la idea de que yo pueda ser feliz o tener cualquier tipo de relación fuera de casa.

—Eso no es asunto tuyo. En cuanto encuentre a alguien, saldré de esta casa y no volveré nunca más.

Me lanza una mirada asesina y susurra palabras de desprecio mientras se aleja. A medida que subo las escaleras hacia mi habitación, intento bloquear los insultos que me lanzó, enfocándome en los recuerdos de la noche con Matteo, sabiendo que, al menos durante unas horas, logré escapar de la oscuridad en la que vivo. Matteo, aunque sea inconscientemente, me ofrece algo diferente, me atrae. Además de ser hermoso, seductor e incluso caballeroso a veces, despierta mi feminidad, me hace recordar que soy una mujer y que tengo las decisiones en mis manos cuando me pide permiso para tocarme. Me hace pensar que necesito más fuerzas para luchar contra el hijo de puta de mi padrastro.

Me doy una ducha rápida y me acuesto en la cama. Es inevitable no sonreír al recordar el jueguito de Marina, terca y

orgullosa igual que su amiga, y cederá igual que ella.

Mi teléfono vibra sobre la mesa auxiliar y lo tomo para revisar el mensaje.

—Hum... ¿eres tú, gatita? —Sonrío al ver el mensaje de Marina.

Marina: Matteo, me encantó nuestra cena, y como te dije, parece que todo lo que podría haber sido bueno terminó antes de empezar.

Matteo: ¿Te refieres a la ida de tu amiga a Milán?

Marina: ¡Exacto! La extrañaré muchísimo.

Matteo: Milán está muy cerca, piénsalo bien, ¡puedes unirte a ella!

Marina: ¿Y tú crees que saco dinero de una galera, Matteo? No puedo ir a Milán cuando se me antoje.

Matteo: Me encantaría verte de nuevo, así que, cuando quieras, Milán estará bajo tus pies, solo dime cuánto necesitas.

Marina: ¿Estás dispuesto a pagar mi viaje?

Matteo: Solo tienes que enviarme los datos de tu cuenta.

Marina: No necesito que me envíes dinero, si tengo que ir, nos encontraremos en Milán.

Matteo: Te estaré esperando.

Lanzo el teléfono sobre la cama con una sonrisa de que ganaré este juego, y después de dar algunas vueltas en la cama, me quedo dormido.



Respirar el aire de Milán solo me recuerda una cosa: que soy bastardo y necesito ser diez veces más eficiente que si fuera hijo

biológico. Miro a la chica al lado de Enrico, y es inevitable no sentir rechazo hacia ella por ser la copia de Camila, hermosa, con una sonrisa angelical, pero que, en el fondo, esconde ambiciones, y ya preveo a Enrico cayendo en sus artimañas.

—Enrico, me voy a la empresa, mi padre me llama cada cinco minutos.

—Muchas gracias por todo, Matteo.

Nos despedimos y veo el coche esperándome.

—Buenos días, Gregório —le digo al conductor de Emiliano.

—Su padre quiere que lo lleve hasta la empresa.

—Entonces vamos.

Paso todo el trayecto en silencio, cierro los ojos y respiro hondo. Aunque me gusta todo lo que tengo a mi disposición, es agotador y estresante intentar siempre agradar.

Bajo del coche y camino directamente hacia el despacho de la presidencia, mi despacho actual.

—Buenos días, señor, su padre lo espera en la sala de reuniones —me avisa mi secretaria y doy media vuelta, regresando al inicio del pasillo donde está la sala.

Miro el picaporte de la puerta, considerando desaparecer, pero obviamente, como se espera, la abro.

—¿Se acabaron las vacaciones? —dice sin siquiera girarse.

—No estaba de vacaciones, estaba resolviendo el último pedido de mi hermana.

—Tu hermana estaba loca cuando viajó a otra ciudad e inseminó a una cualquiera.

Contuve la risa, ni se imagina que esa cualquiera ni siquiera sabía que estaba siendo inseminada, pero en fin.

—Siéntate, quiero presentarte algunos proyectos pendientes.

Cambió de tema y volvió a hablar formalmente, como siempre.



Marina Bianchi

Es tarde por la noche y miro la pantalla del celular, leyendo los mensajes desesperados de Isa. Está claro que está buscando oportunidades para una nueva vida en Milán, y entiendo completamente sus motivos. Pero hay algo que ella no sabe, algo que no compartí con ella: mi cena con Matteo, nuestra noche juntos todavía resuena en mi mente, y no puedo negar que hay atracción entre nosotros.

Todavía soy virgen, pero no es que eso sea muy importante o defina a alguien. El sexo es una parte natural de la vida, y no tengo problema en hablar de eso con naturalidad, como debería ser. Ya me he encontrado con varios tipos de hombres, pero el más canalla de todos está justo bajo el mismo techo que yo, mi padrastro. Pero ejercito mis pensamientos para no permitir que las experiencias horribles con ese abusador afecten mi vida y me causen más traumas, ese canalla no vencerá jamás. En fin, soy fuerte, necesito ser fuerte.

No puedo negar que Matteo tiene sus cualidades, pero también conozco sus intenciones. Estoy muy tentada de ir a Milán, pero no por él, no gastaré todos mis ahorros en un viaje para ver a un hombre, por más interesante que sea. Lo haré por un único motivo, Isa se va a sentir sola, y sé que me necesitará. Sonríó con mi pensamiento, claro que tengo muchas ganas de salir de esta casa, y si puedo encontrar algo para mí en Milán, también me quedaré allí.

—Marina, ¿abres esta puerta? —Me sobresalto asustada al oír patadas en la puerta.

—¿Qué quieres? —grito.

—Tu madre dejó un recado.

—Dilo y vete.

Oigo varios estruendos en la puerta, que se estremece. En pocos segundos, la cerradura cae.

—Vas a aprender a respetarme, mocosa.

El olor a alcohol invade la habitación y él se lanza sobre mí como un toro furioso.

—No me toques, asqueroso gusano —digo tragándome la desesperación para intentar reaccionar.

Intento librarme de él, que me sostiene con fuerza, pero aun así consigo darle una patada en medio de las piernas y cae al suelo gimiendo de dolor.

—Maldita mocosa —grita, y siento sus manos agarrando mis piernas y caigo boca abajo en el suelo.

—Suéltame. —Me debato mientras él me arrastra y se coloca encima de mí.

Una profunda arcada sube por mi garganta y me falta el aire a causa de este monstruo encima de mí.

—Vas a aprender que debes respetarme.

Rasga mi blusa y siento sus manos repugnantes tocando mis pechos.

—¡Suéltame, maldito! —Le doy otra patada en medio de las piernas, esta vez me levanto con más prisa y consigo salir de casa, corriendo con todas mis fuerzas y entre lágrimas inconsolables. No puedo creer que esté pasando por esto. Cada día se vuelve más agresivo, ¿cómo voy a volver a casa?

Eso me llena de rabia, mucha rabia.

Veó una luz fuerte que casi me alcanza, seguida del ruido de un frenazo brusco.

—¿Estás loca, Marina? —Oigo los gritos con una voz que, aunque no sea la más amable, reconozco.

—¿Ángelo? —Confirmo yendo hasta él.

—¿Qué pasó? —Me mira espantado—. Entra.

Aunque no me gusta nada, acepto su ayuda y él avanza con el coche.

—¿El hijo de puta de tu padrastro intentó agarrarte a la fuerza? —pregunta con un tono irritado, mientras yo estoy encogida en el asiento, llorando.

—No te metas en mi vida, Ângelo —pido, sé que él no puede hacer nada por mí.

—Mierda, hijo de puta. —Frena de nuevo, se quita el abrigo que lleva puesto y me lo entrega.

Da la vuelta con el coche sin decir otra palabra.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto cuando se detiene frente a mi casa.

—Voy a golpear a ese idiota.

—Vuelve con el coche, Ângelo, y llévame lejos.

—Voy a romperle la cara, Marina.

—Solo llévame a otro lugar, por favor —imploro.

Apretó el volante con rabia, pero hace lo que le pido y, después de un corto trayecto, se detiene frente a su casa. Sin embargo, el rápido camino fue suficiente para que me calmara un poco. Al fin y al cabo, por desgracia, esta es mi realidad y, por más que me duela afirmarlo, estoy acostumbrada a sufrir. Pero sé que el día de salir de esto se acerca cada vez más y cuando surja la oportunidad no la perderé. Vivir mi vida, aunque sea sola, y dejar a mi madre con ese gusano, ya que por lo visto eso es lo que ella desea.

—Entra, quédate aquí esta noche, después decides qué hacer.

—Gracias.

Entro y observo todo en su sala. Las fotos de él e Isabela que solían estar sobre los muebles ya no están. Suspiro aliviada, imaginando que por fin iba a pasar página después de todo el daño que le causó.

—¿Te lastimaste? —pregunta al volver de la cocina con un vaso de agua y me lo entrega.

Sus ojos bajan hacia mis rodillas raspadas, va a la cocina y vuelve de nuevo con una caja de primeros auxilios en las manos.

—Ven, pon la pierna aquí.

—Yo misma lo hago.

No replica, solo deja la caja sobre la mesa de centro y se deja caer en el sofá.

—Necesitas denunciar a ese hijo de puta, Marina.

—Ni pareces la persona que juró provocar un aborto en Isa.

—Estaba enojado, celoso. ¿Isabella dio noticias? —Inclina el cuerpo hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Sí, ya está en Milán.

Vuelve a dejarse caer en el sofá, contrariado.

—Amo a Isa, Marina, y tú lo sabes.

—Si me trajiste aquí para desahogarte, que sepas que mi vida es una mierda, terminaremos llorando juntos.

—Relájate, quédate tranquila, voy a dar una vuelta.

Cruza la puerta, yo tomo aire con fuerza y lo suelto con la misma intensidad. ¿Por qué los hombres tienen que ser así? ¿Tóxicos, controladores, canallas y sinvergüenzas? Ângelo es solo uno más de tantos. Por ahora, ir a Milán puede ser una puerta de escape. No quiero volver a casa. Me abrazo las piernas mientras me permito llorar. Él nunca había intentado nada de ese tipo antes, más allá de tocarse solo, y tengo miedo.

Después de un tiempo secando todas las lágrimas de mi cuerpo de tanto llorar, tomo el teléfono y llamo a Isabela. Ya debe de estar dormida. Lanzo el teléfono a un lado cuando no contesta.

La había llamado más temprano y le había dicho que la visitaría en Milán. Realmente tenía la intención de ir a encontrarme con ella en unos tres días y pasar un par de noches con ella, pero

ahora las cosas cambiaron, voy a sacar todo el dinero que tengo guardado y me quedaré un buen tiempo allí.

Estoy en la empresa de Enrico, he estado pasando por aquí antes de ir al grupo Ferrara. Es una rutina que he seguido durante varios días y, aunque estoy cansado, sé que él me necesita en este momento.

—¡Buenos días! —dice con una sonrisa colgada de los labios.

—Soy la secretaria del señor de Lucca.

Vuelvo al despacho, cierro la puerta con rabia y lo llamo.

—No me dijiste que la chica empezaría hoy —hablo, molesto por la falta de comunicación.

—Sí, no imaginé que vendría hoy —vuelvo a afirmar—.
Isabella está aquí.

—Las cosas tienen que volver a la normalidad. Pero ¿qué tiene de malo la chica?

—¿Tu secretaria? —pregunto con ironía.

—*¿No te gusta la idea?*

—La empresa es tuya, pero imaginé que le darías otras actividades.

—*No estoy entendiendo, Matteo.*

—No es nada. Me voy a mi empresa, hablamos después —digo, terminando la llamada.

¿En serio va a estar tan cerca de ella? Cuánta estupidez. Ella entra y se detiene en la puerta como si quisiera decir algo.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte ahí parada? —pregunto, levantándome listo para irme, y me acerco a ella.

—Solo vine a dejar unos documentos sobre el escritorio.

—Sal y espera a que te llamen —digo, pasando junto a ella, que me sigue unos pocos pasos. Cierro la puerta y salgo de la empresa.

No hay explicación para tanta semejanza, solo puede ser pariente de Camila. Lo que tiene de mosquita muerta lo tiene de astuta. Mi hermana estaría en crisis si estuviera viva, no le doy mucho tiempo antes de que atrape a ese idiota.



Marina Bianchi

Ângelo vuelve borracho a casa, lo que me asusta cuando abre la puerta de repente.

—¿Isabella cambió de número? —pregunta.

—¡No sé!

—¿Cómo que no sabes, Marina?

—Bueno, yo hablé con ella, así que para mí sigue siendo el mismo —afirmo, aunque recibí su número nuevo momentos después de que llegó a Milán.

—Está bien, voy a descubrirlo todo, Marina.

—¿Todo qué?

—El hijo de puta que la llevó a la cama.

—Ella ya dijo que fue inseminada por error.

—Voy a hackear el sistema de esa clínica de quinta y descubrir si lo que dice es verdad.

—Ângelo, te agradezco que me hayas acogido, pero ahora necesito...

—Relájate, voy a dormir, duerme tú también —dice, interrumpiéndome.

No me gusta Ângelo en absoluto, la manera en que siempre trató a Isabela, controlando sus pasos y sintiéndose dueño de ella, pero debo admitir que, en el fondo, no es tan malo, y por hoy podemos ser amigos, pero mañana la amistad se acaba, porque soy amiga de Isabella primero.

Me acuesto en el sofá y duermo. Mañana es un nuevo día, e iré a despedirme de mi madre antes de ir a Milán. Sin el mínimo control sobre mi mente, me descubro pensando en Matteo, pero enseguida sacudo la cabeza, quitando cualquier rastro de pensamiento romántico. Es un mimado, que debe de verme como una pobre y fácil para divertirse. Es interesante, pero no soy tonta.



Con los primeros rayos de sol entrando por la ventana de la sala, me levanto y vuelvo a ponerme el abrigo de Ângelo, cerrándolo sobre mi cuerpo, y camino con pasos vacilantes hasta mi casa. Al

llegar, veo a mi madre sentada a la mesa con el celular en la mano. Se levanta, viene hasta mí, la veo alzar la mano, pero esquivo la bofetada que iba a darme.

—¿Dónde estuviste?

—No tan lejos como me gustaría.

—Eres una zorra, Marina. —Oigo la voz tranquila del hijo de puta que aparece en la sala.

—Y tú eres un abusador.

—Mira cómo me hablas, niña.

—Ya basta —ordena mi madre con un grito.

—Mamá, ese tipo no te merece, no pasaremos hambre si se va, lo siento, pero no aguanto más estar en esta casa.

—¿Qué estás intentando decirme? —Ella camina siguiéndome hasta mi habitación.

—Me voy a Milán, pasaré unos días con Isa —respondo, tragando saliva.

No pensé que decir eso dolería, pero duele. Saber que me voy y ella se quedará aquí con él duele. Pero no puedo hacer nada si ella finge no ver.

—Ahora vas a prostituirte igual que tu amiga, y volver embarazada meses después —dice mi padrastro.

—¿De dónde sacaste dinero para el viaje? —pregunta mi madre.

—Isa me lo dio —miento, considerando usar lo poco que tengo en la cuenta de ahorros para mantenerme unos días allí. Termino de agarrar mis documentos, algunas prendas y paso directamente junto a ella.

—No vas a irte, Marina. —Mi madre se aferra a mi cuerpo y siento mi corazón ser pisoteado.

—Voy a irme, mamá, me gustaría mucho quedarme, pero no me quedo ni un día más bajo el mismo techo que él.

—¡Mira cómo me hablas! —grita él.

—¿Qué? ¿Debo dejar que me violes?

Sé cuánto hiero a mi madre con mis palabras, ella se aferró a ese trasto como si fuera el aire que respira.

—¿Estás oyendo eso, Anna? Tu hija está levantando falso testimonio contra mí.

—Deberías explicarle a mi madre cómo fue que la puerta de mi habitación acabó forzada.

Ella lo mira con una mezcla de horror y decepción, pero no dice nada, lo que solo me da la certeza de que estoy sola.

—En cuanto eches a este hombre, volveré. —Sin siquiera mirar atrás, salgo con las lágrimas bañándome el rostro y un cuchillo clavado en el corazón, pero sé que al doblar la esquina pondré una sonrisa en mi cara y veré esto como una oportunidad de ser feliz de ahora en adelante.



Llego a Milán y, sinceramente, estoy emocionada por explorar una ciudad tan increíble por primera vez. Muestro mi mejor sonrisa, como he hecho siempre. Camino por las calles transitadas, admirando las construcciones históricas, los establecimientos elegantes que la ciudad tiene para ofrecer y respiro profundamente el aire de la libertad.

Finalmente, llegué al edificio donde Isabella está viviendo temporalmente. Es un edificio lujoso que contrasta fuertemente con nuestras raíces sencillas. Sé que mi amiga está aquí como vientre de alquiler, alojada en un apartamento cedido por el padre que espera un hijo, pero no puedo evitar sonreír al pensar en sorprenderla.

Sin embargo, hay un pequeño problema: ¿cómo llegar hasta ella sin ser anunciada? Decido intentar algo inusual. Vi al portero del

edificio, un hombre elegante con un uniforme impecable, y decidí que era hora de usar mi encanto natural.

—¡Hola, señor portero! —digo, con una sonrisa encantadora—. Soy una vieja amiga de Isabella y me gustaría darle una sorpresa. ¿Sería posible subir sin ser anunciada?

El portero, visiblemente sorprendido por el abordaje, me mira torcido y dice:

—Bueno, normalmente no hacemos eso, señorita, necesita autorización para subir.

Hago un puchero mimoso.

—Por favor, señor, ella es mi amiga y quiero mucho darle una sorpresa. Mire aquí, tenemos muchas fotos juntas, videos y mensajes. Ella sabe que vendré pronto, solo no imagina que es hoy.

Él respira hondo y me da una sonrisa simpática.

—Está bien, suba. Pero estaré vigilándola por las cámaras.

—¡Muchísimas gracias! —digo, saltarina, yendo hasta el piso de Isa, y me siento en el pasillo a esperarla.

07



Marina Bianchi

Veo abrirse el ascensor e Isabella sale pateando el suelo, visiblemente irritada.

—Debería desaparecer, no volverías a ver a este niño —la oigo murmurar.

—Si haces eso, te acusarán de secuestro —digo, tomándola por sorpresa.

—Mari, dijiste que vendrías en tres días. —Me levanto del suelo y ella camina deprisa hacia mí.

—Quería darte una sorpresa. Estás viviendo bien, ¿eh, chica?

—¿Cómo lograste subir? —quiere saber, con una mirada confusa.

—Tengo mis métodos.

Ella abre la puerta del apartamento, que equivale a tres de nuestra casa. Realmente esta gente rica derrocha dinero mientras otros trabajan por la mañana para comer por la noche.

Me mostró todo el apartamento y, enseguida, conversamos. Isabela y yo somos muy amigas, y es un hecho que ella debe de haber notado muchos de mis problemas en casa. Pero no es el tipo de conversación que me guste hablar abiertamente, así que siempre me pongo mi máscara de persona fuerte y feliz, que vive de diversión y está bien con lo que piensen de mí, siempre y cuando no

sepan lo que realmente siento por dentro. Es un dolor solo mío y nadie necesita compartirlo conmigo.



Como de costumbre, despierto con los primeros rayos de sol. Voy hasta la habitación de Isabella, que ya está de pie arreglándose.

—¿Adónde vas tan temprano?

—A hacerme exámenes, te hablé de eso ayer, ¿dónde tienes la cabeza?

—Hum... Cierto, me lo dijiste. Voy a preparar algo para que comas antes de salir.

Al acercarme a la sala, oigo a alguien llamando a Isa y voy a abrir la puerta.

Es el padre del bebé.

—Hola, señor arrogante sin alma. —Junta las cejas.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con un tono irritado.

—Vine a pasar unos días con mi amiga. —Me encojo de hombros, dejándole paso para que entre.

—Isabella —grita furioso, y ella viene a recibirlo.

Me quedo mirando la discusión de los dos. Él está irritado con mi presencia y no entiendo el motivo de tanto alboroto. Debe de ser la edad, mientras más viejo, más gruñón se vuelve.

Después de que finalmente entiende a regañadientes que solo me quedará aquí unos días, ellos se van y yo me doy una ducha rápida. Elijo una ropa y, en lugar de limitarme a hacer turismo por Milán, recorro bares y restaurantes para ver si tienen vacante de camarera. Aunque me quede en el apartamento con Isa, como mínimo debo pagar mi comida.

Después de un día entero caminando, no me siento más cansada solo porque todo aquí es novedad. Miro maravillada cada rincón, pero no conseguí nada para ocuparme.

Pregunto a algunos transeúntes dónde queda la empresa en la que Isabela está trabajando y voy hasta el frente a esperar que salga. Poco después veo a mi amiga cruzando la calle como alguien que huye de la policía.

—¡Isa! —le grito, y ella se sorprende al verme.

—¿Qué haces aquí?

—Ya exploré Milán a la luz del día, ahora quiero conocer la noche —respondo, y ella me mira con aire cansado.

Ni por decreto irá a casa, voy a arrastrarla a cualquier lugar donde podamos hablar de la vida. Ya imagino a Isa encerrada en aquel apartamento, controlada por ese hombre que parece un viejo de cincuenta años atrapado en el cuerpo de un señor de treinta y cinco.



Después de mucha insistencia, aquí estamos, sentadas en un bar elegante de Milán, y aunque yo pase toda la noche con una copa de ginebra y ella con una botellita de agua, vamos a conversar y mirar a la gente circular durante un buen rato.

—Chicas, qué sorpresa. —Levanto los ojos y, de manera irritante, sonrío a Matteo, sin el menor control de mis emociones.

Él saluda a Isabella y ambos se lanzan pullas discretamente, pero ya imagino que la convivencia entre ellos no está precisamente de lo mejor.

—Matteo, ¿cómo estás? ¿Qué has hecho de tu vida? —pregunto, intentando suavizar el clima que se instaló.

Él se aparta un poco de Isabella y pasa a prestarme atención con la sonrisa canalla de siempre.

—Oh, Marina, mi vida ha estado llena de sorpresas, ¿encontrarte aquí es una de ellas?

—Espero que haya sido una buena sorpresa.

—Supongo que sí, verte siempre es agradable.

En pocos minutos noto que Isabella mira alarmada y sigo sus ojos. Enrico entró en el bar y prácticamente la arrastró hacia afuera, dejándome en compañía de Matteo. Hago ademán de levantarme para alejarla de él. ¿Quién se cree que es?

—Relájate, Marina, ellos se entenderán.

—¿Fuiste tú quien le avisó? —pregunto irritada.

—Tal vez dije algo.

—¿Qué tienes en la cabeza? Los dos ahora pretenden mantener a Isabella en cautiverio privado —digo ya de pie, con el bolso al hombro.

—Oye, no somos delincuentes, y puedo garantizarte que tu amiga está bien, Enrico es el hombre más correcto que conozco.

—En serio, ¿y tú me dirías lo contrario?

—Si quieres ir detrás de ellos, no voy a impedírtelo. —Levanta las manos—, pero te aseguro que todo está bien.

—¡Claro! —resoplo de rabia. No iré detrás de ella, pero estaré pendiente. Relajo el cuerpo y miro a Matteo, que me observa con aire de estar divirtiéndose con la escena.

—Ahora, debo confesar que verte aquí fue una sorpresa, pensé que no tenías dinero para viajar.

—Pues sí, a veces respirar nuevos aires es todo lo que necesitamos.

—Tienes toda la razón, ¿qué te parece acompañarme en un paseo? —pregunta poniéndose de pie y colocando un billete de mil euros sobre la mesa.

—¿Ahora?

—Sí, ¿para qué esperar? Si estás en Milán, voy a mostrarte lo mejor de Milán.

Camino detrás de él, pero se coloca a mi lado después de unos pasos. Qué hombre tan hermoso, perfumado y qué sonrisa, endemoniada.

—¿Dónde te estás quedando? —Se detiene al lado del Maserati rojo y se apoya en la puerta, mirándome durante unos minutos.

—Estoy en el apartamento con Isabella.

—Enrico debe de estar bastante irritado.

—Sí, parece irritado, pero ¿hay algo que no irrite a tu cuñado?
—Él sonríe y abre la puerta del coche.

—Ven, sube.

Parece gentil, pero sé que usa una máscara igual que yo, lo cual es una pena, ya que realmente me siento atraída por él.

Conduce en silencio hasta estacionar frente a un edificio de lujo.

—Pensé que haríamos turismo —rezongo, poniendo los ojos en blanco con un toque de tedio en la voz.

Él sonríe, como si se divirtiera con mi impaciencia, y entonces responde:

—Calma, Marina. Todavía no has visto lo que quiero mostrarte.

Seguimos hasta la parte más alta del edificio y, cuando llegamos arriba, mi expresión de tedio se transforma en sorpresa y admiración. La vista de Milán es simplemente deslumbrante. Las luces de la ciudad se extienden hasta donde alcanza la vista, creando un escenario mágico.

—Vaya... —murmuro, sin palabras ante la belleza frente a nosotros.

Matteo se acerca y mira la ciudad conmigo.

—Es increíble, ¿verdad? —comenta, con un toque de orgullo en la voz.

—Sí, es absolutamente increíble —respondo, aún admirando la vista—. No tenía idea de que Milán fuera tan bonita de noche.

—Sabía que te gustaría —responde con una sonrisa.

—Pero entonces, ¿por qué me trajiste hasta aquí, donde no hay nadie? ¿Te da vergüenza estar conmigo? —mi pregunta se escapa antes de que pueda pensarlo mejor.

Y sin que pueda reaccionar, sus manos ágiles me jalan por la cintura y, en cuestión de segundos, estoy besándolo de nuevo, olvidándome de todas mis preocupaciones, de todos mis demonios ocultos.

08



Matteo Ferrara

—Besarte es bueno —digo con una sonrisa traviesa.

—¿De verdad? De esa forma voy a terminar pensando que estabas en abstinencia de besos —dice sin imaginar siquiera que hace mucho tiempo que no beso a una mujer por el puro placer de besar.

No es como estar con una puta, donde las lenguas se enredan como si ella fuera a devorarte. Me gusta este beso, tranquilo, que no promete nada, pero lo entrega todo, eso que estoy necesitado de recibir.

—Tal vez ya hace bastante tiempo que no beso a nadie a quien desee tanto.

—¡Lo dije! —dice como si hubiera acertado una pregunta importante de un examen—. No has tenido relaciones reales desde hace algún tiempo.

—¿De dónde sacas esas ideas? —cuestiono, visiblemente intrigado.

—Olvidalo. —Suspira y cierra los ojos, abriendo los brazos enseguida. El viento sacude su cabello y yo me quedo aquí mirándola y pensando en lo que podríamos estar haciendo ahora si no estuviera siendo tan difícil.

—¿Debo dejarte en el apartamento? —pregunto, interrumpiendo su momento de conexión con el clima.

—Sí. Debes dejarme en el apartamento —responde recomponiéndose.

—Entonces vamos —digo contrariado.

Conduzco de regreso al edificio donde Enrico compró el apartamento para que Isabella se quedara y acompañe a Marina hasta la puerta. Mientras subimos en el ascensor, la miro a los ojos y siento unas ganas incontrolables de agarrarla. No puedo simplemente irme sin más.

—¿Puedo besarte otra vez? —pregunto, mi rostro acercándose al suyo, y a pesar del perfume barato que usa, no me importa. La atracción es irresistible. Nuestros labios se acercan más y más, a punto de tocarse de nuevo, cuando nos interrumpe el ascensor al abrirse en el piso.

Ella sale de prisa, buscando la llave en su bolso. La jalo de la nuca con impaciencia, nuestros labios se encuentran de nuevo, y esta vez el beso es más intenso, lleno de deseo y pasión. Las manos de Marina encuentran mi rostro, y las mías se deslizan por su cintura, atrayéndola más cerca.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos en la puerta del apartamento, pero el mundo a nuestro alrededor parece desaparecer. Nuestros labios se separan por un momento y nos miramos a los ojos, jadeantes.

—Tienes que irte, Matteo —murmura Marina, con la voz ronca de deseo.

Sonrío, sabiendo que esta noche está lejos de terminar. Empujo la puerta del apartamento y entramos los dos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta alarmada—. Isabella debe de estar en casa.

—Todo está en silencio, todavía no ha vuelto.

Ella revisa las habitaciones y veo cuando recibe un mensaje y regresa más tranquila, ahora que se da cuenta de que estamos solos. Se acerca a mí, y nuestros labios se encuentran otra vez en un beso apasionado.

La llevo hasta el sofá mientras la beso con deseo, sintiendo mi erección palpar dentro del pantalón, acaricio sus pechos todavía por encima del vestido suelto sobre su cuerpo.

—Matteo, será mejor que paremos —dice cuando me siento incapaz de detener los besos, cada vez más exigentes.

—Está tan bien —digo entre besos. Bajo la mano y acaricio sus muslos, clavando los dedos en su piel suave.

—Ya dije que es mejor parar. —Siento un rodillazo justo en medio de las piernas y caigo al suelo, gimiendo de dolor.

—Joder, ¿estás loca? —pregunto entre gemidos en el suelo.

—Lo siento, pero parecía que no me estabas oyendo.

—¿No quieres estar conmigo? —pregunto, incorporándome y sentándome en el sofá.

—No estoy segura.

Sonrío sin querer creer que estoy siendo rechazado. Es extraño, porque estaba dando todas las señales de que quería.

—Pensé que querías —declaro, manteniendo mi expresión neutra, aunque una gran parte de mí está decepcionada.

—Soy virgen —dice Marina, sin rodeos, dejándome atónito. La sorpresa se apodera de mí mientras intento procesar lo que acabo de oír.

—¿Hablas en serio? —Frunzo el ceño.

—Sí, hablo en serio.

—Será mejor que me vaya ahora, hablamos en otro momento.

Mi erección todavía late, de alguna forma necesito aliviarla, cruzo la puerta sin mirar atrás.



Despierto con el despertador, la resaca es implacable, y estoy acostado en la cama, con la cabeza latiendo y el estómago revuelto. El sonido de las voces lejanas en la casa no ayuda en nada a mi dolor de cabeza. Solo quería quedarme acostado, sin moverme, hasta que el dolor desapareciera, pero necesito ir a trabajar.

La puerta de la habitación se abre abruptamente, y mi padrastro entra con una expresión furiosa en el rostro. Sostiene un puñado de fotos, y su mirada está fija en ellas.

—¿Quién es esta mujer, Matteo? —pregunta con un tono autoritario, arrojando las fotos sobre la cama a mi lado.

Fuerzo los ojos a abrirse y miro las fotos. Son imágenes mías con Marina.

—No sabía que me estaban siguiendo. —Me hago el idiota, aunque sé perfectamente que está detrás de mí.

—Matteo, no me tomes por idiota, ¿quién diablos es esta?

Seguro que ya intentó descubrirlo todo sobre ella y no tuvo éxito.

—¿Ella? —respondí, intentando mantener mi voz indiferente y desinteresada—. Solo alguien que conocí en una fiesta. Nada serio. —Me siento en el borde de la cama.

—Espero que acabes ya con esto, estoy a punto de conseguirte una novia, alguien que elevará tu nombre —responde, con un tono de desprecio.

—No te preocupes, no es nada serio —respondo, poniéndome de pie.

De hecho, ya no tendrá que preocuparse más por Marina, no tengo tiempo para andar rondando a una virgen. ¡Joder! Esa sí que no me la esperaba, nadie diría que esa chica es virgen.

09



Marina Bianchi

Algunos días después...

Caminando por la calle, mi mente divaga mientras murmuro conmigo misma, notando el silencio de mi celular. Matteo no me ha enviado ni un solo mensaje desde aquella noche, y ni siquiera debería importarme, pero, irritantemente, lo estoy extrañando.

Reviso mi saldo bancario por la aplicación del celular y suspiro derrotada, necesito encontrar con urgencia una forma de ganar dinero. Al pasar frente a un restaurante, decido entrar y preguntar por vacantes de empleo. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para mantenerme, y ese restaurante parece un buen lugar.

Al entrar, me recibe un camarero simpático que está limpiando unas mesas cerca de la entrada.

—¡Hola! —Le sonrío—. ¿Sabes si hay vacantes de empleo disponibles aquí?

El camarero me observa por un momento, evaluando mi apariencia y mi interés en trabajar. Después de una breve pausa, me devuelve la sonrisa.

—Tenemos, de hecho. Acaba de abrirse una vacante en el equipo, llegaste en el momento justo. Puedes hablar con el gerente allí en el mostrador.

Le agradezco al camarero con una sonrisa y me dirijo hasta el mostrador para hablar con el gerente. La vida me está sonriendo, finalmente. ¿Quién consigue empleo en el primer intento? Sí, todavía no lo he conseguido, pero por la forma en que el camarero me miró, es casi seguro.

—Disculpe —llamo la atención del gerente, que levanta los ojos para mirarme.

Me evalúa durante algunos segundos, quizá reparando en mis ropas humildes que no combinan con el ambiente lujoso.

—Estoy buscando trabajo, y soy bastante dedicada y estoy dispuesta a aprender. ¿Tendría alguna vacante disponible para mí?

—Bueno, necesitamos a alguien para el equipo de camareros. ¿Tienes alguna experiencia en esa área?

Niego con la cabeza, siendo honesta.

—No tengo experiencia como camarera, pero aprendo rápido y estoy dispuesta a dar lo mejor de mí.

El gerente asiente y me extiende un formulario de candidatura.

—Perfecto, entonces llena este formulario y déjame tus datos de contacto. Te daremos una oportunidad, veremos cómo te va en las próximas semanas.

Muestro una sonrisa victoriosa.

—Voy a darte un uniforme y empiezas la prueba ahora, si estás disponible —dice el gerente con una expresión seria.

—Claro que lo estoy, puedo empezar ya —respondo con entusiasmo, queriendo demostrar que estoy decidida a aprovechar la oportunidad.

Él hace un gesto con la cabeza, y el camarero con quien hablé en la entrada se acerca.

—Se quedará para una prueba —le informa el gerente al camarero, que asiente con una sonrisa amable.

El hombre alto y de sonrisa sincera me mira y me guiña discretamente, indicándome que lo siga. Me guía por un pasillo que lleva a una sala que parece estar reservada para los empleados. Me siento un poco confundida, ya que no hay nadie más aquí, solo él y yo.

—Llegué más temprano, en media hora esta sala estará llena —dice como si hubiera leído mis pensamientos.

—Ah, sí. —Sonrío.

—No eres de Milán, ¿verdad? Si lo fueras, ya te habría notado en algún lugar —comenta, examinándome con curiosidad.

—¿Crees que ya nos habríamos cruzado? Milán es inmensa —respondo con una leve sonrisa.

Él ríe, demostrando su sentido del humor.

—Soy pésimo con los piropos.

—Muchísimo, pero acertaste, soy de Florencia.

—Hum... Florencia, siempre soñé con caminar de la mano a orillas del río Arno.

—Vaya, ese piropo fue peor que el primero. —Soltamos una carcajada, y ya puedo sentir que trabajar aquí será bueno.

—A propósito, soy Carlos, mucho gusto. —Extiende la mano, que estrecho con gentileza.

—Marina. —Sonrío.

—Te dejaré arreglarte. Aquí, en este armario, tenemos uniformes nuevos. Busca uno que te quede bien y encuéntrame en el salón —instruye, señalando un armario lleno de ellos.

Le agradezco una vez más y empiezo a arreglarme, escogiendo un uniforme que me sirva. Mientras me lo pongo, no puedo evitar pensar en el giro que está tomando mi vida.

En cuanto me visto, salgo de la sala y me dirijo al salón del restaurante. Él me da instrucciones y, poco a poco, los otros empleados comienzan a llegar.

Al inicio de la noche me siento nerviosa al ver llegar a algunos clientes. Empiezo a atender las mesas y noto que muchos están satisfechos con mi servicio. Sin embargo, un hombre mayor, con una expresión de desdén permanente, llama mi atención. Está sentado en una mesa cerca de la ventana, solo, revisando su teléfono.

Intento no dar demasiada importancia a las miradas de desprecio que lanza en mi dirección. Al fin y al cabo, no debe de ser raro encontrar clientes exigentes en restaurantes. Sigo sirviendo las mesas, manteniendo una sonrisa en el rostro y dando lo mejor de mí para agradar a todos.

Al final de la cena, se levanta y camina hasta el gerente. No pude oír la conversación entre los dos, pero enseguida el gerente se acerca a mí con una expresión de preocupación.

—¿Tienes algún problema con alguien? —me pregunta como quien no entiende lo que acaba de ocurrir.

—¿Problemas, yo? Tal vez tenga varios en mi vida, pero no aquí en Milán, adonde llegué hace pocos días.

—Aquel cliente pidió que te despidieran —explica el gerente, con una mirada de disculpa.

Me quedo en shock con la noticia.

—Pero nunca lo había visto antes —argumento.

Siento que todo el esfuerzo fue en vano. La noticia de que no me contratarán me golpea como un golpe certero. Miro al cliente, que está saliendo del restaurante con aire superior, quizá celebrando su victoria.

—¡Infeliz! —murmuro, furiosa por esa injusticia.

A pesar de la desilusión, continúo mi turno, por lo menos me pagarán por él. Al final de la noche, el sentimiento de derrota me asola, pero cobré por el día, así que no todo está perdido. Levanto la cabeza y salgo del lugar sin despedirme, al fin y al cabo, no tuve tiempo de crear vínculos.

Sin embargo, en cuanto pongo los pies en la acera, oigo a alguien llamándome. Es Carlos, el camarero guapo que me dio las instrucciones.

—¡Marina, espera! —Corre hacia mí y me alcanza—. Vi lo que pasó ahí dentro, y lo siento mucho por ti.

Le agradezco con mi sonrisa de siempre, es la forma en que me gusta ser vista.

—Gracias, Carlos. La vida sigue, ¿no?

Él asiente.

—¿Puedo acompañarte? —Me quedo en silencio por un momento, procesando en mi mente qué quiere exactamente—. Ya es tarde, puedo llevarte a tu casa.

—Está bien, no hay problema si me acompañas.

Empezamos a caminar juntos en dirección al edificio donde estoy hospedada. Isabella me dejó sola, y aunque a veces la necesite para hablar, sé que está pasando por sus propios problemas. Carlos está siendo amable, y eso me hace sentir un poco mejor, a pesar de las circunstancias.

—¿Con quién vives? —pregunta, sacando tema de conversación.

—En este momento estoy ocupando el apartamento originalmente destinado a mi amiga. Vine a pasar algunos días aquí, pero terminé extendiendo mi estadía debido a cuestiones personales. Ahora me encuentro sola en un apartamento que es cuatro veces más grande que mi casa en Florencia. Mis finanzas están cada vez más ajustadas, y cuando parecía que finalmente lograría mantenerme y salir de este apartamento que no está disponible para mí de buena gana, me veo regresando a él a pie para ahorrar dinero.

Él levanta la mano y un taxi se detiene.

—Bueno, entonces tendré la gentileza de ofrecerte un aventón —dice con un tono divertido.

Acepto el aventón y entramos en el coche. Durante todo el trayecto, seguimos conversando animadamente. Cuando llegamos frente al edificio, él baja y me acompaña hasta la entrada.

—El edificio es bastante lujoso, ¿eh? ¿Tu amiga es rica? — pregunta, curioso.

Suelto una risa irónica.

—Rica en infortunios, quizá.

Sin embargo, cuando me giro para observar un coche que se estaciona a nuestro lado, una visión inesperada surge ante mí. Matteo llega y baja del vehículo, con una expresión que mezcla sorpresa y rabia en su rostro.

10



Matteo Ferrara

Estoy apoyado en el parapeto de la zona VIP de una discoteca, observando a algunas mujeres bailar de forma insinuante en la pista, pero no siento ganas de involucrarme con ninguna de ellas. Mi pensamiento está en otro lugar, o mejor dicho, en otra persona.

Decido salir de la discoteca y me dirijo hacia el apartamento de Enrico, decidido a encontrar a Marina. He intentado evitar estar cerca de ella, pero ya no consigo controlar las ganas que siento de estar con ella. El deseo que tengo por ella se está volviendo irresistible, y la idea de alejarla sin intentarlo parece cada vez más imposible.

Al estacionar el coche frente al edificio, veo a Marina conversando con un hombre que parece pertenecer a la misma clase social que ella. Considero la idea de no bajar del coche, pero sé que parecería un completo idiota si lo hiciera. Así que bajo del coche, intentando contener la expresión de irritación que empieza a formarse en mi rostro.

—Buenas noches —digo al acercarme, intentando mantener una postura controlada.

El hombre me mira confundido y después vuelve su atención hacia Marina.

—Hola, Matteo. No sé qué viniste a hacer aquí, pero tu cuñado no está por aquí —responde ella, ignorando mi presencia.

—Quiero hablar contigo, subamos —insisto, mi paciencia empezando a agotarse.

—¿Ahora? —Su pregunta me hace temblar de rabia—. Estoy ocupada.

Siento la sangre hervirme en las venas, pero intento mantener la compostura.

—Creo que no vives por los alrededores, deberías volver, el camino debe de ser bastante largo y ya es muy tarde —digo sin conseguir esconder mi desprecio, mirando al hombre frente a ella.

Él parece desconcertado, y su actitud me decepciona.

—Marina, hablamos en otro momento —dice, besándole el rostro y alejándose.

Los observo despedirse y no puedo evitar la sensación de alivio mezclada con frustración. Todavía no sé cómo lidiar con los sentimientos que Marina viene despertando en mí.

—Eres bastante imbécil —dice ella, dándome la espalda, caminando deprisa, y yo la sigo, alcanzando sus pasos.

—¿Estás coqueteando? —pregunto con un tono despreocupado, intentando ocultar mi frustración.

—¿Y si lo estoy, qué tienes tú que ver con eso? —responde con desdén.

—¿Qué hiciste todo el día? —cuestiono, ignorando su provocación.

—Ah, vete al diablo, Matteo. Mi vida no es asunto tuyo —replica, claramente irritada.

Entramos en el ascensor, y me acerco a ella, sintiendo el fuerte olor a comida impregnado en su cabello.

—¿Por qué hueles a pescado y vinagreta? —pregunto, notando el aroma también en su ropa.

Ella se gira para mirarme, con las manos en la cintura.

—No es que sea asunto tuyo, pero estaba trabajando en un restaurante sirviendo mesas, y ese hombre es camarero de allí, ¿entendiste?

—¿Trabajando? —pregunto confundido.

—Sí, las personas hacen eso cuando necesitan dinero, ¿no lo sabías?

—Pensé que estabas aquí solo de paseo.

—Aunque fuera de paseo, pasaré un tiempo considerable, y necesito mantenerme. —Toma aire con fuerza y vuelve a hablar—. Pero me despidieron en mi primer día, ¿puedes creer que un viejo gruñón pidió que me echaran?

Me hace gracia la forma en que lo dice, pero contengo la risa.

—Puedo ayudarte con dinero —ofrezco.

—Puedes, sé que puedes, pero lo rechazo, todavía tengo dos brazos, piernas y disposición.

Maldita mujer orgullosa, todavía no se ha dado cuenta de que me siento bien pudiendo darle dinero.

El ascensor se abre en el piso, y sigo siguiéndola por el pasillo.

—¿Qué quieres siguiéndome, Matteo? —pregunta, claramente incómoda con mi presencia.

—Te quiero a ti, ahora, con urgencia y dependencia. Quiero arrancarte la ropa y hacerte mía, quiero saborear esa lengua afilada que tienes, eso es lo que quiero. No sales de mi cabeza, Marina. — Mi respuesta es sincera, y aunque no quiera admitirlo, es la verdad.

Ella se detiene frente a la puerta del apartamento y me mira con sorpresa en los ojos. Me acerco a ella lentamente, a pocos centímetros de su rostro.

—¿Olvidaste que huiste con solo oír la palabra virgen? — Intenta alejarse, pero la sostengo suavemente por los brazos.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. —Mi voz está cargada de deseo, y nuestros labios están a punto de tocarse cuando ella se

aparta abruptamente.

—Será mejor que te vayas.

—Marina, haré lo que pueda para que tengamos los mejores momentos mientras estemos juntos.

Ella sonríe con ironía, abre la puerta del apartamento y yo la sigo, cerrando la puerta detrás de mí.

Se detiene pensativa en medio de la sala mientras me mira, y deseo leer su mente.

—¿Qué estás intentando proponerme?

—Que nos conozcamos sin compromiso.

Ella suelta una carcajada y vuelve a caminar por los pasillos del apartamento.

—Voy a darme una ducha, y cuando vuelva deseo no verte más en la sala.

Siento que una sonrisa se escapa de mis labios cuando Marina desaparece en dirección al baño. El juego de provocaciones está lejos de terminar, y estoy ansioso por ver hasta dónde podemos llevar esto. En el tiempo que se ausenta, aprovecho para relajarme en el sofá, aunque el crujido constante del cuero bajo mi cuerpo me irrita un poco.

El tiempo pasa lentamente, y la expectativa me consume mientras espero su regreso. Finalmente, escucho pasos suaves acercándose y, cuando me giro para mirar, mi sonrisa se ensancha involuntariamente.

Marina regresa, ahora con una toalla alrededor del cuerpo. Su cabello mojado cae sobre sus hombros, y gotas de agua aún resbalan por su piel. Me mira con una expresión traviesa, como si estuviera lista para continuar el juego que empezamos.

—¿Necesitas un babero? —pregunta, provocándome—. Creí que había dicho que no quería verte más aquí.

—¿De verdad quieres que crea que pensaste que me había ido?

—Pues sí, tuve dudas, así que la ansiedad no me permitió ponerme ropa y vine a comprobarlo todavía goteando de la ducha.

Elimino la distancia entre nosotros, la jalo por la nuca, besándola sin darle oportunidad de negarse, succiono su lengua y muerdo su labio. Un gemido cargado de deseo escapa de mi boca.

—Déjame ser el primero —prácticamente suplico.

No puedo tener nada serio con ella, pero estoy dispuesto a entregarme por completo mientras estemos juntos.

11



Marina Bianchi

La voz ronca de Matteo en mi oído, suplicando estar dentro de mí, hace que cada parte de mi cuerpo se erice. El centro de mis piernas vibra, y mi único deseo es gritar un sí, aun sabiendo que nuestra relación no pasará de sexo, tal vez una relación tampoco sea lo que quiero.

Suelto la mano que aprieta con fuerza la toalla, dejándola deslizarse por mi cuerpo hasta caer al suelo. Él se aparta y contempla mi cuerpo, su respiración jadea, y puedo oír los latidos acelerados que vienen de nuestros corazones.

—Te prometo que la próxima vez haré algo más especial — garantiza, volviendo a besarme.

Lo jalo por los pasillos hasta que llegamos a la habitación, donde me acuesto esperando su próxima acción. Se coloca sobre mí y el toque suave de sus dedos sobre mi piel desnuda envía una descarga eléctrica a través de mí. Siento mi cuerpo incendiarse con cada caricia, mientras Matteo desliza su mano por mi abdomen, explorando cada curva y cada escalofrío que provoca en mí.

Sus labios capturan los míos de nuevo, y succiona mi lengua con necesidad, deseo y pasión. Mis manos recorren su cabello suave, atrayéndolo más cerca, deseando sentir cada centímetro de su cuerpo contra el mío.

Desciende sus besos por mi cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. Su mano se desliza por mis muslos, llegando hasta mi intimidad, explorando cada centímetro, haciéndome gemir en respuesta. Mi respiración se descontrola, igual que los latidos de mi corazón, que parece querer salirse por mi boca.

Sin aviso, Matteo se deshace de su ropa, revelando un cuerpo perfecto que me hace querer tocarlo, besarlo y explorarlo en todos los sentidos posibles. Se coloca entre mis piernas, su erección presionándose contra mi intimidad, reclamando entrada.

Suspiro fuerte cuando finalmente me penetra, siento un poco de dolor, pero pronto me invade el placer.

—Joder, estás muy apretada —gime—. Iré con calma, si te lastima, avísame. —Solo confirmo con la cabeza.

Empieza a moverse lentamente, controlando cada embestida para darme el máximo placer posible. Sus ojos encuentran los míos, y veo que me desea tanto como yo lo deseo. En mis pensamientos me pregunto si esto realmente está ocurriendo..., pero las vibraciones placenteras no me dejan dudar y está siendo mucho mejor de lo que imaginé.

A medida que el ritmo aumenta, el placer se intensifica. Gritos de dolor escapan de mis labios cuando siento que entró más profundo, él disminuye el ritmo esperando que mi expresión de dolor cambie para volver al placer que me está proporcionando. Se concentra en los movimientos dentro de mí y succiona mis pechos. Me siento completa y envuelta en su cariño y cuidado.

—Ohh, Matteo —murmuro a causa de mi placer, me siento un poco tímida, pero al mismo tiempo muy a gusto, y mis gemidos son incontrolables.

—Necesito ponerme el condón —dice levantándose, y lo hace con agilidad, sacándolo de la cartera y envolviendo su intimidad.

Vuelve a colocarse entre mis piernas y entra de nuevo con cuidado, su lengua juega con la punta de mis pechos, y mi cuerpo se estremece, al mismo tiempo que lo siento palpar dentro de mí.

—Carajo, qué rico. —Vuelve a succionar mis labios mientras embiste dentro de mí con un poco más de fuerza y velocidad.

Y cuando finalmente llegamos al orgasmo, creo que juntos, es como si el mundo se detuviera por un momento. Explosiones de sensaciones recorren mi cuerpo, haciéndome temblar y sentir una ligereza sin igual.

Colocándose a mi lado en la cama, Matteo me atrae hacia sus brazos, envolviéndome entre ellos y, aunque sé que nuestra relación se basa solo en sexo, me gustó que mi primera vez haya sido con alguien que ha sido sincero y que me toca con cariño.

Y quizá sea eso lo que necesito en este momento. Una manera de escapar de mis inseguridades y miedos, y simplemente entregarme al placer y a la pasión que Matteo despierta en mí.



Despierto en la cama, todavía medio somnolienta. Abro los ojos despacio, mirando alrededor, y me doy cuenta de que estoy sola en la habitación. Realmente esperaba que se despidiera de mí, no sé, incluso soñé con desayuno en la cama, pero aquí estoy, no desilusionada, solo volviendo a la realidad.

Mi teléfono suena sobre la mesa y es un número que no conozco.

—¿Hola? —digo con curiosidad al contestar.

—*Marina, ¿cómo estás?*

—¿Carlos? —pregunto al reconocer la voz.

—*Disculpa, tomé tu número de la ficha aquí del restaurante, pero puedes colgar si no quieres hablar conmigo.*

Sonrío, sentándome en la cama.

—Puedes hablar, te estoy escuchando.

—*¿Te desperté?*

—No, ya me había despertado hace algunos minutos.

—*Bueno, hoy es mi día libre, ¿quieres salir a conversar, distraerte?*

—Me parece genial, desde que llegué a Milán mis paseos son para buscar carteles que digan “estamos contratando”.

Él suelta una carcajada al otro lado de la línea y yo me siento ligera, poniendo mi cabeza en orden y mis pies bien firmes sobre la tierra.

12



Matteo Ferrara

Despierto lentamente, frotándome los ojos y observando a Marina dormir tranquilamente a mi lado. Con cuidado de no despertarla, me levanto de la cama y voy al baño. Me doy una ducha rápida y, al terminar de arreglarme, vuelvo a la habitación y tomo mis cosas. Marina sigue dormida y, al revisar mi teléfono, noto varias llamadas perdidas de Emiliano, incluida una de Enzo, que decido devolver.

—*iHola!* —contesta de inmediato.

—¿Algún problema? —pregunto en un susurro, saliendo de la habitación para no despertarla.

—*Ninguno, solo quería tener una conversación contigo.*

—¿Ahora?

—*Si es posible, sí.*

—Está bien, encuéntrame en el café al lado de la empresa. — Termino la llamada y vuelvo a la habitación, beso el rostro de Marina y salgo.

El teléfono continúa sonando de forma irritante, y decido atender la llamada de mi padrastro.

—Buenos días, padre —digo con la llamada en altavoz desde el coche.

—¿Dónde pasaste la noche? —pregunta con un tono de “solo di la verdad”.

—Pasé la noche con una mujer.

—¿Qué tipo de mujer es esa, que está en un apartamento financiado por Enrico? —pregunta curioso, y si tanto quiere saber, solo tiene que investigar un poco más.

—Padre, estoy conduciendo, ¿podemos hablar en otro momento?

—Me encontré con esa chica ayer, ¿otra camarera de quinta, Matteo?

Estaciono el coche en el arcén, quito el altavoz y me llevo el teléfono al oído.

—¿La estás siguiendo de esa forma? —Intento controlar mi tono irritado.

—Supe que es de Florencia, igual que la chica embarazada, y cuanto antes regrese, mejor. Si depende de mí, no vende ni paraguas bajo la lluvia.

¡Hijo de puta!

—Deja a la chica en paz, no tengo nada con ella.

—¿Cuántas veces han salido juntos? Creo que las suficientes para que me ponga en alerta por si decides volver a hacer una estupidez, Matteo.

Tomo aire con fuerza y lo suelto con la misma intensidad.

—Comprendo, padre.

—¿Comprendes? —Se ríe con burla—. En cuanto la hija del grupo Willians vuelva del intercambio, serán presentados, así que nada de escándalos.

Termina la llamada, y descargo mi rabia golpeando el volante del coche después de respirar varias veces. Sigo hacia el café; al final, será bueno encontrarme con Enzo y despejar la mente.

Entro en el café con el semblante irritado. Toda la situación me dejó furioso, él no tiene derecho a perjudicarla. Encuentro a Enzo sentado en una mesa al fondo, me mira con una expresión de preocupación mientras toma un sorbo de su café.

—¿Estás bien? —pregunta en cuanto me acerco.

—No mucho, Emiliano me está sacando de quicio.

—Tu padre siendo él.

—Pues sí, él siendo él, pero no tiene nada que ver que quiera perjudicar a otras personas, Enzo.

—¿De qué estás hablando?

—De nadie importante, déjalo así. —Suspiro—. Entonces, ¿sobre qué quieres hablar?

—Sobre Enrico y la chica.

—Deja las cosas como están, Enzo. Se están encaminando hacia la forma en que Laura quería.

—¿Por qué siento que están siendo unos desgraciados con la chica?

—No de esa forma, los hijos no son suyos.

—¿Cómo que no son suyos, Matteo?

—¿En serio me llamaste aquí para hablar de eso? Tendré que irme a la empresa ahora, si no, mi padre me despelleja vivo. —Me levanto y doy algunos pasos hacia la salida.

—Sabes, Matteo, hubo un tiempo en que realmente creí que serías mucho más que los planes de Emiliano para ti. Laura era una mujer increíble, buena. —Interrumpo mis pasos y vuelvo a la mesa, sentándome en la silla después de arrastrarla con rabia.

—¿Qué estás queriendo decir? —cuestiono entre dientes.

—Que te estás convirtiendo en una copia de Emiliano, ¿y todo eso para qué?

—No hables de lo que no sabes. ¿Tienes idea de lo difícil que es conseguir un uno por ciento de su mirada de respeto?

—Eres mucho más que eso.

—¿Lo soy? ¿Para quién? No sabes nada, Enzo. Tu padre murió y te dejó miles de millones en acciones, pero sigues trabajando en nuestro hospital todos los días, como si Laura todavía desfilara por los pasillos ofreciéndote las migajas de atención que siempre te daba. Siempre fuiste más que eso, pero aun así pasaste años mendigando incluso un uno por ciento, lo mismo que yo lucho por tener con él.

—Al final, me quedé completamente solo, sin ese mero uno por ciento que ella me ofrecía todos los días. La gran diferencia es que, aunque fuera una cantidad pequeña, aquello me motivaba a ser mejor. Por eso, aun poseyendo miles de millones, sigo atrapado en los recuerdos que tengo en esos pasillos. Son memorias preciosas, que me hacen feliz. Y en cuanto a ti, ¿hacia dónde te están llevando tus decisiones? Cuando te encuentres atrapado en un matrimonio de fachada, recibiendo una palmada en la espalda y viviendo con noventa y nueve por ciento de indiferencia, ¿cuál será el sentido de tu vida?

Me levanto sin decir una palabra y vuelvo al coche. Debería dirigirme directamente a la empresa, pero en lugar de eso, opto por andar sin rumbo por las calles, observando a las personas ir y venir, viviendo sus vidas de diferentes maneras.

De repente, detengo el coche bruscamente frente a una plaza histórica al oír risas familiares, esas que suelen traer un poco de alivio y ligereza a mis días.

—¿Con él otra vez, Marina? —me pregunto a mí mismo, observándola mientras camina al lado del camarero.

Tomo el teléfono y la llamo, viendo cuando saca el aparato del bolso. Ella pone los ojos en blanco al leer mi nombre en la pantalla y, después de ignorar la llamada, guarda el teléfono en el bolso una vez más.

—¿Qué te pasa, Marina? —cuestiono, frunciendo el ceño.

Matteo: ¡Buenos días! ¿Despertaste bien?

Observo cuando vuelve a tomar el teléfono, lee el mensaje y lo arroja de nuevo al bolso, como si no hubiera nada importante en la pantalla. Sin perder tiempo, tomo una foto del tipo a su lado y envío la imagen a mi asistente con un mensaje.

Matteo: Descubre en qué restaurante trabaja este hombre.



Estoy en casa, a punto de cenar con mis padres. El ambiente siempre es tenso cuando nos reunimos, pero intento mantener la compostura. Mientras ellos están ocupados eligiendo el vino y discutiendo el menú, aprovecho para revisar mi teléfono. El correo de mi asistente está en la pantalla, y no tardo en abrir la información que esperé durante todo el día.

Asistente: "Señor, el camarero cuya foto me envió es Carlos Ruiz. Trabaja en el 'Ristorante del Cuore', un restaurante bastante reconocido en Milán. Aquí hay algunas informaciones sobre él:

Nombre: Carlos Ruiz

Edad: 28 años

Personalidad: Consta que es amable y servicial con los clientes.

Nació en Sevilla, España, pero se mudó a Milán hace algunos años en busca de mejores oportunidades. No parece tener conexiones familiares o personales significativas en Milán.

Espero que esta información le sea útil. Si necesita algo más, solo avísame."

Después de leer el mensaje, guardo el teléfono e intento volver mi atención a la cena. Ahora solo necesito hacer una reserva en ese restaurante.

13



Marina Bianchi

—El paseo fue maravilloso —digo, sentada frente al edificio, en un banco, saboreando un helado al lado de Carlos. En este momento, parecemos dos adolescentes disfrutando el final de la noche.

—Todavía no puedo creer que nunca hubieras ido a la Catedral de Milán. Visitar la ciudad sin pasar por allí es como no haber venido, lo sabes, ¿verdad?

—Lo juro, muchísimas gracias. Necesitaba salir y distraerme.

—¿Me estás agradeciendo por salir contigo? ¿En serio? Yo me sentí el hombre más afortunado del mundo caminando a tu lado hoy.

Suelto una carcajada por la forma en que habla. Sin embargo, su expresión cambia después de algunos minutos, mientras parece concentrarse en algo detrás de mí.

—¿Qué pasa? —pregunto, siguiendo su mirada.

Matteo estaciona el coche frente a un café al lado del edificio, pero en vez de dirigirse hasta nosotros, entra en el establecimiento.

—¿Ustedes son novios? —me pregunta Carlos.

—No.

—Parece que está muy interesado.

—Créeme, está interesado en cualquier cosa menos en una conexión emocional.

—Bueno, me voy entonces, mañana empiezo temprano en el restaurante. —Besa mi rostro respetuosamente al despedirse.

Lo veo alejarse y camino en dirección al edificio.

—¿Te quedaste sin batería en el celular? —Clavo los pasos en el suelo cuando oigo la voz de Matteo.

—No. —Saco el aparato del bolso y me giro hacia él—. Cincuenta por ciento de carga.

—¿Ya viste la hora?

—¿Te estás volviendo loco? Primero preguntas por mi batería y ahora quieres saber la hora, ¿qué hace ese reloj caro en tu muñeca?

—Marina, estabas comiendo helado a las nueve y media de la noche. —Se acerca y pone un vaso de café en mi mano.

—Bebe, te va a calentar.

—Está bien, gracias por esto. —Le doy la espalda y espero que me siga, pero no lo hace y entro sola en el edificio.

¿Está loco?



Matteo Ferrara

La observo alejarse y considero seguirla, pero contengo mis pasos. No estoy seguro de lo que estoy haciendo aquí, y durante algunos minutos considero irme. Estoy cometiendo una maldita estupidez, pero terminaré lo que empecé y no consigo detenerme.

Aproximadamente unos diez minutos después de que ella entrara, todavía estoy aquí. Subo hasta el penthouse y llamo a la puerta. Marina tarda un poco en abrir. Cuando lo hace, está con el teléfono en el oído y se aparta para darme paso.

—Pasa aquí mañana, ya te estoy extrañando —dice al teléfono antes de finalizar la llamada.

Me quedo observándola hablar por teléfono como si yo no estuviera en la sala y cuando por fin, largos minutos después, termina la llamada, me mira desafiante, la expresión que más amo en ella.

—¿Qué quieres?

Me tragué mi puto orgullo para decir lo que está a punto de salir de mi boca.

—Estar contigo —digo, jodido y consciente de la mierda que estoy haciendo al correr detrás de ella, aun sabiendo que esto no es bueno para ninguno de los dos.

—No tengo ganas de estar contigo hoy —dice, yendo hacia la cocina, y yo la sigo.

—¿Qué te parece comer algo?

—No tengo hambre. Carlos me llevó a cenar.

—¿Qué comieron? —pregunto, aunque sé que tal vez no quiera oír la respuesta.

—¿En serio quieres saber? —Se sienta en la encimera de la cocina, con las piernas entreabiertas, sosteniendo una taza de té que acaba de preparar.

Me acerco mirándola fijo a los ojos.

—¿Quieres provocarme?

—Ni siquiera sabía que tenía ese poder. —Abre un poco más las piernas, revelando por completo su coño bajo el microvestido que lleva.

—Dime que te quitaste las bragas para esperarme.

—Si lo digo, será solo para masajear tu ego, y no una verdad.

Se levanta acomodándose el vestido en el cuerpo.

—Me di una ducha rápida, pero no me mojé el cabello. Cuando llamaste a la puerta, me puse cualquier ropa y vine a abrir.

Elimino la distancia entre nosotros y la levanto para que vuelva a sentarse en la encimera. Con los dedos clavados en sus

muslos, abro bien sus piernas y contemplo su coño con la boca hecha agua. Me aparto y tomo el frasco de miel expuesto sobre la encimera. La esparzo por sus piernas, muslos y coño, y trazo un camino lamiéndola.

—Dije que no quería estar contigo hoy —dice tomada por el placer mientras deja que gemidos escapen de su boca deliciosa.

—Levántate y mándame irme —digo con mi lengua jugando con su punto de placer erguido mientras mi dedo la penetra.

—¡Fóllame con fuerza! —pide desesperada, entregada al placer.

La tomo en brazos y aparto todo de la mesa, colocándola sobre ella.

—Antes quiero lamerte entera. Estoy hambriento.

Penetro otro dedo sin dejar de dar toda la atención a su clítoris con mi lengua. Ella sujeta mi cabello, presionando mi rostro contra su coño empapado, loca por ser follada.

—¡Matteo, eso! Qué delicia.

—Córrete, quiero sentir tu sabor —ordeno, acelerando los movimientos de mis dedos entrando en ella.

—¡Ahh! —gime, entregándose todo. Su cuerpo se estremece y me quito la ropa con agilidad y entro en ella con ganas, loco de deseo.

—¡Date vuelta! —pido, bajándola de la mesa y colocando su trasero bien alzado para mí, con su cuerpo inclinado hacia delante—. ¡Eso, delicia! —Me corro en pocos minutos, incapaz de controlarme dentro de ese coño apretado, y caigo sobre su cuerpo, besando su piel suave y perfumada. Hace mucho tiempo que no me siento así, y aunque quiero estar con ella, siento miedo.

Ella se gira sentándose sobre la mesa y yo vuelvo a besarla, incapaz de controlar mis ganas de tener mi boca pegada a la suya.



Despierto con la luz débil del sol entrando por la ventana, pero no hago como la vez pasada y, sin preocuparme por despertarla, paso mi lengua por su cuerpo todavía desnudo. Ella se estira y gira el cuerpo hacia mí.

—¿Todavía estás aquí? —pregunta con la voz ronca de sueño.

—¿Y dónde debería estar?

—No sé, huyendo de despertar a mi lado.

Sonrío, acariciándole el rostro, incapaz de mantener las manos quietas.

—No estaba huyendo de ti, solo tuve un compromiso temprano y no quise despertarte —justifico.

Me levanto, tomo el teléfono y llamo a una farmacia cercana mientras voy al baño y pido la píldora del día después. Si era virgen, no debe de usar anticonceptivos. Después de ducharnos, nos quedamos en la sala, las luces suaves iluminan el ambiente, y yo admiro su rostro. Ella está concentrada en el celular y sus labios se curvan en una leve sonrisa de vez en cuando, indicando que está inmersa en algo en la pantalla. Su cabello cae suavemente sobre los hombros, y la luz destaca el brillo natural de sus hebras. Me mira con curiosidad.

—¿Vas a quedarte mirándome todo el día?

—El día no lo garantizo, pero no tengo planes para esta mañana.

Ella lanza el teléfono a un lado y yo me siento junto a ella en el sofá. Sin decir una palabra, tomo su mano y empiezo a trazar círculos suaves con mi pulgar sobre su piel.

—Me gusta estar contigo, a veces me siento solo.

—¡Vaya! Pensé que eras increíble y que nunca demostrabas debilidad.

—No estoy demostrando debilidad, querer tu compañía no me vuelve débil, solo adicto a tus labios.

El teléfono vibra y ella lo toma, levantándose en cuestión de segundos.

—¿Estás esperando a alguien?

En cuestión de segundos suena el timbre y ella corre a abrir. Enrico entra con Isabela y yo enderezo mi postura en el sofá, viendo la cara de pocos amigos que me lanza.

14



Matteo Ferrara

Enrico entra furioso en la terraza, cerrando la puerta de vidrio detrás de él. Yo ya sé lo que va a preguntar, qué hago con Marina. Eso no es asunto suyo y me aseguro de dejarlo claro. Se irrita aún más cuando insinúo que él está con Isabella. No me contengo y suelto una risa, provocándolo.

“El plan es eliminar todos los contactos con las dos chicas”, me dice casi a gritos. Isabella no es nada comparada con Marina, que es más lista y vivaz, aunque yo considere a Isabella una mosquita muerta.

La discusión se vuelve más intensa cuando insinúo lo que debe de estar haciendo con Isabella en su casa. No tengo duda de que se están liando, y si no lo están, lo harán. Se enfurece y dice que respeta a Isabella, así como yo debería respetar a Marina. Finjo estar de acuerdo, pero dejo claro que Marina es independiente y toma sus propias decisiones.

Enrico insiste en que me aleje de Marina. Acepto respetar su voluntad, siempre que las reglas valgan para los dos. De lo contrario, seguiré haciendo lo que quiero con Marina.

Volvemos a la sala y el ambiente se vuelve tenso. No sé de qué hablaron ellas mientras estábamos en la terraza, pero por la expresión en el rostro de Marina, está a punto de soltar una bomba.

Eso solo refuerza mi sospecha de que Enrico está realmente involucrado con la chica, que no se acerca ni de lejos a compararse con Laura.

Me acomodo, observando en silencio mientras Marina y Enrico empiezan una discusión sobre el supuesto control que él quiere ejercer sobre su amiga. Sin embargo, mi foco no está en ese debate, sino en la intensidad con que Enrico reacciona al descubrir que el exnovio de Isabella planea venir a Milán tras ella. Es irónico que quiera exigirme algo que ni siquiera él consigue controlar. Hipocresía en su estado más puro.



Estamos solos, Marina todavía jadea intentando controlar la rabia, defiende a su amiga con uñas y dientes, y a menos que yo quisiera llevar esta relación adelante, eso sería un gran problema, teniendo en cuenta que no soporto en absoluto a esa chica.

Saco del bolsillo la caja del medicamento que el repartidor me había entregado más temprano mientras ella se duchaba.

—¿Qué es eso? —Entrecierra los ojos cuando la coloco sobre la mesa y la deslizo hasta ella.

—Píldora del día después. —Toma la caja y levanta los ojos, mirándome con un semblante que no consigo imaginar qué estará pasando por su cabeza. Suspira y entonces dice:

—Usa condón la próxima vez. Sé que yo también debería haber prestado atención a eso, porque no solo el embarazo debe preocuparnos. Yo era virgen, tú, en cambio, pareces bastante recorrido en el mercado. —Abre la caja, toma la pastilla frente a mí y saca la lengua como una niña berrinchuda mostrándoles a sus padres que no está intentando engañarlos.

—Lo siento. También fue mi culpa.

Camila me decía que tomaba pastillas, yo confiaba mucho en ella, no es fácil confiar en otra persona.

—Deberías irte.

—¿Me estás echando igual que acabas de hacer con Enrico? —
Mi tono es divertido, ya que echó al dueño del apartamento.

—Él es un idiota, no es diferente de ti.

—¿De verdad? ¿Crees que soy un idiota?

Se sienta frente al portátil con un sitio de empleos abierto e ignora por completo mi pregunta. Abro la cartera y dejo varios euros sobre la mesa, lo suficiente para que se mantenga durante meses, aunque realmente espero que los gaste en días. Mira de reojo el dinero y sonrío con desdén.

—¿Ahora vas a tratarme como una puta?

—No te estoy pagando por el sexo maravilloso que tuvimos, solo no quiero que pases dificultades aquí en Milán. En cuanto consigas un empleo, si eso te hace sentir mejor, me lo devuelves.

—Solo consigo devolverte esto si tengo diez empleos, Matteo.

—Usa lo que te haga sentir cómoda, la cantidad es solo por si lo necesitas —digo, consciente de que no tendrá empleo en Milán, ya que mi padre está dispuesto a complicarle la vida, y por mi culpa.

15



Marina Bianchi

Algunos días después...

Incluso después de varios intentos frustrados de conseguir trabajo, llego a una conclusión: alguien está intentando sabotearme. Mi teléfono vibra, interrumpiendo mis pensamientos. Lo tomo y veo mensajes de Matteo invitándome a cenar. Lo llamo en ese mismo instante.

—*Hola* —contesta de inmediato.

—¿Estás seguro de que enviaste el mensaje a la persona correcta? —Sonríe al otro lado de la línea y puedo visualizar todos sus dientes a la vista en una amplia sonrisa.

—¿Por qué crees que la invitación no es para ti?

—Tú te escondes, Matteo, de hecho, me escondes. No somos novios, no salimos por ahí tomados de la mano.

—Puedes estar segura, Marina, tienes mucho de mí.

Mi corazón ensaya sentirse alegre con esas palabras, pero necesito mantener siempre los pies en la tierra con él. Somos un asunto de final de noche, solo eso.

—En una hora estaré lista.

—Estaré ahí en punto —dice, terminando la llamada.

El timbre suena segundos después. Me apresuro a abrir, curiosa por ver quién puede ser. Al abrir la puerta, me encuentro con una caja en el suelo. La tomo y la llevo adentro.

Al abrir la caja, veo un vestido deslumbrante. Es elegante, con un toque de sensualidad. Y sonrío como una tonta al tomar la nota que venía con él.

"Espero que te guste el vestido, Marina. Úsalo para nuestra cena de esta noche. Estaré ansioso por verte."

Me quedo mirando el vestido, sin palabras. Matteo realmente me sorprende. Me doy un baño largo, asegurándome de que el aroma a rosas que vierto en la bañera quede impregnado en mi cuerpo.

Y estoy frente al espejo admirando el vestido sobre mi cuerpo. Es negro, con un escote generoso, tanto por delante como por la espalda, no es corto, pero tiene una enorme abertura que llega hasta mi muslo. La tela es tan agradable que, incluso siendo ajustado a mi cuerpo, no me resulta incómodo.

Mi corazón da un salto al ver a Matteo parado junto a la puerta de la habitación. Está vestido de manera impecable, con un traje oscuro que destaca aún más su belleza. Su mirada está fija en mí, recorriendo cada centímetro del vestido que escogió para mí.

—Veinte minutos de retraso, ¿debo culpar al espejo? —pregunta con una sonrisa maliciosa.

Mis mejillas se sonrojan levemente por la sorpresa y por la osadía de su entrada. No esperaba que apareciera así.

—¿Cómo entraste?

Se acerca a mí, sus ojos fijos en los míos, y toca suavemente mi mejilla.

—Estás increíblemente hermosa, Marina. El vestido te queda perfecto —comenta, ignorando mi pregunta.

El calor de su toque y el elogio hacen que mi corazón se acelere.

—Gracias. Tú también estás... impresionante.

Sonríe satisfecho y me ofrece el brazo.

—¿Lista para nuestra cena?

Asiento, enlazo mi brazo con el suyo y bajamos juntos como una pareja de novios que no somos.



Matteo Ferrara

—Encárgate de que, al menos hoy, mi padre no sepa dónde estoy —ordeno a mi asistente por teléfono, mientras subo al apartamento para buscar a Marina.

Al llegar allí, encuentro la puerta abierta y atravieso el apartamento sin hacer ruido, con la esperanza de encontrarla sin ropa, pero la visión que tengo es aún mejor: la mujer exuberante de cabello negro y ojos verdes que brillan en contraste con el vestido negro realza todavía más su belleza. Verla con el vestido que elegí cuidadosamente para ella me hace perder la compostura. Parece sorprendida con mi llegada y sus mejillas se sonrojan levemente.

Bajamos con los brazos enlazados, miro hacia los lados buscando a alguien que pueda estar viéndome desde lejos, pero intento ser discreto para que ella no lo note.

—¿Buscas a alguien? —cuestiona, y yo sonrío en respuesta, consciente de que no consigo ocultarle muchas cosas.

—No, no estoy buscando a nadie en particular. Vamos rápido antes de que perdamos nuestra reserva —respondo, intentando alejar cualquier duda que pueda tener.

Mientras conduzco en dirección al restaurante con Marina a mi lado, el silencio llena el interior del coche. Por un momento, nuestras miradas se cruzan, y nunca he visto ojos tan hermosos.

—No sueles estar callada.

—Solo estoy ansiosa, ¿adónde me llevas? ¿A un hotel de lujo apartado de la ciudad, una casa sobre un acantilado aislada de todo? —Suelto una carcajada con la pregunta que tiene todo el sentido.

—Esta vez no, pero me encantará un lugar aislado contigo, follando unas seis veces al día. Tal vez consiga saciar un poco mi adicción.

—¿Estás adicto? —Me mira con una mirada traviesa.

—Siempre me gustó el sexo, pero en los últimos días me gusta que sea contigo.

Estaciono frente al restaurante del que fue despedida, y su cuerpo se tensa.

—¿Vamos a cenar aquí? —pregunta con el ceño fruncido.

—¿No te gusta este lugar? Es uno de los restaurantes más reconocidos de Milán.

—¿Debo creer realmente que me trajiste aquí solo por la comida?

Bajo del coche y le abro la puerta, extendiendo la mano para ayudarla a salir. Claro que la comida no era la única razón para elegir este restaurante.

—¿Cuál sería el otro motivo? —cuestiono.

Ella pone una expresión pensativa por un momento y, finalmente, se relaja, soltando otro suspiro.

—Vamos a comer ya, estoy hambrienta.

Reservé una mesa en una de las salas VIP del restaurante. La vista es deslumbrante, pero la mesa en la que vamos a sentarnos es

la única en el espacio. Nos recibe la recepcionista, que nos conduce hasta el lugar reservado.

—Matteo, ¿hablas en serio? Incluso aquí consigues esconderme. A veces siento como si estuviera saliendo con alguien casado.

—¿Casado? —Sonríó—. Los hombres casados también reservan este espacio cuando quieren ofrecer una cena íntima a sus esposas.

—¿En serio? —Pone los ojos en blanco.

—Por supuesto, podemos hacerlo aquí. —La tomo por la cintura y apoyo mis labios en los suyos, besándola de forma intensa y exigente, mi respiración jadeante entre los besos.

—Disculpen, no quería interrumpir. —Una sonrisa se forma en una esquina de mis labios cuando oigo la voz de ese camarero que anda rondando detrás de ella.

—¿Carlos? ¿Hoy no es tu día libre? —pregunta ella, dando algunos pasos hacia él, pero la contengo sujetándola delicadamente del brazo.

—Siéntate, Marina. Me dijiste que estabas hambrienta, deja que tu amigo haga su trabajo. Bueno, ya dejé avisados todos nuestros platos.

—Claro, señor, iré a traerlos ahora mismo.

—No olvides el vino, un poco de alcohol pone a Marina muy animada —comento con una sonrisa cuando el camarero se aleja.

Él sale de la sala y ella me mira furiosa.

—¿Qué es esto? ¿Qué pretendes con esto, Matteo?

—¿No está claro para ti, Marina?

—Eres un imbécil, uno de los mayores que he conocido —dice enfurecida, todavía de pie.

—Estamos saliendo, ¿no?

—Creo que deberías beber ese vino solo.

Camina hasta la puerta y vuelvo a sujetarla.

—¿No te gusta que sienta celos de ti?

—No me gusta que me usen para inflar tu ego, Matteo.

—No parecía que le hubieras dicho que estamos liados, pero ese no fue el motivo de traerte aquí, realmente quería pasar una noche agradable, si todavía quieres, claro.

—¿Es verdad? —pregunta, ligeramente desconfiada.

—Sí, te lo estoy diciendo.

Siento sus músculos relajarse y me mira pareciendo ceder.

—Está bien, vamos a comer entonces —dice, volviendo a la mesa, y yo me apresuro a tirar de la silla para que se siente.

Mi sonrisa es victoriosa, realmente quiero que él sepa que ella me tiene a mí, no tengo la menor intención de dividir su atención con otro.

16



Matteo Ferrara

Marina ríe por nada después de algunas copas de vino, al contrario de mí, que parecía querer que el vino se evaporara con el calor de mi mano sobre la copa. Además de conducir, quiero estar lo más sobrio posible para el resto de nuestra noche.

Llegamos al apartamento entre besos, y estoy a punto de arrancarle ese vestido que me impide tocar sus pechos como quiero. Ella me arroja sobre el sofá, mientras baila de forma sensual quitándose el vestido. Mi polla palpita dentro del bóxer y empiezo a desnudarme también, pero sin desviar mi atención de su espectáculo, que me está volviendo loco.

Se aparta y va hasta la cocina, y me pregunto qué diablos hace allí en vez de estar aquí, moviéndose deliciosamente frente a mí.

—Matteo, no recuerdo haber comido postre —dice con voz mimosa, y una mirada que hizo que mi polla se empapara de líquido preseminal, loca por estar dentro de su coño apretado.

—¿Qué quieres comer? —pregunto, intentando mirar qué esconde en las manos detrás de su espalda.

—Imagino que la crema batida es mucho más sabrosa que la miel. —Sacude el objeto y yo gimo al imaginar esa boca deliciosa devorándome.

—Sin duda, querida, la crema batida es un excelente postre.

Me empuja con sutileza hacia atrás y quedo acomodado en el sofá. Se arrodilla frente a mí y desliza los dedos trazando un camino por mi muslo.

—Veamos qué tan delicioso puede ser —dice con un gemido que, sin duda, me haría correrme solo con escucharlo.

Esparce la crema batida por mi polla y yo cierro los ojos, inclinándome aún más sobre el tapizado, y en pocos segundos siento su lengua caliente y húmeda explorar mi miembro.

—¡Eso! —gimo con las dos manos detrás de la nuca, dejando que ella marque el ritmo y lo haga como sabe.

—¡Qué delicia! —Gime, llevándose mi polla entera a la boca.

—Devórame, soy todo tuyo —digo con la voz ronca de placer.

No me contengo, enredo los dedos entre su cabello y hago movimientos follándole esa boca deliciosa. Ella lame toda la extensión desde mis huevos hasta mi glande y mi gemido sale aún más alto.

—Así voy a correrme, Marina.

—Hazlo, derrámalo todo en mi boca.

Ella gime, mi cuerpo responde al estímulo y lo derramo todo follándole la boca con su cabello entre mis dedos. Al final lame sin desperdiciar una sola gota y, aún jadeante, la recuesto sobre la alfombra, empiezo a estimular su clítoris y bajo mi boca hacia su coño rosado y completamente depilado.

—Ahora es tu turno de entregármelo todo —digo, succionando su punto de placer duro e hinchado—. Quiero comerte entera. —Empiezo a follarla con dos dedos mientras la lamo, y ella se retuerce, moviéndose contra mi boca.

—¡Así! —gime—. ¡Eso! Fóllame. —En pocos minutos se deshace por completo y yo la lamo con ganas.

—Córrete rico para mí. —Subo los besos hasta sus labios y mi polla empieza a dar señales de estar lista para otra ronda.



Marina Bianchi

Algunos días después...

Estoy al teléfono, sentada en el tapizado junto a la ventana de la habitación, conversando con Carlos.

—¡Aquí! —Hago una señal por la ventana, y él mira hacia arriba, mostrando una amplia sonrisa—. Sube —digo antes de terminar la llamada, y en pocos minutos toca el timbre. Corro a abrir.

—¡Vaya! Qué apartamento increíble —exclama, entrando con varias bolsas en las manos.

—Ven, vamos a la cocina. —Tomo algunas bolsas para ayudarlo y seguimos juntos hasta la estancia—. No me mires así, nada de esto es mío. De hecho, sigo buscando trabajo, pero parece que Milán no me da suerte.

—Cuando abra mi propio restaurante, tú serás la gerente —afirma con un tono prometedor, su mirada llena de sueños.

—Mientras tanto, estás encargado de hacer el pastel de mi amiga, así que manos a la obra, que la fiesta es esta noche.

—Será el pastel más rico que haya comido en toda su vida.

—Eso espero —digo con una sonrisa.

Carlos y yo no tenemos una relación romántica, pero, de hecho, fue el mejor regalo que recibí en Milán. Es un amigo con quien puedo contar a cualquier hora. Si en algún momento tuvo interés romántico por mí, estoy segura de que todos esos sentimientos se transformaron en una amistad sólida que construimos.

—Estás tan eufórica que parece que la fiesta es tuya.

—Isabella es mi hermana del alma, hago todo para verla sonreír, su dolor es el mío y sus alegrías también.

—Pero parece que las tuyas te las guardas solo para ti. — Detengo lo que hago por unos segundos, mirándolo un poco avergonzada, pero enseguida retomo mi postura defensiva de siempre, desviando los restos de pensamientos que intentan llevarme a un pasado reciente del que estoy huyendo.

—Mi vida es perfecta. Dime si existe alguien más afortunada que yo, que no tengo empleo, pero tengo amigos. —Sonrío, orgullosa.

—A veces es bueno compartir lo que sentimos en lugar de solo recibir la carga de los demás, eso forma parte de la amistad, ¿sabes, Mari? Ese intercambio en el que ambos se ayudan.

—Ay, Carlos, no me vengas con ese discurso, ¿quieres sabotear el pastel de mi amiga? Concéntrate —desvió la conversación.

Es un gran amigo, pero nada haría que descargara mis tristezas interiores en él, entre otras cosas porque estoy bien y estoy segura de que mi vida solo va a mejorar.



Llego al evento antes que todos y repaso la lista con el jefe de seguridad. Si algo sale mal, Enrico me va a despellejar viva. Tengo una lista impresa, pero el guardia insiste en usar un aparato electrónico.

—Mire bien la lista, tenemos treinta invitados, y este nombre de aquí. —Señalo el nombre de Ângelo, que está en Milán para reconquistar a Isa—. Puede aparecer en su lista electrónica, es hacker, pero no fue invitado, ¿de acuerdo?

—Perfectamente, señorita.

Mi teléfono vibra en el bolso y contesto al ver que es Matteo.

—Estoy muy ocupada ahora, así que sé breve.

—*¡Vaya! ¿Así me tratas después de la noche que tuvimos?* — pregunta con un tono malicioso.

—Hoy es el cumpleaños de Isa, y sabes que todo tiene que estar perfecto.

—*Lo sé, pasaré por ahí para verte, ya que la cumpleañera no me agrada.*

—Matteo, es mejor que ni vengas. No vengas a molestar a mi amiga hoy. —Termino la llamada y vuelvo a la organización.

A la hora marcada, los invitados empiezan a llegar. No tengo idea de quiénes son, y tengo la ligera impresión de que son personas contratadas para llenar la fiesta. Sin duda, Enrico no tiene amigos que quieran asistir a la fiesta de cumpleaños de la “chica” con la que está saliendo, siendo viudo de Laura, una mujer importante que lo dejó hace tan poco tiempo. Sin embargo, lo que importa es el esfuerzo que ha hecho para hacerla feliz, y eso es suficiente para empezar a simpatizar con él, aunque crea que le esconde algo a Isa.

—¿Dónde pongo el pastel? —pregunta Carlos.

—Ya puedes dejarlo en la mesa principal. —Señalo.

La fiesta está sucediendo según lo acordado. Isabella llega con Enrico y me quedo admirando la hermosa barriga que luce. Es una pena que los bebés no sean biológicos de ella, pero ahora tenemos esperanza de que pueda quedarse con ellos y con su padre, claro.

Todo iba bien hasta que Ângelo aparece en la fiesta. ¡Sabía que esto iba a pasar, guardias incompetentes! Carlos percibe mi angustia desde lejos, y yo solo no quería que Enrico y el ex de Isabella se agarraran a golpes en medio del salón.

Cuando finalmente Isabella se aparta, dejando a los dos mirándose como si fueran a matarse, la sigo.

—Ese chico está tramando algo. ¿Ya viste su expresión confiada?

—Solo consigo ver la expresión de odio en Enrico.

—Ay, Isabella, todo el mundo tiene un pasado, hasta él. Así que relájate, que todo se resuelve.

—Será mejor que vuelva allí, vea qué están hablando y le pida a Ângelo que se vaya.

Camina deprisa hacia la terraza donde ellos conversan, voy detrás de ella, pero me retraso con el teléfono vibrando con varios mensajes de Matteo. La veo caminar desesperada hacia fuera de la fiesta y la cara de Enrico solo anuncia lo peor. Corro detrás de ella y la alcanzo cerca de Matteo, que tiene un aire triunfante en los labios, pero por ahora será útil para sacarnos del evento.

Convenzo a Isabela de entrar en el coche con él y el camino hasta el apartamento es silencioso, pero la expresión de Matteo me preocupa. Isabella está hecha pedazos, y eso parece dejarlo satisfecho. Estaciona en el edificio y bajamos con él siguiéndonos de cerca.

—Cálmate, amiga, vamos a resolver esto —digo intentando tranquilizarla.

—¿Resolver qué, Marina? Soy una idiota, él solo quiere a los hijos —grita, y la expresión de Matteo, que ya antes no era satisfactoria, se vuelve odiosa.

—¿Entonces es eso? Descubriste que él quiere quedarse con los hijos, y no contigo. Tú eres apenas un detalle en toda esta historia —dice Matteo, su voz es insidiosa.

Lo veo menos que a una hormiga.

—Así son las cosas, Isabella, somos la parte privilegiada de la sociedad, la que siempre consigue lo que quiere. Mi hermana no producía óvulos y quería tener hijos, y tú eres solo un medio para conseguirlo. Siéntete satisfecha con todo lo que ya conquistaste, apuesto a que Enrico les dio buen dinero a tus padres, y ya tuviste tus días de princesa.

—Maldito desgraciado, cállate la boca. —Golpeo su pecho con toda la fuerza que tengo, pero él ni siquiera se mueve del sitio y continúa derramando la rabia que parece contenida en él.

—Puede ser generoso y cariñoso, pero todo forma parte de un plan mayor —continúa Matteo, como si decir todo eso lo hiciera libre—. No eres importante para él, Isabella. Eres solo un obstáculo en el camino.

—Vete de aquí, vete. —Lo empujo con fuerza, no va a entrar al apartamento y seguir diciéndole esas porquerías.

Lo miro con decepción cuando Isabela cruza la entrada, y lo único que él hace es encogerse de hombros, arqueando las cejas.

—¿Qué clase de persona eres? Si eres tan privilegiado, deberías dejar de perseguirme como un perro rechazado y hambriento de atención.

Él estira el brazo para tocarme y yo retrocedo, entrando en el apartamento después de oír los gemidos de Isabela llamándome.

17



Marina Bianchi

Algunos días después...

Me despierto con los lamentos de Isabella mientras duerme. Mi corazón se parte en mil pedazos mientras la oigo repetir durante el sueño: "él no me ama", "son mis hijos", "él me los va a quitar". Me dan ganas de golpearle la cara a Enrico hasta dejarlo deformado, pero no antes de romperme cada dedo de la mano golpeando a Matteo.

En la fiesta de cumpleaños, Isabella se enteró de la peor manera de que los hijos que está gestando fueron inseminados en sus óvulos, y no en los de Laura como nos hicieron creer. Por lo tanto, los niños sobre los cuales ella firmó un documento renunciando a la custodia son sus hijos biológicos. Lo que más me irrita es que el idiota de Matteo haya sido tan falso todo el tiempo. No es ni de lejos una buena persona, salvo a los ojos de una idiota enamorada.

Estamos en una posada a punto de huir del país con los bebés. Carlos me ofreció ir a la casa de sus padres en España, pero todavía considero llevar a Isabella a la casa de algunos familiares míos.

El teléfono vibra sobre la mesa, es otra llamada de Matteo, y esta vez decido contestar.

—*¡Marina!* —su tono es ansioso.

—Sé breve.

—*¿Dónde están? Enrico está perdiendo la cabeza, esto es secuestro, ¿lo sabías?*

—Y ustedes son unos canallas, ¿lo sabías?

—*Marina, ¿dónde están?*

—Vete a la mierda, chico, los dos mintieron. Eres un miserable desgraciado, Isabella está embarazada y tú dices todas esas cosas sin la menor preocupación.

—*¿Qué? ¿Es difícil aceptar que Enrico siempre quiso a los niños?*

—Es difícil creer que pensé que eras una buena persona allá, en el fondo...

—Marina. —Oigo la voz de Carlos llamándome detrás de la puerta—. Tengo que irme ahora. —Termino la llamada sin darle oportunidad de responder.



Matteo Ferrara

Lanzo el teléfono al sofá con rabia. ¿Qué carajos hace él con ella? Ya puse un detective detrás de ellas, pero sin mucho éxito. Con el dinero que puse en manos de Marina, pueden haberse ido hasta Egipto.

—¿Es esto lo que estás buscando? —Emiliano entra en la sala y arroja fotos de Marina sobre la mesa de centro.

—¿Dónde la encontró?

—Matteo, dónde la encontré no hace diferencia. Solo hay una cosa que importa: que dejes inmediatamente de actuar como un adolescente. Karina Willians vuelve del intercambio en un mes, tal

vez sea tiempo suficiente para que esa de ahí aparezca embarazada de ese camarero diciendo que el hijo es tuyo.

Aprieto los puños detrás de la espalda, incapaz de ocultar que estoy celoso y lleno de odio.

—¿Qué? ¿Qué expresión es esa? No me digas que te enamoraste de la cualquiera a la que probablemente le dejabas todo el dinero de la cartera antes de irte. Ahórramelo, Matteo. —Esparce aún más las fotos, mostrando las que estaban ocultas debajo de otras—. ¿Ves esto? Están juntos, y no es de hoy. Deja de ser idiota y recompite para recibir bien a Karina, ella tiene apellido y va a darte herederos legítimos. —Sale de la sala y yo arrastro aún más mis manos con urgencia para revisar las fotos de Marina, tan cercana como una pareja, al lado de aquel infeliz.

No es como si me muriera de amor por ella, pero ser tratado como un tonto por una cualquiera que se hacía la virgen ya es herir demasiado mi ego.



Marina Bianchi

Carlos se deja caer en el sofá después de entregarnos los pasajes que compró en el aeropuerto.

—Ya te lo dije, Marina, nos vamos a España. Yo las alcanzo enseguida. Pediré la renuncia, las sigo y con el dinero que recibiré, abro un restaurante y tú trabajas conmigo.

—Carlos, ¿tienes idea de quién es el padre de esos niños? Nunca te involucraría en esto, no más que comprar los pasajes. Ve, ya hiciste bastante, y estoy agradecida. En cuanto todo se resuelva, no sé cómo, te llamaré.

—Está bien, pero será mejor que desactives este número. —Me entrega un aparato nuevo.

—Gracias por todo —digo abrazándolo tan fuerte como puedo.

Nos deja solas en la posada y vuelvo a revisar a Isabella, que sigue en la cama. Siento un revuelto en el estómago, nada de lo que como se queda en él, y corro al baño por cuarta vez hoy.

—¿Marina? ¿Estás bien? —Oigo la voz débil de Isabella y me lavo el rostro, regresando con una sonrisa para ella.

—Preocúpate por ti, yo estoy estupenda. Ahora arréglate, que nos vamos, ya tengo los pasajes.

Nos ponemos gorra y gafas de sol. No es fácil esconder a una embarazada de gemelos a poco tiempo del parto, pero aquí estamos, en el aeropuerto, a punto de embarcar y, aunque no quiero preocupar a Isabella, que mira asustada hacia todos lados, necesito urgentemente correr y vomitar una vez más.

—Isabella, necesito ir al baño, estoy mareada. —Camino con pasos largos y ella me sigue.

El sudor resbala por mi frente y una lágrima cae de mis ojos. No puedo estar embarazada de ese maldito desgraciado. Me arrodillo frente al inodoro y vomito hasta lo que ya no tengo en el estómago.

—¡Maldita sea! —Exclamo, arrastrándome por el suelo. Mi vida está acabada, qué voy a hacer con un hijo a estas alturas del partido.

Isabella me mira preocupada mientras espero que mi sangre helada vuelva a calentar mi cuerpo.

—Será mejor que vayamos al médico.

—¿Y perder el vuelo? ¿Sabes cuánto costaron los pasajes? Solo puedes estar lo... —Y antes de concluir la frase, vuelvo a vomitar. Querido bebé, si existes ahí dentro de mí, sé bueno, deja de tirar la comida.

Después de sentirme mejor y ver el vuelo que está a punto de salir, caminamos fuera del baño como dos fugitivas de la policía,

listas para embarcar en el avión. Eso, claro, si no nos confunden con traficantes de drogas, ya que parecemos eso por la ropa.

Isabella clava los pies en el suelo con los ojos fijos en la multitud frente a nosotras y enseguida veo lo que mira tan fijamente. Enrico se acerca y yo intento contener las lágrimas de angustia. ¿Qué diablos haremos ahora?

—Nos encontró, Mari —dice con la voz quebrada, incapaz de moverse.

Pero entonces ocurrió lo que mis ojos nunca imaginaron que verían. Él se arrodilla ante ella implorando perdón, y la veo desmoronarse en los brazos de Enrico.

18



Marina Bianchi

Mientras Isabella se deshace en los brazos de su amado en la habitación del hospital, yo me dirijo al consultorio de Enzo, el médico guapo que vive a la greña con Enrico. Llamo a la puerta entreabierta, y él me recibe con una sonrisa que podría dejar mareado a cualquiera.

—Marina, ¿está todo bien con Isabella? —pregunta Enzo, con semblante preocupado, mientras cierra la puerta del consultorio detrás de mí.

—Isa está estupenda, en los brazos de Enrico. —Vuelve a sonreír como quien se siente aliviado—. Yo, en cambio, nada de lo que como se queda en el estómago. Creo que tal vez estoy embarazada —digo con naturalidad, aunque eso me esté quitando el sueño.

La sonrisa de Enzo desaparece al instante, sustituida por una expresión seria y profesional.

—Entiendo. Haremos los exámenes necesarios para confirmar. Por favor, siéntate en la camilla y empezaremos con un análisis de sangre.

Sigo las indicaciones de Enzo y me siento en la camilla, mientras él prepara los materiales para el análisis de sangre. Finalmente se acerca con la jeringa y extrae la sangre con habilidad,

pero su rostro permanece serio. Mientras trabaja, mi mente divaga por los acontecimientos recientes. Si realmente estoy embarazada, no sé cómo se lo contaré a Matteo.

Cuando termina el análisis de sangre, Enzo me tranquiliza:

—Voy a analizar las muestras y, pronto, tendremos los resultados. Mientras tanto, debes intentar mantenerte tranquila, independientemente del resultado.

—No estoy ni de lejos tranquila, llevo meses en Milán, no consigo encontrar trabajo y tengo la impresión de que alguien anda saboteándome. Y si de verdad tengo un bebé dentro de mí, es muy posible que sea madre soltera.

Se gira para mirarme con una expresión que parece de compasión.

—Un hijo siempre es una bendición, Marina, independientemente de las circunstancias. Al final vemos cómo la felicidad es simple y vive en la sonrisa de un ser muy pequeño. — Los ojos se me llenan de lágrimas al oírlo hablar así, tan emotivo.

—Dices eso porque no te he dicho el nombre del padre, pero, en fin, el bebé es bienvenido aunque sea en las circunstancias equivocadas, así que no me mires de esa manera. Estoy loca, pero tengo un mínimo de juicio, y cuidaré de él con mi propia vida.

—Más te vale cumplir lo que estás diciendo, porque los gemelos tendrán un primo con quien jugar.

Recibo un golpe de realidad y las lágrimas caen de mis ojos descontroladamente y sin ninguna autorización.



Algún tiempo después...

Hablo con Isabella por teléfono, ella está en una casa de campo con Enrico, su voz feliz me deja satisfecha. Mientras hablamos, miro las paredes del apartamento que no me pertenece. Me voy, no a Florencia, aunque en las pocas llamadas que me hace mi madre percibo lo infeliz que está, pero no deja a ese trasto y eso es peor que un cáncer. Oigo sonar el timbre y corro a atender.

—Isa, hay alguien en la puerta, ¿podemos hablar en otro momento?

—Claro, volveré con Enrico, que insiste en hacer una casa en el árbol con sus propias manos. —Las palabras vienen acompañadas de una carcajada y eso me llena de alegría.

Termino la llamada mientras ya abro la puerta y me encuentro con Carlos apoyado en la pared del pasillo.

—¿Cómo está la embarazada más hermosa? —pregunta, lleno de energía.

—Sigo intentando comer. Si me tapo la nariz mientras como, ¿funciona?

—Siéntate ahí mismo, voy a prepararte algo que no te cause náuseas.

—¿En serio existe algo así?

—Claro, algo que no tenga un olor fuerte.

Me concentro en la televisión, que está pasando una serie cualquiera mientras él prepara algo.

—¡Vaya, qué olor maravilloso! ¿Qué estás haciendo en la cocina? —pregunto, girando mi cuerpo en el sofá para mirar hacia la cocina americana.

—Estoy haciendo té de menta, necesitas mantenerte hidratada. Y como acompañamiento, una sopa.

Algunos minutos después, vuelve con una bandeja y se sienta a mi lado.

—Esto parece muy apetitoso —digo, atrayendo el aroma de la sopa hacia mí—. Y entonces, ¿a qué debo la visita inesperada?

—Vine a decirte que me voy a España. Voy a abrir mi propio restaurante y me gustaría que trabajaras conmigo.

Me muerdo el labio y bajo la cabeza. Respirar nuevos aires y un empleo son todo lo que necesito, pero antes tengo la obligación de contarle a Matteo que será padre.

—Antes de eso, necesito hablar con el padre del bebé.

Él fuerza una sonrisa y me mira como si estuviera ilusionada, y tal vez lo esté, soñando con que Matteo se arrodillará y dirá que quiere formar parte de nuestras vidas, igual que Enrico hizo con Isa.

—Tienes toda la razón al querer contárselo, quién sabe, tal vez se ponga feliz con la noticia.

—Gracias por ser mi amigo. —Agradecerle su amistad es lo mínimo que puedo hacer, y claro que no dudaré en apoyarlo en el restaurante si no hay manera para mí y mi hijo aquí.



Matteo Ferrara

Los días pasan lentamente, mientras vivo mi vida bohemia de siempre, aunque enterrarme en un coño haya sido algo que realmente pierde la gracia cuando no me imagino encima de Marina. Lo que antes era incentivado por mi padre, hoy ha sido motivo de innumerables discusiones. También debo dejar de tirarme putas, ya que la magnífica Karina Willians llega esta semana.

—Creo que es buena idea que lleves a Karina a la boda de Enrico.

Levanto la mirada, dejando el tenedor en el plato para mirar a mi madre, asegurándome de que esas palabras realmente salieron de su boca.

—¿A la boda de Enrico? —Arqueo la ceja.

—Claro, Enrico sigue siendo importante, no podemos simplemente desvincularnos de él, y será una excelente oportunidad para que todos sepan que te comprometerás con la heredera Willians.

—Mueve los dedos, madre, y lo haré. Después de que Laura se fue, eso es en lo que me convertí, alguien que puede mantenerte segura.

—Agradece todo lo que tienes y esfuérzate por tener más, es lo mínimo que puedes hacer. Tu padre está en el despacho, ve allí, lleva un té y habla de negocios. Necesitas demostrar todo el tiempo que eres competente y que puedes hacer que el imperio crezca aún más.

19



Matteo Ferrara

Los días pasaron rápidamente, y agradecí que Karina no hubiera llegado a tiempo para la boda de Enrico. Ahora estoy en mi habitación, preparándome para este día. Me puse un traje oscuro e impecable, ajustando cada detalle mientras miro mi reflejo en el espejo.

La verdad es que, por más que intente ocultarlo, esta boda me afecta de alguna forma. Tal vez sea porque Enrico es uno de mis amigos más cercanos, o tal vez sea por Isabella, la mujer que definitivamente no es la adecuada para él.

Suspiro e intento apartar esos pensamientos.

Termino los últimos ajustes de mi traje y miro el reloj antes de salir. La ceremonia ya ha comenzado, pero sé que mi presencia será un poco incómoda para todos.

Llego al lugar y me mantengo apartado, observando a Enrico hacer sus votos. Tengo que confesar que estoy feliz de verlo sonreír de nuevo. Debería ser suficiente para que simpatizara con Isabella, al fin y al cabo, ella es la razón de esa sonrisa en su rostro. Sin embargo, su parecido con Camila, mi exnovia, es una razón por la que no consigo evitar detestarla tanto. Es algo que está más allá de mi control.

Observo a Marina al lado de Enzo, sosteniendo a los gemelos, seres tan deseados por mí, pero que aún no he tenido la

oportunidad de conocer. Marina está deslumbrante como siempre, con una sonrisa cautivadora que emana de su esencia. En el fondo, admito que quizá fui el perrito que constantemente movía la cola por ella, como ella misma dijo. Sin embargo, incluso pagando al final del sexo, ella nunca fingía gemidos para complacerme. Y eso es algo que verdaderamente valoro, después de haber pasado por tantos momentos de placer irreal. Nuestras miradas se encuentran, ella parece sorprendida al verme, camina lentamente en mi dirección y yo mantengo mi postura.

—Matteo, no esperaba encontrarte aquí, ¿podemos hablar en un lugar más tranquilo?

Miro alrededor y veo que nos están observando.

—Ve a la parte trasera de la mansión, iré en unos minutos. — Señalo y ella me mira incrédula, pero no ser vista conmigo es un favor que le hago.

Ella sigue adelante, aunque esté contrariada, tan orgullosa como yo. Camino hasta el lugar ansioso por besarla, pero esta vez no seré engañado. Si me extraña, podemos satisfacer nuestros deseos juntos, pero de una forma diferente.

—¿Me extrañabas? —La sorprendo dándole un beso lleno del deseo que grita dentro de mí.

—Espera, Matteo. —Me aparta, dejándome confundido. ¿Qué diablos de juego está queriendo jugar?

—¿Qué, ahora vas a hacerte la difícil? —pregunto con los brazos extendidos y el ceño fruncido.

—¿Y tú vas a hacerte el imbécil? No es que no lo seas, pero conseguías fingir bien a mi lado.

—Marina, ¿en serio me llamaste aquí para volver al asunto de tu amiga? Ya te dije lo que pienso...

—Estoy embarazada de un hijo tuyo. —Tambaleo hacia atrás, sintiendo que las piernas me pierden la fuerza, y una carcajada que sale en lugar de lágrimas resuena sin una pizca de humor.

—¿Mío? —pregunto todavía procesando la información. ¿Cómo puede estar tan segura?—. Vamos a resolver este asunto, Marina, yo no quiero tener hijos y, cuando quiera tenerlos, no será con alguien como tú.

—¿Qué clase de hombre eres? —Cierra los puños y golpea contra mi pecho, y yo intento descifrar qué es real en verdad.

Siento que me falta el aire y puedo ver con perfección a Camila frente a mí diciendo lo que no me dijo a la cara, que quiere dinero y más dinero.

—Espera el contacto de mi abogado, Marina, él te sacará de Milán y resolveremos este asunto. No te preocupes, serás bien indemnizada y al final verás que fue lo mejor —digo de espaldas, intentando procesar toda la información que acaba de ser dicha, mientras las palabras de Camila se mezclan en mi mente.

—¿Indemnizada por qué? —cuestiona, y yo vuelvo hacia ella.

—¿Quieres tener a ese niño? —Me mira en shock.

—Hijo de puta.

—Lo soy, un hijo de puta que está cansado, ¿y ese de ahí es hijo de quién?

—¿Cómo que es hijo de quién?

—Recuerdo muy bien haber usado preservativo y, cuando no, tomaste anticonceptivo.

—¿Quién te crees que eres para hablarme de esa manera?

—Soy Matteo Ferrara, y tú eres solo una más intentando ascender en la vida dando un golpe con un embarazo. Si realmente ese hijo es mío, te aconsejo que no expongas la situación. Si no lo es, simplemente sigue tu vida lavando platos en un restaurante de quinta al lado de ese camarero con quien te andas viendo.

—Estoy segura de que él sería un padre mejor que tú, que no eres más que un miserable que cree tenerlo todo.

—Que te vaya bien, Marina. Mi asistente se pondrá en contacto.

Tomo aire con dificultad y camino directo hacia el coche. Me tiemblan las manos.

—¡Joder, Marina! —exclamo, golpeando con fuerza el volante.

Tomo el teléfono y llamo con urgencia a mi asistente.

—Contesta, contesta...

—*Sí, señor* —dice al atender después de varios tonos.

—Necesito que te reúnas conmigo ahora mismo. Marina me dijo que está embarazada, bloqueé la información al máximo, Emiliano no puede saberlo. ¿Entiendes?

—*Perfectamente, señor.*



Marina Bianchi

Las lágrimas caen libremente mientras lo veo alejarse como si todo lo que acabo de decir no fuera nada.

—Señorita. —Siento una mano firme tocando mi hombro.

—¿Sí? —Levanto los ojos para mirar al hombre alto, vestido de negro, de pie a mi lado.

—El señor Ferrara pidió que nos acompañara.

—¿Él lo pidió? —Me levanto secándome las lágrimas. Tal vez se haya arrepentido de todo lo que dijo.

Acompaño al hombre hasta un coche negro estacionado cerca de mí. A pesar de sentir cierto recelo, decido entrar en el vehículo. Él cierra todos los vidrios, impidiendo que cualquier persona vea quién está dentro. Estaciona en lo que parece ser una casa de campo.

—El señor Ferrara está en el despacho, sígame, por favor. —Extiende la mano dándome paso. Camino a su lado hasta llegar a una puerta inmensa en la que él llama.

—Puede entrar. —Oigo la voz de un hombre que ni de lejos se parece a la de Matteo y eso me asusta.

—¿Quién está ahí? ¿Qué lugar es este? —pregunto aún más acorralada, cuando veo a un hombre ya mayor de pie, apoyado en un bastón detrás de la inmensa mesa de mármol.

—No te asustes, querida, soy Emiliano Ferrara, el padre de Matteo Ferrara. —Su voz es tranquila, pero su semblante es oscuro como toda la casa.

—¿Y qué quiere conmigo? —pregunto, llenándome de valor.

—Siéntate, una gestante no puede estar tanto tiempo de pie. Aunque todavía sea pequeño, ya debe de causarte cierto malestar.

—Estoy bien así, así que diga de una vez qué quiere.

Sonríe de forma diabólica y cada parte de mí se hiela.

—Veo que tienes bastante carácter. Eso de hecho debe de haber llamado la atención de mi hijo.

—¿Va a seguir con charla inútil? Porque definitivamente tengo más cosas que hacer.

—Vayamos directo al asunto, entonces, ¿cuánto quieres? —pregunta con una expresión seria y cerrada.

—¿Cuánto quiero para qué? —Lo miro sin desviar los ojos.

—Para deshacerte de ese bastardo.

—No voy a hacerlo —grito.

—Pero tampoco lo tendrás. Matteo me dejó claro que sospecha que el hijo es de otro. Vamos a librarnos de esta molestia.

—Su tono es de amenaza, y siento que las rodillas me flaquean.

—¿Y si no acepto?

—No tienes opción. —Levanta los ojos y mira al hombre de negro que me trajo—. ¿Alguien la vio entrar en el coche?

—No, señor, fui discreto como ordenó.

Me mira con una sonrisa victoriosa, pero no me conoce, y si él tiene sus artimañas, yo también tengo las mías.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar? —digo, llenándome de arrogancia, con la única intención de salir de aquí con mi hijo en el vientre. Si ellos no quieren ver al niño vivo, pueden vivir sin saber de su existencia.

—Da tu precio. —Desliza una hoja en blanco y yo escribo una cifra alta, lo suficiente para que crea que estoy dispuesta a negociar.

—Perfecto, coordinaremos con la clínica y, en cuanto tengamos la confirmación, el dinero estará en tu cuenta.

—Espero su contacto, señor, y déjele un recado a Matteo.

—Sí, dime.

—Dígale que tiene a quién salir, usted es tan hijo de puta como él. —Me doy la vuelta y camino hasta el mandadero detrás de mí—. Sáqueme de aquí.

Él levanta los ojos esperando la aprobación del demonio con pantalones detrás de mí.

—Llévala, pero mantente cerca por si necesita algo.

No me tomo la molestia de girarme para mirarlo y salgo a grandes pasos en cuanto la puerta se abre.

20



Marina Bianchi

—Déjeme aquí, desde aquí ya puedo seguir sola.

—Tengo órdenes de mantenerme cerca —dice, mirándome por el retrovisor.

—No soy una prisionera, detenga el coche ahora —ordeno.

Me mira de nuevo con una mirada fría y arrima el coche. Bajo dando un portazo con fuerza detrás de mí. Estiro el brazo llamando a un taxi que se detiene en segundos a mi lado.

—¿Algún problema, señorita? —pregunta el taxista al verme jadeante, con el sudor resbalando por mi frente.

—Ninguno, le pasaré la ubicación.

Llamo a Carlos después de pasarle la ubicación al conductor. Carlos contesta de inmediato.

—¿Mari?

—Carlos, ¿dónde estás?

—*En casa, como te dije, renuncié al restaurante y estoy organizándome para ir a España. ¿Pasó algo? Pareces nerviosa.*

—Quieren quitarme a mi hijo.

—¿Quiénes, Marina? —Su tono es una mezcla de preocupación y nerviosismo.

—Ve al apartamento, te lo explico todo allí.

—*Voy ahora mismo.*

Termino la llamada, miro hacia atrás y veo que siguen siguiéndome. Apoyo la cabeza en el asiento del coche e intento calmarme, porque todo este estrés me está dando cólicos. Al llegar al edificio, pago el taxi y entro con naturalidad.

—¿Ve a ese hombre de pie junto al coche negro? —le pregunto al portero.

—Sí, señorita.

—No tiene autorización para entrar, y si conoce a alguien en el edificio y usted tiene que autorizar la entrada, avísame inmediatamente, ¿entiende? —Frunce el ceño al oírme hablar y confirma con la cabeza.

—El señor Carlos ya subió.

—Gracias.

La subida hasta el penthouse parece una eternidad, y cuando las puertas del ascensor se abren en el piso, veo a Carlos parado, angustiado, esperándome. Me derrumbo en sus brazos, incapaz de fingir fuerza, cansada de esconder mis miedos. Esta vez la carga pesa demasiado.



Abro los ojos, sintiendo la cabeza pesada, la visión un poco turbia que lentamente va volviendo a la normalidad. Carlos está sentado en el sillón cerca de la cama y se apresura a acercarse cuando nuestras miradas se encuentran.

—¿Qué pasó, Marina?

—Me voy a España contigo. Pero hay un hombre afuera que tiene órdenes de vigilarme, no quieren que mi hijo nazca.

—¡Hijo de puta! —exclama—. ¿Qué tienes en mente?

—No lo sé, pensé en huir.

—Buscaré una forma de que mis cosas lleguen aquí y nos iremos. —Aprieta mi mano y siento que realmente puedo contar con él.



Con las maletas listas llamo a Isabella, que está de luna de miel. Pienso en no preocuparla, así que empiezo contándole los hechos por encima y le digo que me mudaré a España con una propuesta de trabajo, pero necesito mucho más que solo desahogarme, necesito huir y no consigo ocultarlo en nuestra conversación.

—Isa, necesito que me ayudes a salir del apartamento.

—*¿Tienes algún problema?* —El tono de su voz es preocupado.

Doy un largo suspiro.

—*Mari, cuéntame qué está pasando* —exige.

—Matteo y su familia quieren obligarme a quitarme al bebé.

—*¿Qué?* —grita al otro lado de la línea.

—Isa, me están vigilando, necesito huir.

—Voy a hablar con Enrico, prepárate, mandaré hasta un jet para sacarte de ahí si hace falta.

En el momento en que cuelgo el teléfono, Carlos me mira ansioso, esperando mi respuesta después de la conversación con Isabella.

—Ella va a ayudarme. Hará lo que sea necesario para que salga de aquí.

Pocos minutos después, Isabella devuelve la llamada y me pide que suba a la terraza del edificio. Tomamos nuestras cosas y

subimos.

En la terraza, noto que el cielo está lleno de estrellas, lo cual es una suerte para nosotros. Carlos y yo esperamos, tensos, hasta que finalmente escuchamos el sonido de un helicóptero acercándose. Aterrizo con destreza, se abre una puerta y el piloto baja y viene a nuestro encuentro.

—¿Señorita Marina? —pregunta.

—Sí, soy yo.

—Vine a buscarla.

—Está bien, pero tenemos que irnos ahora, antes de que se den cuenta de lo que está pasando.

Carlos me ayuda a entrar en el helicóptero y, en cuestión de minutos, estamos en el aire, rumbo al aeropuerto, desde donde volaremos a España. Con los ojos cerrados, agradezco mentalmente por tener a Isabela en mi vida en este momento, por tener a Enrico en la vida de ella, o ciertamente no habría logrado huir.



Matteo Ferrara

—¡Joder! Solo da apagado —vocifero, golpeando la pared después de intentar llamar a Marina por décima vez, después de lo de ayer en la boda.

Tal vez debería calmarme, si ella no quiere hablar conmigo, debo considerar eso algo bueno. Oigo golpes en la puerta y autorizo la entrada.

—¿Todavía no te has arreglado? —pregunta mi madre, viniendo hasta mí.

—No tengo cabeza.

—Será mejor que la encuentres rápido, tu padre marcó una cena con los Willians. Amarás a Karina, es hermosa, inteligente y le agrada a tu padre.

—Claro, le agrada a mi padre. —Pongo los ojos en blanco.

—Termina de arreglarte y baja.

Respiro hondo, me pongo una camisa de vestir y bajo. Emiliano levanta los ojos cuando me ve aparecer en las escaleras.

—Matteo, ven conmigo al despacho —dice colocando el vaso de whisky en la mesa junto al sillón donde pasa buena parte del tiempo metido.

Lo sigo a regañadientes, pero también curioso por saber qué tiene que decir.

—Estoy muy feliz de que Karina se haya animado a conocerte, le envié algunas fotos tuyas, debo admitir que heredaste la belleza de tu madre —dice con un tono divertido y amable mientras intento leer entre líneas sus palabras.

Envié mis fotos como si yo fuera un producto expuesto, mientras yo ni siquiera he visto su sombra, pero un bastardo sigue siendo inferior, incluso en comparación con ella, que está heredando una empresa a punto de quebrar. Excelente negocio, un matrimonio con un bastardo a cambio de una empresa reestructurada.

—Yo también estoy satisfecho con eso, padre. —Fuerzo una sonrisa.

—Bien, en relación con la joven, la señorita Bianchi, esperaba que vinieras a contarme sobre las cuestiones parentales del bebé. Sin embargo, ya que no lo hiciste y no se encontraron de nuevo, concluyo que el asunto ya está cerrado. Debo admitir que es una chica con carácter y decidida, pues no dudó ni un instante en aceptar mi propuesta.

—¿Propuesta? —indago con el ceño fruncido.

—Sí, igual que la chica que preparaba cafés, fue fácil, y aceptó el dinero a cambio de librarnos de un problema causado una vez

más por ti. Sinceramente espero que sea el último, Matteo. Cástate con Karina y deja de traerme tantos problemas.

—Tomé todos los cuidados necesarios, creo que ni siquiera es mi hijo.

—Imaginé que ese era el caso, pero lo garantizaremos por si acaso.

Nos interrumpen unos golpes en la puerta.

—Señor, los Willians llegaron —dice la empleada del otro lado de la puerta.

Todavía digiero la noticia, seguía esperando estar equivocado sobre Marina. Emiliano se apresura a salir del despacho y yo lo sigo sin la menor voluntad de hacerle compañía a esa gente. Al llegar a la sala me encuentro con la rubia alta de semblante serio y ojos azules como el mar, ella sonríe de lado en cuanto nuestras miradas se encuentran. Preveo muchos dolores de cabeza.

Estoy arreglándome para encontrarme con Karina, persona que todavía es una incógnita para mí, ya que no tuvimos oportunidad de conversar en la cena aquí en casa. Bajo pasando de largo junto a mis padres, que están en la sala y ni siquiera notan mi presencia, lo cual es estupendo.

—¡Buenos días, señor! —Miro insatisfecho a mi asistente, que parecía ser leal a mí, pero por la velocidad con que Emiliano descubrió los hechos, este traidor soltó la lengua.

—No necesito tus servicios hoy, ¿qué haces aquí? —pregunto con las cejas arqueadas.

—Yo lo llamé, tengo unos asuntos pendientes —dice mi padre, apareciendo en la puerta principal de la mansión. Sonríe sin una pizca de humor, constatando lo idiota que soy.

—Bueno, tengo que irme, tengo un compromiso con Karina —
digo entrando en el coche.

Entro en el coche, me quedo unos minutos y vuelvo a la casa.
¿Qué diablos van a hablar esos dos?

Entro y mi madre ya no está en la sala, camino hasta la puerta del despacho e intento oírlos hablar.

—¿Cómo que no sabes dónde está? —pregunta Emiliano irritado.

—No sabemos cómo ocurrió.

¿Están hablando de Marina? Choco contra una mesa y derribo un jarrón.

—¡Mierda! —exclamo en voz baja.

—¿Quién está ahí? —Oigo los pasos acelerados de mi padre y me apresuro a regresar al coche.

—¿Marina se fue de Milán? —Me quedo un tiempo con la cabeza apoyada en el asiento del coche hasta arrancar.

Conduzco algunos kilómetros hasta el restaurante donde quedamos en encontrarnos y, para mi sorpresa, está rodeada de amigos.

—Buenas tardes —gruño al acercarme, y ella gira la cabeza, respondiendo el “buenas tardes” sin mirarme.

—¿Ese es tu prometido, Karina? —pregunta una de sus amigas.

—Sí, es él. —La forma en que responde arranca sonrisas de dos imbéciles sentados a la mesa junto a otras amigas.

Tiro de la silla y me siento cerca de ella.

—Matteo Ferrara, mucho gusto.

—¿Ferrara? —dice una de ellas, y Karina sonríe con un lado de los labios.

—Sí, ¿mi novia no comentó que se casará con el heredero del grupo Ferrara?

—No, todavía no sabíamos de quién se trataba.

—Bueno, a veces un apellido no es sinónimo de nobleza — responde ella con burla.

—Tienes razón, querida. Mira bien los vinos caros servidos en la mesa y el menú de este restaurante. Muchos tendrían que vender un riñón para poder pagar esta cuenta. Tú, en cambio, solo necesitas casarte y fingir amor por tu marido todas las noches —

replico en el mismo tono, pero en una posición más favorecida que ella.

—¿Qué estás insinuando? —Gira el rostro hacia mí con semblante furioso.

—Solo estoy presentando los hechos, que conoces bien. No permitiré que me hagas quedar como un idiota delante de nadie. Empieza a aceptar las circunstancias, Karina, porque tampoco es de mi agrado casarme contigo —digo, mirando sus ojos enrojecidos por las lágrimas que contiene con fuerza—. Y para que veas cuánto podemos llevarnos bien, pagaré la cuenta de este pequeño encuentro, que podemos repetir más veces. Tus amigos son muy agradables.

Se levanta arrastrando la silla con fuerza y camina en cualquier dirección, seguramente esperando que la siga como un caballero haría en casos de una discusión en público, pero estoy muy lejos de ser un caballero, y ella muy lejos de alguien que merezca mi respeto.



Marina Bianchi

Algunas semanas después...

—Sí, parece que tenemos mucho trabajo por hacer aquí —digo con las manos en la cintura, mirando el galpón que Carlos compró para que sea el restaurante.

—Sí, tendremos mucho trabajo, así que no perdamos tiempo.

—Amo toda esa energía tuya, pero mi cuota está bajísima, este bebé me está dejando cansada y todavía ni siquiera ha nacido.

—Es así, después de unos meses solo empeora. —Suelta una carcajada.

La familia de Carlos vive aquí en Sevilla, pero él tiene un apartamento propio, lo cual me pareció bastante cómodo, ya que estoy viviendo un tiempo con él. La verdad es que tengo miedo de estar embarazada y sola en un apartamento, pienso en alguna emergencia, no sé. Nuestra relación es de total amistad por ambas partes, e incluso lo incentivo a conseguir novia, eso le hará mucho bien.

Pasamos nuestros días organizando las cosas necesarias para el restaurante y el curso de cocina en el que me inscribí recientemente. Carlos ya es un cocinero habilidoso, creo que no existe nada que no consiga preparar, pero yo, por otro lado, no sé hacer muchas cosas en la cocina. Sin embargo, quiero ser útil y descubrí que tengo muchas ganas de aprender a hacer dulces. Este mundo fascinante me ha conquistado con cada nueva receta que aprendo, y cada día que pasa mi pasión por la cocina crece aún más.

—¿Crema batida? —rezongo, arrugando la nariz al leer la receta que el profesor puso en mi mesa.

—¿Algún problema, señorita Bianchi? —pregunta por encima de mis hombros, asustándome y haciendo que derrame todo el azúcar que tengo en las manos sobre él.

—¡Vaya! Perdón, me asustó. —Siento mi rostro sonrojarse al mismo tiempo que intento limpiar el desastre que causé.

Él sopla el azúcar de su rostro, mirándome con esos ojos verdes y las mejillas rosadas que resaltan en su piel clara.

—Está bien, vuelva a sus tareas mientras me limpio.

Oigo la risa de los presentes mientras bajo la cabeza avergonzada por lo que acaba de ocurrir. Al final de la clase tomo mis cosas y salgo del curso.

—¡Señorita! —Oigo la voz apresurada detrás de mí y me giro.

—¿Profesor? —Tuerzo los labios cuando se acerca.

—Marina, usted cambió la receta que dejé sobre la mesa —dice en tono de reproche.

—Ah, es que no quiero usar crema batida. —Me encojo de hombros.

—Lo que sea que le haya hecho, no la ignore, tenga un asunto serio y placentero con ella.

Mis mejillas se sonrojan al recordar por qué evito la crema batida, y placer con ella es lo último que considero tener ahora.

—¿Placentero? —pregunto apretándome las mejillas calientes, y él suelta una carcajada.

—Venga, no sea una niña mala. No tengo idea de lo que pasa por su cabeza, pero solo iba a sugerir un gelato con crema batida.

—Ah, sí, un helado, perfecto, puedo hacer eso —digo girándome con mis cosas, queriendo abrir un agujero en el suelo y desaparecer.

—¡Espere! —grita, alcanzándome.

—¿Qué pasa ahora? —Me giro impaciente.

—La crema batida, señorita Bianchi. Llévela y tráigame una receta con ella, ¿de acuerdo?

Suspiro derrotada, colocando el frasco en el bolso.

—Está bien, señor, mañana tendrá su postre con crema batida.

Al llegar al apartamento, que está vacío ya que Carlos suele visitar a su madre después de salir del restaurante al que va todos los días personalmente para revisar la reforma.

Miro el frasco de crema batida y me siento en la mesa junto a él.

—Bueno, si tenemos que conversar, entonces vamos allá, yo empiezo. —Cambio de posición arrastrando la silla y sentándome frente a él—. Te detesto, ¿y sabes por qué? —pregunto apretándolo entre mis manos—. Porque eres amargo.

—Hum... Dulce amargura —dice Carlos entrando en el apartamento y yo arreglo mi postura, que ahora parece de loca mientras converso con un frasco de dulce.

—Llegaste temprano. —Sonrío, disimulando la vergüenza.

—Sí, hoy vine directo al apartamento, entonces, ¿qué pretendes hacer con el delincuente que tienes en la mano?

—Hum... veamos, necesito hacer un dulce con él y llevarlo al curso mañana. ¡Eso! Me diste una excelente idea.

—¿Yo? —pregunta acercándose.

—Dulce amargura, el nombre es perfecto para ti, pequeño delincuente.

Él ríe, alejándose.

—Buena suerte con el dulce, estoy agotado, voy a dormir.

—Dulce amargura, voy a hacerte famoso, ya verás. Nada mejor que un dulce para curar la amargura de un corazón roto.

22



Matteo Ferrara

Estoy concentrado en los papeles sobre mi escritorio cuando oigo abrirse la puerta de mi despacho. Levanto la mirada y veo a Karina entrando, con una sonrisa que todavía no conocía en los labios. Cruza el umbral de la sala, sus pasos suaves resuenan sobre la alfombra, y se acerca a mi mesa con una confianza que antes no había percibido.

—Matteo, no respondiste mis mensajes, así que decidí venir personalmente —dice, acercándose a mi mesa y pasando los dedos sobre los documentos, como si quisiera apartarlos.

—¿No llamas a la puerta? —cuestiono, alzando una ceja.

—Soy tu novia, ¿no? —responde con un toque de provocación.

—Claro que lo eres, pero ¿qué tiene que ver eso con llamar a la puerta o ser anunciada?

—¿Necesito ser anunciada para entrar en el despacho de mi futuro marido? —se expresa con un aire desafiante, pronunciando las últimas palabras con énfasis.

Suspiro, sabiendo que no puedo evitarla por mucho tiempo. Se está quitando la corona, y eso es algo que me está pareciendo interesante.

—Está bien, mi futura esposa, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunto, manteniendo una expresión seria.

Ella se inclina sobre la mesa, acercándose aún más, sus ojos fijos en los míos.

—Deseo tener una buena relación contigo, y quizá no necesite fingir que me gusta mi marido todas las noches.

—La vida es una mierda, en serio. ¿Alguna vez te has detenido a analizar lo incómodo que es esto? Que tú estés obligada a venir aquí a arrastrarte y yo a sonreírte como si creyera que realmente me ves como un hombre para ti.

—Podrías ser amable, me estoy esforzando.

—Está bien, ¿qué tal si nos damos un tiempo el uno al otro? Pero recuerda algo, Karina: no voy a permitir que intentes humillarme delante de tus amigos ni de cualquier otra persona. No soy el tipo de hombre que acepta ser irrespetado por nadie, y eso incluye a una mujer. Aunque puede que no sea el hijo biológico de Emiliano, él me crio desde mi nacimiento, y hoy soy el único heredero de todo lo que está bajo nuestros pies. Por lo tanto, no intentes disminuirme, porque quien saldrá perdiendo serás tú.

—Entendí perfectamente, Matteo, empecemos de nuevo. ¿Qué te parece una cita hoy? Solo tú y yo.

—Hoy no puedo, tengo un compromiso, pero mañana, quién sabe. —Sonríó victorioso al verla resoplar de rabia.



Marina Bianchi

Me levanto de puntillas al oír ruidos provenientes de la cocina. Carlos suele preparar el desayuno todos los días, pero no siento olor a huevos fritos, solo gemidos de quien prueba algo bueno.

—¡Te atrapé! —digo con un tono divertido al verlo lamerse los dedos con una copa de postre en las manos.

—Marina, esto está buenísimo. ¿Qué tiene? —pregunta, faltándole muy poco para tragarse la cuchara que tiene en la mano.

—Hice unos tres tazones, si te gustó tanto, toma más.

—¿Me gustó? Me encantó.

—Ya veo que todos aprecian una dulce amargura.

—¿En serio le pusiste ese nombre al dulce? —Suelta una carcajada.

—Sí, lo crujiente que sientes viene del chocolate amargo derretido que, después de secarse, queda así durito, hasta me recuerda a copos.

—Vaya, combinó muy bien el dulce con ese chocolate amargo.

—Comprende, amigo mío, que la pasión es así. Aunque a veces cause sufrimiento, te entregas a ella porque sabes que, al comienzo, es dulce, dejando un sabor amargo al final. Sin embargo, eso no te impide volver a saborear el inicio.

—¿Estás enamorada? —Vuelve a soltar una carcajada, sirviéndose más dulce en la copa.

—Estoy a dieta. —También suelto una carcajada.

—El gran problema de la dieta es que o comemos cosas sin sabor, o probamos solo lo amargo.

Sé de qué habla, y no estamos hablando de dulce, sino de mi vida, de cómo me siento hoy.

—Bueno, déjame arreglarme, que el curso es esta mañana.



Conforme pasan los días ya podemos ver que el restaurante va tomando forma, y queda exactamente como lo soñamos. En un mes haremos la inauguración, y estoy muy ansiosa por ese día.

—Ya veo varias estrellas Michelin —dice Carlos con un tono soñador, mirando la fachada.

—Seremos el mejor restaurante de toda Sevilla.

—Ya lo somos, Mari.

Acaricio mi barriga, consciente de que mi hijo o hija tendrá una vida diferente de la mía. Haré todo por él y nunca permitiré que alguien lo lastime. Soy responsable de su bienestar, y prometo que siempre lo pondré en primer lugar, por encima de mí misma.



Matteo Ferrara

Un mes después

Miro atentamente la noticia de mi compromiso en la pantalla de la tablet. Dos jóvenes prometedores, herederos de un imperio, están a punto de oficializar su unión en una cena que tendrá lugar en el renombrado Hotel Milano Royal, el más lujoso de todo Milán. Ese es el título destacado en la noticia. Justo después, aparece una noticia sobre Enrico, su hermosa esposa y los hijos gemelos. A veces, me arrepiento de las palabras que le dije a Isabella, mientras que en otras ocasiones cuestiono la veracidad de las sospechas sobre ella. Pero una cosa es segura: echo mucho de menos a Enrico, y esa es la parte que no consideraré. En realidad, me doy cuenta de que perdí mucho más en esta historia de lo que podría imaginar.

—Señor, la señorita Karina está abajo. —Oigo hablar a la empleada detrás de la puerta.

—Gracias —digo al encontrarla todavía parada frente a mi habitación.

Bajo rápidamente y la encuentro con semblante nervioso junto al sillón de la entrada de la sala.

—¿Algún problema? —pregunto en cuanto levanta los ojos y me mira.

—Solo quería verte antes de la fiesta —dice, acercándose y abrazándome. Karina es la prueba viva de que a algunas mujeres les gusta ser rechazadas. No consigo apegarme a ella de la forma en que ella se aferra a mí, después de darse cuenta de que, aun siendo un hijo bastardo, soy el único hijo. En esta sociedad en la que vivimos, algunas cosas pueden superarse, siempre que tengas dinero suficiente para callarle la boca a quien quiera desafiarte.

—¿Y por qué esa mirada angustiada? —quiero saber, apartándome de su abrazo.

Al abrazarme de nuevo, levanta el rostro, esperando el beso que le doy de inmediato. Mientras nuestras lenguas se encuentran con deseo, mi mente inevitablemente vuelve a pensar en Marina, recordándola a diario. Ese sentimiento es mucho más intenso que la rabia que siento por haber sido usado otra vez como escalera hacia mejoras económicas. Curiosamente, Karina también está en la misma situación, pero ella cuenta con la aprobación de mi padre.



Llego al evento y una multitud de fotógrafos me rodea, sus flashes cegadores me nublan la visión por un momento. Asiento con la cabeza y sonrío para las cámaras, como ensayado, al pasar por la alfombra roja en dirección al lugar de la fiesta.

Dentro, la música suave llena el aire y los invitados están elegantemente vestidos. Mi padre, con su sonrisa política, está conversando con algunos miembros influyentes de la alta sociedad. Karina se acerca y se detiene a mi lado, radiante con su vestido deslumbrante, exactamente como se esperaba de ella.

Mientras circulo por el salón, intercambio algunas palabras con los invitados, acepto felicitaciones e intento parecer entusiasmado con la noche. El compromiso puede ser un acuerdo conveniente, pero es una farsa, al menos para mí. No la amo, y la idea de casarme con Karina no me trae la felicidad que debería. En vez de eso, es un recordatorio constante de lo que estoy dispuesto a sacrificar por dinero y estatus.

Mientras Karina sonríe a los invitados, percibo que nuestras miradas se encuentran brevemente. Ella espera que yo la haga feliz, que la ame, pero eso es algo que nunca podré ofrecerle. Y eso me atormenta mientras sigo perdiéndome en la farsa de nuestro compromiso.



Marina Bianchi

Seco las lágrimas que mojan la pantalla del celular.

—Herederos y prometedores. —Leo en voz alta la noticia sobre el compromiso de Matteo—. Pero no hay problema, mi pequeña Antonella. Mamá te ama por dos. De hecho, mamá hará un dulce en tu honor, ¿qué te parece Noni? Es un apodo para tu nombre. Lindo, ¿no? —En ese momento, la siento moverse dentro de mí, como si estuviera dando su aprobación, y una sonrisa ilumina mi rostro.

—Marina, los invitados están llegando —dice Carlos desde la puerta entreabierta—. ¿Estás llorando? —Se acerca y cierra la puerta tras de sí.

—De emoción, tonto. Hoy es nuestra inauguración, ¿cómo crees que me siento? Estoy radiante, feliz.

Carlos me mira con una mezcla de preocupación y desconfianza.

—Claro, y la noticia del compromiso de tu ex no tiene nada que ver con eso.

—¿En serio? ¿Se comprometió? ¿Cuándo? Ahórramelo, quiero que se vaya al mismísimo infierno.

Paso junto a él de prisa, acomodando mi postura mientras me acerco al salón donde nuestros invitados se están acomodando.

—¿Isa? —digo animada al verla entrar junto a Enrico, que trae a mis sobrinos en brazos.

—Vaya, el lugar está increíble —dice, abrazándome.

—Hicieron un trabajo estupendo —añade Enrico, analizando el lugar.

—Gracias. Pero vengan, siéntense aquí. Van a tener la mejor comida de todas.

La inauguración está siendo un éxito, y ya tenemos reservas para los próximos cuatro meses, algo que ni siquiera imaginábamos que sería posible, al menos no en el primer día de funcionamiento.

23



Marina Bianchi

Carlos arrastra un formulario de inscripción por la mesa, y yo se lo empujo de vuelta.

—Ni hablar, no voy a inscribirme en ningún concurso, y menos faltando días para que nazca mi princesa.

—Marina, los candidatos tienen cinco meses para prepararse para el concurso. Te juro que Noni y yo estaremos en la primera fila gritando cuando seas la vencedora —insiste.

—¿Sabes cuáles son las probabilidades de que gane un concurso sin haber participado nunca en uno? —pregunto escéptica.

—¡Todas! Eres talentosa, naciste para hacer dulces. Marina, ese dulce que hiciste para el...

Lo interrumpo con una mirada severa antes de que pronuncie ese nombre indeseado.

—En fin, ya sabes quién es. Ese dulce es magnífico, el nombre es original, y el premio es de trescientos mil euros. ¿Ya lo pensaste? Podemos abrir una sucursal.

Pondero la idea y, después de mirar el formulario, suspiro derrotada.

—Está bien, puedo intentarlo, pero no garantizo nada.

—¡Eso! —celebra.

Sin embargo, una punzada en mi barriga interrumpe nuestra conversación. El dolor súbito me hace arquear la espalda mientras sostengo la barriga, preocupada. Carlos percibe de inmediato mi angustia y me ayuda a levantarme.

—¿Qué sientes? —pregunta, visiblemente preocupado.

—Dolor, mucho dolor —digo casi gritando.

—Vamos, te llevaré a la maternidad inmediatamente. —Carlos actúa con rapidez, guiándome fuera del lugar y hacia el coche, mientras yo lucho contra el dolor que se intensifica a cada momento.

Recuerdo a Matteo y cuánto me gustaría que mi hija pudiera tener a alguien a quien llamar papá. Un grito de dolor desgarrar mi alma, pero no es solo el dolor del parto, es el dolor del rechazo que parece aún más agudo ahora. Miro la mano de Carlos, que ahora aprieta la mía con fuerza, y conduce deprisa. Qué suerte tuve de entrar en aquel restaurante y conocer a este hombre que me ayuda sin nunca pedir nada a cambio.

—Ah... —grito aún más fuerte—. Va a nacer.

—Ya estamos llegando, tranquila —me tranquiliza Carlos mientras conduce apresuradamente hasta la maternidad.

Estaciona en la maternidad y me toma en brazos, corriendo hacia dentro del hospital.

—Está teniendo un bebé —grita, llamando la atención de los empleados que corren a atenderme.

—Sígame para asistir al parto. —Oigo que una enfermera le dice, presumiendo que es el padre.

—Va a nacer —digo a gritos, sintiendo que estaba a punto de salir.

Me llevan a la habitación y la médica se coloca en posición.

—Fuerza, mamá.

Carlos entra enseguida, se detiene a mi lado y sostiene mi mano. Cierro los ojos, hago fuerza e imagino que todo será perfecto,

que mi hija encontrará un mundo maravilloso aquí fuera, y en pocos segundos oigo su llantito.

—Llegó, Mari —susurra en mi oído mientras baño mis mejillas con lágrimas.



Matteo Ferrara

—¡Marina! —Despierto asustado en medio de la noche, sintiendo el corazón pesado. Una lágrima resbala por mi rostro, y me levanto de la cama, perturbado por una sensación extraña que no logro entender. Una ansiedad intensa se apodera de mí, pero no sé el motivo.

La inquietud persiste, y no consigo ignorar por completo la sensación de que algo importante está ocurriendo con Marina.

Instintivamente, tomo el teléfono y empiezo a marcar su número, aunque sé que ya ni siquiera funciona. Pero ¿qué le diría? ¿Cómo explicaría esta sensación?

Me levanto y voy a la terraza, tomo aire con fuerza y percibo que me tiemblan las manos.

—¿Qué es esto ahora? Después de tanto tiempo, ¿vas a decirme que la extrañas? —Sonríó sin humor, cuestionándome a mí mismo—. Mírate, Matteo, eres un Ferrara, ¿y quién es ella? Una mujer que solo quería dinero, una oportunista barata.

Pero incluso con todas las justificaciones en mente, la sensación de inquietud persiste, como si no pudiera simplemente ignorarla. Tal vez sea solo una noche agitada, pero algo me dice que hay más en esto de lo que puedo comprender.

Abro una botella de whisky y bebo directamente de ella mientras recuerdo cuánto creí que Marina y yo éramos reales, aunque hacerla real para mí no fuera una opción.



Despierto con los ojos pesados y la cabeza dando vueltas, no tengo idea de si fueron cinco minutos o tres horas los que me mantuve con los ojos cerrados, pero la sensación de resaca es terriblemente desagradable. La luminosidad de la habitación parece más intensa de lo normal, martillando mi cerebro y aumentando mi angustia.

Me levanto con cuidado, intentando recuperar el equilibrio mientras me apoyo en el borde de la cama. Mis movimientos son lentos y torpes, como si mi cuerpo estuviera protestando por la noche anterior. La sed es insoportable, y mi boca parece un desierto.

Me tambaleo hasta el baño, donde el agua fresca de la ducha me llama como un bálsamo para mi resaca devastadora. El agua cayendo sobre mi cuerpo es revitalizante, y poco a poco me siento más humano y menos un zombi con resaca.

Salgo del baño secándome el cabello, sintiéndome más renovado y despierto para enfrentar el día.

—¡Joder! —Doy un salto y me asusto al ver a Karina sentada en el borde de la cama, como un fantasma que apareció de la nada.

—Quiero creer que todo ese espanto fue de sorpresa, Matteo.

—Deberías dejar de entrar en los lugares sin llamar — respondo con un tono irritado, intentando recuperar la compostura después del susto.

—No te vistas, siéntate aquí y relájate un poco —dice con un tono sugestivo, mientras se acomoda entre las sábanas suaves.

—No estoy de humor, tengo un dolor de cabeza terrible.

—¿Dolor de cabeza, Matteo? —Suelta una carcajada, viniendo hasta mí y abrazándome por la espalda.

—Tuve una noche pésima —respondo, apartándome.

—¿Noche pésima con ese olor a alcohol emanando de tu piel?
—bromea, notando el aroma característico de la bebida alcohólica impregnado en mí.

—Bebí en la terraza de casa, como dije, tuve una mala noche
—respondo, intentando justificarme.

—Si me permitieras darte noches mejores, no tendrías ese problema —replica con una sonrisa maliciosa.

—Entonces, ¿viniste para que no pierda la hora de la reunión en la empresa de tu padre? —Hago una pregunta directa, recordándole de qué se trata nuestra relación.

—¿Crees que solo pienso en eso? —Alza una ceja y me mira con insatisfacción.

—No lo creo, estoy seguro —respondo, manteniendo mi postura firme, incluso con el dolor de cabeza latiendo en mi mente y esta conversación aburrida lo suficiente como para dejarme cansado.

—Entonces, lo haremos a tu manera, Matteo, vamos a la empresa.

—Sal, voy a cambiarme.

—¿En serio? —Suelta una carcajada—. ¿Tampoco puedes cambiarte frente a mí?

—Puedo, pero no quiero —replico mientras me dirijo al vestidor.

24



Marina Bianchi

—Vaya, es muy hermosa, ¿no crees, Enrico? —pregunta Isabela con la cara metida en la cuna a mi lado en la habitación.

La mirada de Enrico me entregó mucho más que solo una bebé bonita frente a él.

—Es idéntica a Laura cuando era bebé —respondió sin muchas vueltas, como alguien admirado.

—No seas tonto, es mi hija, se parece a mí, mírala bien —exijo con el ceño fruncido.

—Claro que se parece, mira esas rodillas, son idénticas a las tuyas. —Suelta una carcajada—. Bueno, voy a dejarlas solas un poco, mientras tomo un café.

Asentimos con la cabeza y él sale cerrando la puerta detrás de sí.

—Pensé que Carlos estaría aquí contigo.

—Está resolviendo los asuntos del restaurante, al fin y al cabo, de ahí sacamos nuestro sustento.

—Ustedes parecen casados —dice de forma sugestiva, como si yo le ocultara algo.

—No somos pareja, si lo fuéramos te lo diría con toda seguridad.

—¿Todavía te gusta Matteo?

—¿Matteo? ¿Quién es ese? —Las dos soltamos una carcajada.

En realidad, extraño lo que nunca fuimos, extraño lo que soñé para nosotros dos, y sí, soñé e hice planes mientras decía que solo pasaba el tiempo con él. Al final, él siempre estaba allí, viendo una película abrazado a mí en la cama, o incluso preparando un té caliente en una noche fría. No todo era malo en él, e incluso aquella sonrisa cínica y esnob hizo que soñara con ellos durante noches seguidas, porque yo conseguía ver algo más detrás de aquella soberbia, veía a alguien que realmente me quería y que deseaba ser amado. Pero, al final, solo era yo enamorada y viendo cosas que nunca existieron.



Cuatro meses después

Lentamente, la rutina loca de una madre recién parida empieza a volver a su cauce, o al menos parece que está ocurriendo, aunque mis noches de sueño nunca volvieron a ser las mismas.

—¿Llorando otra vez, Noni? Mamaste hace treinta minutos —rezongo, a punto de levantarme, sintiendo que el agotamiento se apodera de mí.

—Yo la tomo por ti. —Carlos entra en la habitación y enciende la luz de la lámpara.

—Ya te dije que no necesitas levantarte, tienes que estar dispuesto mañana en el trabajo. ¿A qué hora llegaste?

—Tranquila, Mari, llegué hace pocos minutos y vi a mi princesa llorando. No te preocupes, no me canso solo por ayudarte unas tres veces en la noche. —Suelta una carcajada—. Está bien, unas diez veces, pero en fin, estás agotada. Considera dormir con ella en la cama.

—Con el cansancio que tengo, ¡jamás! Tengo miedo de dormirme encima de ella.

—Entonces vamos, Noni, a comer y dormir otra vez —dice, sacándola de la cuna.

—Mari, creo que está calentita —dice con un tono preocupado.

—¿Calentita? —Me levanto alterada—. Tienes toda la razón, vamos al médico, mejor ir ahora, ¿no crees?

—Claro, vamos al médico, cámbiate. Yo voy a sacar el coche del garaje.

Me aferro a mi hija, que está caliente y llorando, como si sintiera algún dolor, y siento que mi corazón se rompe en un millón de pedazos.

—Hice algo mal —digo entre lágrimas en cuanto Carlos regresa.

—Oye, Mari, dámela aquí, ve a cambiarte. Los niños se enferman, es normal. No te culpes tanto, eres una madre increíble.



Matteo Ferrara

Me revuelvo en la cama, y aunque el clima está frío, aquí estoy, empapado de sudor, incapaz de encontrar un consuelo duradero en el sueño.

—Está bien, Matteo, otra noche en vela. ¡Qué mierda! —Me levanto contrariado después de haber tenido pesadillas con el llanto de una niña durante toda la noche, una experiencia angustiante que parece no tener fin.

Una opresión en el pecho y una sensación sofocante persisten, como si algo estuviera fuera de lugar, pero no consigo identificar el motivo.

Me doy una ducha, bajo y preparo un té con la esperanza de calmarme y conseguir dormir.

—¿Sigues con insomnio? —Mi madre entra en la cocina y habla como si estuviera preocupada por mi situación.

—Sí, y por lo visto no soy el único.

—Tu padre se revuelve en la cama, llamando a Laura, esto empeora cada día.

—Cámbiese de habitación y duerma, es algo simple de resolver, ya que el problema está en él, y no en usted. Bueno, intentaré dormir. —Paso de largo junto a ella y vuelvo a la habitación, me acuesto y cierro los ojos, intentando no pensar en nada, pero es inútil.

—El té no resuelve nada, Matteo, pero el alcohol puede ayudar. —Me levanto para otra noche en vela en la terraza.



A la mañana siguiente parezco un zombi, pero el trabajo me espera. Después de una ducha rápida, me visto y me pongo gafas oscuras. Si pudiera, me quedaría con ellas durante todo el día para esconder estas ojeras.

Llego al Hospital Matriz para revisar algunos asuntos antes de ir a la sede de la empresa y me encuentro de frente con Enzo.

—Pensé que estabas de vacaciones en otro país —comento, deteniéndome a su lado.

—¿Eso fue lo que te contaron? —Abre la sonrisa irritante de siempre.

—¿Se equivocaron? —Arqueo una de las cejas.

—En realidad, fui a visitar a una amiga que vive en España; tuvo un hijo recientemente, lamenté no haber atendido el parto.

—No es como si fuera algo raro para ti, Enzo. ¿Cuántos partos atiendes por día?

—Algunos son especiales.

—Ya veo. Cuando tenga un hijo, dejaré que tú atiendas el parto. Quiero verte darle toda esa importancia cuando se trate de algo mío.

—Cuenta con eso, jefe. Cuando sea tu turno, espero que tengas la oportunidad de ver a tu hijo venir al mundo.

—Por la forma en que lo dices parece que no querría estar presente.

—¿Y quieres? —cuestiona con un tono de sorpresa.

—No seas idiota, claro que quiero. —Le doy una palmada en el hombro.

—No veo a Karina como madre. —Frunce el ceño.

—¿Karina? —Sonríó con desdén—. Ni siquiera quiero tocar a esa mujer.

—Entonces llegamos a la fase que dije: casado, infeliz, pero aún peor, aferrándote a las sábanas.

—Me echaste una maldición; debería despedirte por eso.

—¿Despedirías a tu mejor obstetra?

—Tal vez sea aún más cruel; exprimiré toda tu fuerza de trabajo y después te despediré sin piedad. —Soltamos una carcajada antes de que se despida para prepararse para otro parto.

25



Marina Bianchi

Un mes después

Estoy de pie frente a la encimera de la cocina, rodeada de cámaras y de un grupo de competidores talentosos. El desafío del día es crear un dulce original que sorprenda el paladar de los jurados. Me pregunto a cada segundo qué diablos estoy haciendo aquí, mira nada más a los otros participantes, parecen mucho más preparados. El reloj marca el inicio de la competencia, y siento la presión de decenas de miradas curiosas sobre mí. Respiro hondo, concentrándome en mi idea. Recuerdo las noches en que creé este dulce, no era para que fuera algo rico, era para que expresara mi rabia.

Tomo la crema batida y empiezo a batirla con precisión, observando cómo gana forma y consistencia. Es una danza delicada, un equilibrio entre firmeza y ligereza. Luego derrito el chocolate amargo, observándolo transformarse en un líquido sedoso e irresistible. Las notas profundas y amargas del chocolate se mezclan con la dulzura de la crema batida. Mis manos trabajan con agilidad mientras moldeo esa mezcla en pequeñas porciones.

Miro el reloj, que está a punto de dar su segunda vuelta informando el fin de la competencia. Terminó, coloqué mi dulce frente a los jurados, una sonrisa de satisfacción iluminando mi rostro. Sé lo rico que es esto, y si alguien aquí ya sintió mal de amores igual que yo, sin duda se va a deshacer con este dulce.

Mientras los jurados prueban mi dulce, no puedo evitar sentir ese cosquilleo en el estómago, y cuando finalmente levantan la cabeza con una sonrisa formándose en el rostro, siento alivio al saber que no está tan mal.

—El dulce es increíble, ¿cuál es su nombre? —pregunta uno de los jurados.

Sonrío apretando los labios enseguida, considero inventar otro nombre en el momento, pero en la urgencia digo el nombre que de hecho le fue dado.

—Dulce amargura.

Ellos sueltan una carcajada con el nombre.

—¡Vaya! Y combina, ¿eh? Al inicio es dulcito y al final nos sorprende el amargor del chocolate con, ¿un ochenta por ciento de cacao? —quiere saber.



Matteo Ferrara

Estoy con Karina en un restaurante que parece estar en un día de final de la Copa del Mundo. Las personas están animadas, viendo un concurso de cocina que, al principio, no me llama la atención. Sin embargo, la voz de una de las participantes llama mi atención, y no consigo evitar mirar en esa dirección.

—Sí, el toque amargo es lo que vuelve especial al dulce, porque aunque amargue queremos sentir el saborcito dulce que tiene al inicio —Marina, con una sonrisa radiante, responde a los jurados una pregunta sobre el dulce que acaban de probar.

Su respuesta parece ambigua, y uno de los jurados bromea con ella, haciendo que sus mejillas se sonrojen. No puedo evitar que mis ojos brillen al ver ese rostro hermoso sonrojándose por algo tan simple.

—Este dulce es como la pasión, dulce al inicio y muchas veces amarga al final, pero aun así ansiamos estar enamorados, porque la sensación del comienzo es increíblemente dulce y estimulante.

La cámara muestra a Carlos en el público, observando a Marina con orgullo en los ojos. Siento una punzada de rabia al verlo allí, a su lado.

—Vámonos, ya estoy satisfecho, Karina —digo, intentando no mostrar mi irritación.

—¿Qué te pasa? —pregunta Karina mientras se levanta para acompañarme.

—Nada, solo esperaba tener un almuerzo tranquilo y no estar en un lugar donde pasan esta porquería.

Cuando finalmente estoy solo, busco en internet información sobre el concurso otra vez.

—¿España? —Sonrío sin humor.

En la imagen, Marina aparece feliz, después de ser anunciada como la ganadora del concurso.

—Parece que seguiste bien sin mí, al lado de ese idiota. —Lanzo el teléfono a un lado y abro una botella de whisky—. ¿Pasión? Maldita mentirosa. Quiero que te vayas al mismísimo infierno.



Marina Bianchi

—Te dije que ganarías. —Carlos vibra, mirando el cheque de trescientos mil euros.

—Sí, tenías razón desde el principio. —Sonrío, sintiéndome increíblemente agradecida por su apoyo.

—Hum... ahora nuestro restaurante va a arrasar. Ahora eres famosa —comenta, emocionado.

—No exageres, no es para tanto. —Intento mantener la humildad, aunque mi corazón está lleno de alegría.

—¿Cómo que no es para tanto? Ganaste un concurso que se estrenó en una plataforma de streaming, el mundo entero puede verte —resalta Carlos, enfatizando la magnitud de mi conquista.

—Me estás poniendo nerviosa —digo, mi expresión cambiando a preocupación—. ¿Y si ellos me vieron? ¿Y si vienen tras de mí? —Abrazo a mi hija con más fuerza, como si mi abrazo pudiera protegerla de cualquier cosa.

—Oye, tranquila, ¿crees que esas personas ven programas de cocina? —Carlos intenta tranquilizarme.

—Aun así, mantendremos a Noni lejos de las cámaras. —Decido, priorizando la seguridad de mi hija.

—Como quieras —concuerta Carlos, y yo ya pienso en cómo voy a administrar esta fama repentina. El teléfono no deja de sonar, y nos están llamando para hacer varios bufés de personas influyentes.

—Necesito ir a ver a mi madre —digo, y él detiene lo que está haciendo para mirarme.

—¿Cuándo planeas ir? —cuestiona, sentándose a mi lado.

—No quiero que vayas —le conté a Carlos las cosas que enfrenté en mi casa, y cuando digo que no quiero que vaya, se levanta con un aire insatisfecho.

—¿Ya te dije que nunca fui a Florencia y que me encantaría visitar el río Arno? —bromea, intentando aliviar el clima pesado que se formó.

—Sí, ya me lo dijiste. —Curvo mis labios en una leve sonrisa recordando el día en que nos conocimos.

—Entonces creo que voy a cumplir un sueño.

26



Marina Bianchi

Cumpleaños de 3 años de Antonella

Hoy es un día muy especial. Antonella cumple tres años de vida. No puedo creer lo rápido que pasó el tiempo desde el día en que la sostuve por primera vez en mis brazos. Ha crecido tanto, y cada día que pasa mi amor por ella solo aumenta.

En cuanto Antonella cumplió un año, tomé la decisión de alquilar una casa y vivir con ella, dejando a Carlos en su apartamento. No era justo sacarlo de su espacio solo porque yo deseaba que Antonella creciera en un ambiente con jardín, y es exactamente aquí donde estamos ahora, en nuestra casa nueva, rodeadas de globos coloridos y una mesa llena de dulces y pastel. Lleva puesto un vestidito lindo y una sonrisa radiante en el rostro. No hay muchas personas, solo yo, Carlos y algunos primos de él que tienen hijos de la edad de Noni.

Mientras observo a Antonella jugar y reír con los otros niños, mi corazón se llena de alegría. ¿Cómo un ser tan pequeño consigue transformar un mundo tan grande? No tengo idea, pero ella lo es todo para mí.

A medida que la tarde avanza, cantamos el cumpleaños feliz para Antonella, y ella sopla las velas de su pastel de cumpleaños. Su carita se ilumina con la alegría de estar en el centro de la atención, y todos aplauden con entusiasmo.

—¿Crees que deberías darle pastel? —pregunta Carlos con un tono cuidadoso, mirando a Antonella con una expresión cariñosa.

—Hice un pastel especial para ella, no te preocupes. Merece un pedazo delicioso en su cumpleaños.

En ese momento mi teléfono vibra en el bolsillo, y me apresuro a contestar, viendo que es una llamada de Florencia.

—¿Hola? —Contesto con un tono preocupado, notando que la llamada es de una vecina.

—*Querida, tu madre acaba de ser llevada al hospital. Parece que ella y ese trasto de marido volvieron a pelear muy feo* —dice la vecina, con un tono de aprensión en la voz.

Siento que la vista se me oscurece, y las piernas casi me flaquean y suelto el teléfono, que cae al suelo.

—Mari, ¿quién era al teléfono? —Carlos se acerca, sujetándome por la cintura, preocupado por mi reacción.

—Mi madre fue llevada al hospital —respondo con la voz entrecortada, la angustia apoderándose de mí.

—¡Maldición! ¿Qué pasó?

—Ese miserable... —susurro, con la voz fallando.

—Tranquila, siéntate. Vamos a terminar la fiesta y después volaremos a Florencia.

—Carlos, no necesitas ir conmigo. Quédate aquí y encárgate de todo.

—Marina, nunca te dejaría enfrentar ese problema sola. Si ese trasto te toca un dedo a ti o a Noni, lo mato.



Matteo Ferrara

Entro en el Grupo Willian, y es como si el mundo entero estuviera a mis pies. Cada día que pasa tengo más control sobre el Grupo Ferrara. Y mi matrimonio, que ocurrirá en pocos meses con Karina, no solo fortaleció nuestra alianza, sino que también solidificó el dominio del grupo Ferrara sobre este conglomerado.

Los empleados me miran con respeto y temor cuando paso por los pasillos. Mi reputación de implacable y exigente precede mi llegada, y no tengo ningún problema en mantener esa imagen. En la vida y en los negocios, la debilidad no tiene lugar, y lo aprendí de la manera más dura posible.

Karina es una alianza estratégica, y ambos lo sabemos. Es inteligente y ambiciosa, pero, por ahora, nuestros intereses están alineados.

Entro en la sala de reuniones sin llamar, porque las reglas comunes no se aplican a mí. Todos tienen la atención puesta en mi futuro suegro, que me ve entrar y detiene lo que hace para saludarme.

—Matteo, qué bueno que llegaste. Te estábamos esperando para dar inicio a la reunión, transmite todos nuestros puntos importantes a Ferrara.

Un lado de mis labios ensaya una sonrisa que no doy, y acomodo mi postura mirando al señor Willians.

—Señor Willians, el Ferrara que necesita saber los puntos importantes está justo frente a usted. Soy yo quien toma las decisiones en el grupo, así que no me haga perder mi precioso tiempo y empiece a hablar sin más rodeos.

Toma aire con fuerza, visiblemente incómodo, mientras veo que la postura de los demás participantes de la reunión se tensa todavía más. Mi presencia pasó a tener ese efecto sobre las personas, y no dudo en usarla a mi favor cuando es necesario. Cuanto más gano la confianza de Emiliano, más fuerza tengo para reafirmar que soy alguien que merece ser respetado por todos.

Cuando finalmente la reunión llega a su fin, mi futuro suegro me llama para que conversemos en privado. Entro en su espacioso despacho y me siento en el sillón frente a su imponente escritorio de caoba.

—Veo que elegí bien al marido de mi hija —empieza, con una sonrisa satisfecha—. Cada día que pasa me siento más orgulloso de presenciar tu crecimiento en el mundo de los negocios. Si antes te veía como un chico mimado, ahora puedo ver a un hombre maduro y que sabe imponerse.

—Agradezco sus palabras, señor Willians. Lo considero un elogio viniendo de usted, un hombre de gran experiencia en el mundo empresarial —respondo, manteniendo una postura respetuosa.

—Creo que deberíamos adelantar la boda, dos meses es bastante tiempo, ustedes ya llevan juntos casi tres años —sugiere el señor Willians, con una mirada ansiosa.

—Creo que dos meses es un tiempo excelente, quien esperó casi tres años puede esperar fácilmente sesenta días —respondo, manteniendo nuestra fecha planeada, ya que eso ya no consigo aplazarlo más.

Él sonríe incómodo ante mi negativa.

—¿Mi hija no te agrada ni un poco? —pregunta, visiblemente incómodo con el asunto.

—Señor, no entremos en un tema tan íntimo, sabemos que el amor y la ternura no forman parte del contrato —replico con firmeza.

Se aclara la garganta, todavía visiblemente incómodo.

—Me casé por conveniencia, amo a mi esposa y a mi hija. Eso es más común de lo que imaginas, la convivencia hace que el amor brote.

—Respeto a su hija, señor, y creo que ninguna queja llegó a sus oídos, y eso ya es suficiente para que evite este tipo de

conversación conmigo —digo, manteniendo una postura firme—. El grupo Ferrara ha levantado esta empresa, y yo he obtenido mis beneficios de forma mutua. Si es solo eso, con su permiso, necesito ir a la empresa a revisar cientos de documentos antes de firmarlos.

—Hasta la próxima reunión, y mándale saludos a tu padre —se despide.

—Lo haré, señor. Que tenga un buen día —respondo, levantándome del sillón y saliendo de la sala.

El avión aterriza en Florencia. He venido con cierta frecuencia para visitar a mi madre, pero esta vez es muy diferente. Aunque le he suplicado que venga a vivir conmigo en España, parece hechizada por ese hombre y obstinada en desvincularse de Italia. Pero esta vez no vuelve más con él.

Tomamos un taxi y fuimos directo al hospital. El corazón está apretado dentro de mi pecho, y la ansiedad solo aumenta a cada minuto que pasa. Al llegar al hospital, corremos a la recepción y pedimos información sobre la habitación de mi madre.

Finalmente encontramos la habitación y, al entrar, veo a mi madre acostada en la cama, aparentemente débil y abatida. Sus ojos se iluminan cuando me ve, y una sonrisa débil aparece en su rostro.

—Marina, mi querida, ¿viniste?

Corro hasta su cama y la abrazo con cuidado, temiendo lastimarla. Las lágrimas llenan mis ojos mientras sostengo su mano.

—Mamá, vine en cuanto supe lo que pasó. ¿Cómo te sientes?

—pregunto con preocupación.

Ella suspira, y su expresión se ensombrece.

—Estoy mejorando. —Su respuesta es vaga, y percibo que esta vez tomará una actitud.

La miro con curiosidad, esperando explicaciones. Mi madre siempre fue una persona reservada con sus emociones, quizá yo haya heredado eso de ella.

—Usted vuelve conmigo a España, y no hay discusión, ¿de acuerdo? —insisto, decidida a sacarla de esa situación.

Desvía la mirada, evitando mirarme directamente.

—No quiero salir de Italia. —Su respuesta me toma por sorpresa, y siento que el corazón se me hunde.

—¡Mamá! Mi vida está allí ahora, y no voy a dejarla sola. Además, necesitamos denunciar a ese desgraciado de una vez por todas —hablo con firmeza, indignada con lo que está pasando.

Sacude la cabeza, pareciendo resuelta.

—No voy a volver más a casa, hija, pero no quiero salir de Italia. —Su insistencia me deja perpleja.

Miro a Carlos, que me lanza una mirada preocupada. Él sabe que no voy a tener el valor de regresar a España y dejar a mi madre aquí sola, especialmente ahora que decidió liberarse de aquel hombre abusivo.

Después de un rato conversando sobre otros asuntos, como el desarrollo de Antonella y lo bien que está, me despido cuando el médico entra en la habitación, diciendo que mi madre necesita descansar.

Carlos me acompaña fuera de la habitación, y mientras caminamos por el pasillo del hospital, pregunta:

—¿Qué pretendes hacer?

Recuerdo la conversación que tuvimos sobre el premio del concurso y cómo planeábamos usarlo.

—Me dijiste que con el dinero del premio abríamos una sucursal —respondo, recordando nuestros planes—. Mi madre es terca, parece que está enraizada en Italia.

Frunce el ceño, claramente preocupado.

—Es normal la terquedad después de cierta edad, pero ¿quieres quedarte aquí en Florencia? —Parece vacilar, como si no estuviera seguro de la idea.

—¿Por qué no? —cuestiono, curiosa, sobre su reticencia.

—Marina, si es para darle una vida nueva a tu madre, que sea lejos de todo esto. —Su respuesta es cuidadosa, y veo cuánto piensa en todo cuando se trata de mí.

—¿Es solo por eso? —Entrecierro los ojos, estudiando su expresión.

Suspira antes de continuar:

—En realidad, recibí una propuesta del antiguo dueño del restaurante donde nos conocimos. Quiere venderme el lugar.

—¿Cuándo fue eso? —Inclino la cabeza, esperando que siga hablando, una de las cejas arqueada.

—Hace algunas semanas. No tuve valor para contártelo antes, principalmente porque no quieres volver a Milán. —Parece un poco incómodo al explicarlo.

—¿Y Noni? No puedo arriesgarme.

—Pues sí, por eso no te dije nada, sabía que lo rechazarías.

—Temo por la seguridad de mi hija.

—Mari, llevas años fuera del país, puedes decir que Antonella tiene menos de tres años, podría ser hija de otro hombre. —Se encoge de hombros, sugestivo.

—No sé, necesito pensar en eso.

—Él no necesita saber que es su hija, y tampoco, si lo sabe, ella ya no es un grano en tu vientre, es una niña, no los veo como asesinos.

—Tal vez tenga sentido lo que dices, pero voy a pensar un poco más sobre el asunto.



Estamos caminando junto al río Arno, Carlos, Noni y yo, y lo más interesante es que ella parece disfrutar viendo a las parejas ir y venir en las barcas.

—¿Ves? No soy solo yo quien disfruta de la vista del río Arno —bromea Carlos.

—Sobre Milán, estuve pensando, no puedo vivir huyendo, no soy una criminal, mi hija no tiene que vivir escondida.

—Reconocer eso es un buen comienzo.

Me muerdo el labio, aún pensando en esta oportunidad. Tener un restaurante ya establecido, con clientela formada, es una buena inversión en comparación con empezar todo desde cero.

—Vamos a comprar el restaurante. Daremos una entrada con lo que tenemos y pagaremos el resto en cuotas —sugiero, ponderando la idea.

Carlos abre los ojos, sorprendido con mi decisión.

—¿En serio?

—Sí. Tú te quedas en España, y yo voy a Milán. —Ofrezco la solución que considero más sensata.

—Yo volvería a Milán contigo e iría a España dos veces al mes para ver cómo están las cosas. Puedo dejar a mi primo responsable de la supervisión.

—No, Carlos, no quiero sacarte de tu ciudad natal. Estás feliz allí.

Él sonríe, pasando la mano por mi cabello.

—Marina, soy como un gitano. Me gusta cambiar.

—¿Por qué haces tanto por mí? —pregunto, y él se encoge de hombros.

—Somos socios, ¿no?

—Sí, más que eso, eres como mi familia.

Una lágrima resbala de mis ojos, y lo único que deseo es que sea feliz, así como él se esfuerza por traer alegría a mi mundo.



Algunos días después.

Me mudé a Florencia, a una ciudad más alejada de aquella donde crecí. Mi madre está feliz con la idea de ir a Milán, aunque siento un frío atravesarme la espina dorsal cada vez que pienso en eso.

Miro a Antonella, que juega con muñecas con mi madre, sentadas en medio de la sala, la mejor imagen que podría tener.

Mi teléfono suena, y contesto de inmediato al ver que es Isabella al otro lado de la línea.

—Isa.

—Mari, ¿cuándo vienes a Milán?

—Voy este fin de semana. Voy a arreglar las cosas con el antiguo dueño del restaurante.

—*¿Ya saben dónde van a quedarse?* —Hace la pregunta en plural, insinuando que Carlos también vendrá. El sonido de su sonrisa es sugestivo.

—Voy sola, Carlos no va esta vez. No confío en dejar a Noni aquí sola, incluso en otra ciudad. Tengo miedo de que ese trasto nos encuentre, así que él se quedará aquí.

—*Ven aquí, a nuestra casa. Será un placer recibirte.*

—Voy a un hotel, sé que tú y Enrico viven como recién casados y no quiero molestar.

Ella suelta una carcajada antes de responder.

—No es exactamente así, pero si prefieres un hotel, ven a visitarnos.

—Claro, sí iré.

Cuelgo el teléfono y lo dejo pegado a mi pecho. Tengo miedo de que Matteo descubra lo de Antonella, pero admito que no soy la misma chica que salió huyendo de Milán. Puede que no sea una multimillonaria, pero tampoco soy más una adolescente asustada. Antonella solo me tiene a mí, y él no necesita saber que es la hija que rechazó.

28



Matteo Ferrara

Estoy sentado en medio de flores rosas y una decoración blanca y pálida. Karina tiene una sonrisa colgada de los labios, escogiendo con cautela los dulces que ni siquiera se está molestando en probar, por miedo a no caber en el vestido el día de la boda, y yo definitivamente no veo ningún sentido en mi presencia aquí.

—Me voy a la empresa. —Me levanto, depositando un beso rápido en sus labios, ya que estamos rodeados de paparazzi que le están dando más importancia a este asunto de la que realmente tiene.

—Matteo, no puedes irte ahora, estamos en plena elección del buffet —dice en medio de una sonrisa forzada.

—Entonces, vamos allá, empiece a anotar —le digo a la empleada que nos observa—. Para la entrada, vieiras a la parrilla con crema de finas hierbas, tartar de salmón con caviar y blinis y carpaccio de wagyu con rúcula y parmesano. En cuanto a la ensalada, dos opciones son suficientes, y queda a elección de ustedes. Pude ver que todas las opciones me agradan. Para los demás platos, el menú tres que nos presentaron hace cuatro horas es magnífico —digo, dándome la vuelta, en dirección a la salida.

—Matteo, ¿sabes ese dulce que ganó un concurso de aquella cocinera de España? Quiero que se pongan en contacto con ella para servirlo a todos los invitados. —Interrumpo mis pasos y regreso.

—Querida, la tarta de chocolate belga con ganache de frambuesa es mi postre favorito. Ese no puede faltar, en cuanto a cualquier otro dulce de subcelebridades gastronómicas. Déjalo para la chusma que cree que es algo interesante para presentar a los invitados. A los nuestros les serviremos solo lo que ya sabemos que es bueno.

Retomo mis pasos en dirección a la salida y entro en el coche, aflojando la corbata que parece sofocarme.

—Ah, Karina, si supieras lo que viene junto con ese dulce de los infiernos, querrías lanzarlo lejos.

Arranco el coche en dirección a la empresa cuando suena mi teléfono, una llamada de Enrico. Estaciono y contesto, después de tanto tiempo apenas hablando conmigo, debe de ser algo importante.

—¿Hola, Enrico?

—*Matteo, ¿dónde estás ahora?*

—Yendo a la empresa, ¿necesitas algo?

—*¿Te importa encontrarte conmigo ahora en el café al lado de la empresa?*

—Voy ahora mismo —digo, terminando la llamada.

Estaciono el coche en el lugar y lo veo sentado solo, tomando café mientras observa el paisaje por la ventana. Entro y él hace una señal, yo hago un gesto con la cabeza para mostrar que lo vi. Tiro de la silla y me siento frente a él.

—Estás diferente, con cara de adulto.

—¿Pensabas que tenía cara de niño?

—No es eso lo que quiero decir, es que pareces tener un semblante diferente.

—Qué curioso, vivimos en la misma ciudad, tu empresa queda a dos cuadras de aquí y nunca más nos vimos. Me sentí de luto dos veces, no fue solo a Laura a quien perdí.

—Sabes por qué dejamos de hablarnos.

—Claro, por Isabella.

—No, mi esposa no tiene nada que ver con eso. Pero no te llamé aquí para eso, sino para hablar de las acciones de Laura. Conseguí pasarlas a tu nombre esta mañana.

—¿A mi nombre? —Lo miro confundido.

—Sí, creo que a Laura le habría gustado que fueran tuyas.

—Bien, si era solo eso, manda los documentos de las acciones a la empresa —digo, levantándome sin siquiera pedir un café.

—Felicidades por la boda. —Me giro para mirarlo de nuevo.

—Gracias.

—Cuando necesites hablar, llámame.

—¿Qué es esto ahora, Enrico? ¿Volviste a preocuparte por mí?
—pregunto con aire fastidiado.

—Nunca dejé de preocuparme por ti, fuiste tú quien se dejó llevar por las cosas de tu padre y se convirtió en alguien que no eres.

—No somos tan diferentes, Enrico, solo porque te enamoraste de Isabella, lo que hiciste fue borrado.

—Amo a Isabella y a mis hijos, nunca les haría daño.

Tiro de la silla con fuerza y vuelvo a sentarme apoyando los codos sobre la mesa.

—Pero la querías lejos, mentiste, engañaste, fuiste un canalla, así que deja de querer darme lecciones de moral.

—Marina estaba esperando un hijo tuyo, Matteo.

—Eso es lo que ella dice, pensó que le saldría bien igual que a Isabella, que sabía muy bien lo que estaban haciendo con ella cuando fue inseminada y se hizo la virgen para atrapar al tonto. Ahora, si era solo eso, me voy.

Me levanto y salgo rápido, sin darle oportunidad de responder, ya escucho demasiados sermones como para que Enrico quiera venir a predicarme a mí también.



Marina Bianchi

—Ah... Milán, qué bueno volver a verte. ¿Cómo conseguiste ponerte aún más hermosa? Cuéntame el secreto, ¿te hiciste un peeling de diamante? —Sonríó animada al ver de nuevo esta ciudad hermosa.

—Primer compromiso del día, tomar un gelato, después caminar por las aceras y entrar en las tiendas en las que nunca pude antes, saliendo llena de bolsas. Luego, tirarme en una cama cómoda del mejor hotel de la ciudad y, finalmente, por la noche, comprar el restaurante que me despidió en mi primer día de trabajo. Sí, Marina, eres la prueba viva de que el mundo no da vueltas, da volteretas.

Camino hasta la Via Manzoni y observo las tiendas, pero al detenerme en una de ellas, la misma en la que Matteo me compró un vestido, me descubro teniendo recuerdos que no quisiera.

—Tal vez sea hora de crear nuevos recuerdos, ¿eh, Marina? ¿Qué tal un vestido para esta noche?

Entro en la tienda y me reciben muy bien. Suelen tratar a las clientas como reinas, y esa es la parte buena, champán en la entrada y unos aperitivos mientras una modelo desfila los últimos modelos lanzados. Pero mis ojos corren hacia la etiqueta, y el valor me asusta, es mucho más caro de lo que imaginé. Pienso en las innumerables tarjetas en mi bolso y que si junto cinco tal vez pueda llevarme un vestido a casa.

—Olvidé la cartera en el coche, vuelvo en unos minutos —digo, librándome de la vendedora.

Espera un poco más, Marina, todavía no puedes gastar el valor de un coche en un vestido.

29



Marina Bianchi

Estoy frente al restaurante donde mi vida dio un giro, conocer a Carlos fue el mejor regalo que recibí de este lugar y, aunque solo estuve aquí unas pocas horas, hoy estoy en este sitio para comprarlo. Es mi regreso triunfal, el cierre de un ciclo de desventuras.

Entro en el restaurante y la recepcionista me saluda.

—¡Hola! —saludo, intentando parecer casual, pero mi corazón está disparado.

La mujer me mira con una sonrisa amable.

—Hola, ¿cómo puedo ayudarte?

—Me gustaría hablar con el propietario del restaurante, por favor.

—Usted debe de ser la persona que él dijo que vendría a buscarlo hoy.

Se encogió de hombros, pero creo que no está esperando a nadie más.

Señala con la cabeza una puerta al fondo del restaurante.

—Está ahí dentro, puede entrar.

Entro en la sala y veo a un hombre de mediana edad, usando un delantal, removiendo algunas ollas vacías que están sobre la mesa.

—Disculpe, ¿usted es el propietario de este restaurante?

Se gira hacia mí y frunce el ceño.

—Sí, lo soy, ¿qué desea?

Contengo la risa, si me está esperando, ¿cómo no sabe quién soy?

—Mi nombre es Marina Bianchi.

—Ah, claro, vaya, qué mujer tan hermosa. Ven, siéntate, Carlos fue mi mejor empleado, no podría venderle este lugar a otra persona.

—¿En serio? ¿Su mejor empleado era un camarero? — pregunto curiosa, al fin y al cabo, si lo consideraba tan bueno, ¿por qué no le dio un ascenso?

—En realidad, era el jefe de los camareros, pero también era un muchacho esforzado y siempre vi en él un futuro brillante, y por eso le enseñé todo lo que sé.

—¡Vaya! No sabía nada de eso. Trabajé aquí hace algunos años. De hecho, me despidieron en mi primer día. —Tuerzo el labio, encogiéndome de hombros.

Abre mucho los ojos y parece recordar algo.

—Ah, sí. Te recuerdo. Carlos entró en esta sala diciendo que tu despido había sido injusto, pero me parece que un cliente importante tuvo cierta manía contigo.

—Exactamente. Y ahora estoy aquí para comprar este restaurante.

—Pues sí, las vueltas que da el mundo, querida. Pero siéntate, hablemos de los detalles del negocio.

Conversamos durante horas, y le presto toda mi atención mientras habla de la historia de este lugar, con tanta fascinación, que no pude evitar hacerle una pregunta.

—¿Por qué está vendiendo algo que parece ser el hogar donde habita su corazón?

—Estoy cansado y no tengo hijos, y como dije, Carlos es un muchacho brillante. Me vi en él cuando yo apenas comenzaba, sé que este lugar estará bien cuidado.

Los ojos se me llenan de lágrimas al oírlo hablar del lugar y de Carlos con tanto cariño.

—Haremos lo mejor, y usted tiene pase libre para venir cuando quiera, siempre será nuestro invitado.

Él sonríe y una lágrima cae de sus ojos mientras me mira con cariño.

Al final, llegamos a un acuerdo y nos estrechamos las manos. Es mi regreso triunfal, y no puedo dejar de reírme de la ironía de la situación. Yo, que fui despedida en mi primer día, ahora soy la dueña del lugar.

—¡Hola! ¿No eres Marina, la que creó el dulce amargura? — Una chica me detiene a la salida del restaurante.

—Sí, soy yo —digo orgullosa de mí.

—Mi jefa está loca por tener tu dulce en su boda, qué suerte encontrarte.

—Te daré mi contacto, agendaremos una hora para acordar los detalles de cómo será.

—¡Maravilloso! Se va a poner muy animada.

—Gracias, aquí está. —Le entrego mi tarjeta—. Será un placer atender a tu jefa.

—Soy yo quien agradece. —Sonríe saludando con la mano y se aleja animada.

Sigo mi camino, miro hacia atrás y recuerdo algunos años atrás, yo saliendo de aquí con aire triste y derrotado. Carlos me acompañó hasta el apartamento, fue el inicio de una hermosa amistad que hoy marca toda la diferencia en mi vida.

Decido caminar un poco más por la ciudad, ahora que todo quedó resuelto, no me quedará mucho tiempo por aquí, volveré a

Florencia para recoger a mi madre y traer a Noni, para entonces empezar otro capítulo de nuestra vida.



A la mañana siguiente, despierto animada con la perspectiva de un nuevo día. Tomo mi celular y llamo a Carlos, ansiosa por compartir las buenas noticias de la negociación con el restaurante. Escucha con atención, pero su tono de voz revela que ya sabía que todo saldría bien. Obviamente, el antiguo dueño del restaurante parece haberlo mantenido informado de todo.

Después de la llamada, arreglo a Noni y me preparo rápidamente para visitar a Isabella. Es gracioso cómo las cosas cambiaron en los últimos tiempos. Antes, Enrico me detestaba y la relación era tensa. Ahora, incluso puedo decir que somos ligeramente amigos.

—¡Ay, qué cosa tan hermosa! ¡Está todavía más linda! —murmura Isabella viendo las fotos de Antonella, mientras los gemelos saltan en mi regazo, emocionados con su tía más hermosa.

—Y cada día más parecida a Laura —murmura Enrico con sus ojos intensos sobre la pantalla, esa es la reacción que siempre tiene al verla, emocionado.

Trago saliva y sonrío a los gemelos.

—¿Y ustedes, haciendo muchas travesuras por aquí? —les pregunto a los niños lindos en mi regazo. Ellos sueltan una carcajada, divirtiéndose con mi tono de voz.

Son mayores que Noni, pero aun así son bebés, y los más lindos que podrían existir, ternura en dosis doble.

—Mamá. —Uno de ellos estira los brazos en mi dirección, hacia Isabella.

—Ven aquí, mi amor. —Isabella toma a uno y Enrico toma al otro hijo, que se cuelga de su cuello como un niño travieso, pero enseguida piden suelo.

—¡Atrapa! —dice uno de ellos y sale corriendo, mientras el otro corre detrás del hermano, haciendo que la pareja y yo nos riamos con la escena.

—Déjame ver más fotos de ella, Marina. Esa niña es muy hermosa —dice Enrico después de algunos segundos de silencio.

—Enrico, eso... —Isabella parece querer interrumpir a su esposo.

—Sin problemas, Enrico. Realmente es hermosa y te mostraré las fotos que tengo de ella —digo, aunque me siento un poquito incómoda porque asocie a mi hija con Laura.

La verdad es que Noni es sobrina de su difunta esposa, y si se parecen, sería cruel de mi parte no dejarlo ser feliz con eso.

Le entrego el celular abierto en el álbum de fotos de Antonella.

—Hermosa de su tío. —Sonríe emocionado al mirar las fotos en el celular.

De hecho, Antonella se parece a ella y mi miedo es que la quieran, que me la quiten, o que le hagan daño, pero nada es prueba suficiente para que los Ferrara vengan a causar problemas. A menos que pidan una prueba de ADN, pero si no la quisieron antes, mientras estaba en mi vientre, es poco probable que la quieran ahora. Eso es algo de lo que me convengo a diario, reforzando mi confianza en que Antonella está segura y bien lejos de cualquier amenaza que pueda surgir del pasado.

30



Matteo Ferrara

Algunos días después

A pocos días de la boda no tengo planes de ir a una despedida de soltero, entre otras cosas porque eso exige que la boda sea real, y Karina y yo ya hemos hablado mucho sobre el asunto. Nadie molesta a nadie, y seguimos nuestras vidas en paz. Es exactamente eso lo que espero.

Después de miles de llamadas de Karina, decido contestar.

—Habla, ¿qué quieres?

—*¿Esa es la forma de hablar con tu futura esposa?* —pregunta con un tono cargado de mimo.

—Karina, estoy listo para dormir, así que sé breve.

—*iVaya! Perdí las ganas de hablar contigo, Matteo, te lo juro. Ya imagino cómo serán nuestros días cruzándonos por la misma casa.*

—No te preocupes, la casa es enorme, prometo no buscarte si te escondes —me burlo.

—*Idiota, hasta mañana, Matteo.* —Termina la llamada, tomo las llaves del coche sobre la mesa y las meto en el bolsillo, bajando las escaleras.

Entro en el coche sintiendo el aire denso. Me estoy muriendo sofocado, pero a nadie parece importarle. La sensación de estar

acorralado por este matrimonio de conveniencia empieza a asfixiarme aún más con cada día que pasa.

Ya es tarde en la noche, pero las calles siguen agitadas. Una lluvia fuerte empieza a caer de repente, y claro que vuelvo a quejarme de la vida.

—¡Qué mierda! Casi no se ve nada frente a mí —vocifero, teniendo que detener el coche cerca de un parque y frente a uno de los miles de cafés que hay en la ciudad.

El sonido de las gotas de lluvia golpeando contra las ventanas de los coches me irrita al principio, pero cierro los ojos, concentrándome en las gotas que ahora parecen relajarme. Permanezco así un buen rato, con los ojos cerrados, intentando no pensar en nada. Abro los ojos lentamente cuando percibo que la lluvia ha dado una tregua, y el ruido de las gotas ya no es tan intenso.

Miro hacia el otro lado de la calle, donde algunas personas buscan refugiarse de la lluvia, y parece que tengo una visión cuando veo a Marina, completamente empapada, intentando inútilmente mantener su paraguas en pie contra el viento despiadado. Su cabello está pegado a su rostro, y su ropa adherida a su cuerpo. La lluvia la toma por sorpresa, igual que a mí.

Me froto los ojos, creyendo que es una alucinación, pero ella sigue allí, quejándose de la lluvia de forma graciosa, gesticulando. Una sonrisa nerviosa aparece en mis labios mientras la observo. ¿Será de verdad ella? Abro la puerta del coche sin importarme la lluvia y cruzo la calle sin hacer caso a las bocinas de los coches que esquivo. Pero al llegar a la acera ya no la veo.

—Joder, Matteo, ¿estás loco? —me cuestiono, volviendo empapado al coche y encendiendo la calefacción.



Marina Banchi

Suelto carcajadas mientras corro de la lluvia. Me tomó de repente, y mi paraguas no fue capaz de sobrevivir al viento fuerte.

—¿De dónde vienes así de empapada? —pregunta mi madre en el momento en que entro en la casa, dejando un rastro de agua por el camino desde la sala hasta mi habitación.

—El tiempo estaba hermoso, no parecía que fuera a llover. ¿Noni despertó?

—No, duerme como un ángel.

—Perfecto, mañana la llevaremos al centro comercial, voy a comprar muchas cosas, ropa y juguetes.

—Las cosas están muy bien en nuestra casa, quién diría que viviríamos en un lugar tan bueno. Tu carrera va muy bien.

Estiro los brazos hacia arriba, desperezándome después de la aventura bajo la lluvia.

—Sí, mamá, las cosas van muy bien. He tenido suerte y oportunidades increíbles.

Ella sonrío y me abraza.

—Me alegro por ti, mi querida.

—Ahora déjame ducharme y dormir —digo con una sonrisa radiante para ella.



A la mañana siguiente, despierto animada con los gritos eufóricos de Antonella. Entra en la habitación con evidente entusiasmo e inmediatamente se lanza sentada sobre el colchón a mi lado.

—¡Mamá, mamá! —dice jadeante, mirándome con sus ojitos brillantes.

—¡Buenos días, mi princesa! ¿Qué hace esta niña hermosa aquí a esta hora? —pregunto, riéndome de su animación matinal.

Mueve los brazos de alegría y repite sus palabras, ahora con más claridad:

—Shopi, shopi.

Entiendo de inmediato que está emocionada por ir al centro comercial. Su rostro radiante y su entusiasmo son contagiosos.

—Claro, mi amor, vamos a desayunar y después saldremos al centro comercial. ¿Estás lista para un día lleno de diversión? —pregunto, al tomarla en brazos y abrazarla con cariño.



Mientras Antonella corre animada hacia el asiento, cargando sus bolsas de compras, mi madre la acompaña con una sonrisa. Yo las observo por un momento.

—Mamá, espera un instante, voy al baño.

Asiente con la cabeza, y dejo las bolsas cerca de Antonella antes de dirigirme al baño. Cuando voy de camino, puedo oír a Antonella pronunciando "he-la-do" con entusiasmo, claramente ansiosa por saborear su helado.

Después de algunos minutos en el baño, vuelvo de prisa al área donde dejé a Antonella con mi madre. Sin embargo, cuando llego allí, el corazón se me dispara al ver a mi madre con una mirada angustiada.

—Antonella desapareció —dice con los ojos afligidos.

—¿Cómo que desapareció? —Miro alrededor frenéticamente, esperando encontrarla enseguida, pero no la veo en ningún lugar—.

¡Antonella! —grito su nombre, mi voz cargada de pánico mientras empiezo a buscarla desesperadamente. Mi madre me acompaña, visiblemente preocupada, mientras otras personas del lugar también comienzan a mirar alrededor en busca de mi hija.

El tiempo parece arrastrarse mientras sigo llamando a Antonella y buscándola desesperadamente. Cada segundo que pasa parece una eternidad, y el miedo se apodera de mí.

—¿Laura? —Reconozco la voz que viene detrás de mí y me giro de inmediato.

El padre de Matteo, aquel hombre asqueroso, está arrodillado frente a Antonella, que permanece inmóvil.

—¿Laura? —Las lágrimas caen de sus ojos y siento las rodillas paralizadas.

—Mi niña —grita mi madre, yendo hasta ella y tomándola en brazos—. Antonella, ¿quieres matarnos a tu madre y a mí?

En cuanto mi madre la sostiene, siento un alivio indescriptible. Por fin está a salvo y en los brazos de la persona que más la ama en este mundo, además de mí. El hombre se levanta siguiendo a mi hija con los ojos abiertos de par en par.

—¿Señora? —dice apresurado, tocando a mi madre en el hombro. Niego con la cabeza cuando nuestras miradas se encuentran y doy la espalda, esperando que me alcance y que él no me vea.

—Vámonos —digo deprisa en cuanto me alcanza. Tomo a mi hija en brazos, apretándola contra mi cuerpo.

—¿Conoces a ese hombre? —pregunta mi madre con curiosidad, ya que no conoce la historia y no sabe nada sobre el padre de Antonella.

—No, nunca lo he visto.

—Parecía emocionado al ver a Noni.

—Créeme, mamá, hay personas que exhalan maldad y a veces desbordan por los ojos en forma de falsa emoción. Vámonos,

volveremos al centro comercial otro día. Noni, nunca más hagas eso, mamá se quedó aterrada pensando que te había perdido.

—Claro, traeré la información.

Salgo de casa y encuentro a los guardias todavía parados frente al coche, como si estuvieran preguntándose qué mierda van a hacer, y esa de hecho es la pregunta.

—¿Qué haremos, señor?

—Vayamos al centro comercial, quiero ver cuánto se parece la niñita a Laura.

Salimos en dirección al centro comercial. Fui solo en mi coche mientras ellos venían detrás en otros vehículos. Cuando llegamos, el lugar estaba repleto de personas, como siempre. Seguridad me lleva hasta la sala de control de las cámaras, y empezamos a revisar las grabaciones, con la excusa de que algo valioso se había perdido.

Después de un rato, con la información de la hora y el lugar exacto del encuentro, busco en las cámaras. El corazón se me oprime al ver a la niñita de pie frente a Emiliano, que se mantiene arrodillado a su altura. No se puede ver con claridad, pero desde lejos no puedo negar el parecido de la niña con Laura.

—Vamos a verificar quién es la madre de la niña, dónde vive, y pásenme la información a mí, ¿de acuerdo? —ordeno a los guardias. Emiliano parece obsesionado, y sé que, si no encuentra las respuestas que pidió, va a perder todavía más el control.

—Congelen la imagen y acérquenla —ordeno—. Joder, ¡es ella! —Mis dedos tiemblan mientras observo la imagen ampliada en la pantalla. Sin embargo, sé que las apariencias pueden engañar, y no puedo sacar conclusiones precipitadas.

—Identifiquen a la mujer de las imágenes, descubran su nombre, dirección y todos los detalles posibles. Necesitamos saber quién es, ya —doy órdenes a los guardias con urgencia.



Mi expresión espantada al llegar a casa hizo que mi padre saltara. Obvio que aguarda mi regreso ansioso.

—¿Viste a la niña? —pregunta acercándose.

Mi madre suspira profundamente, mostrando cuánto está cansándola esto.

—Sí la vi, y realmente recuerda a Laura, pero eso no significa que sea Laura, padre.

—¿Quiénes son los padres? —cuestiona ignorando todo lo que digo y que va contra su obsesión.

—Los guardias están investigando, creo que al final de la tarde tendremos esa información.

—¡Perfecto! Me daré una ducha mientras espero.

Mi padre está claramente obsesionado con la idea de que la niñita sea la reencarnación de Laura. Su necesidad de encontrar respuestas lo estaba consumiendo, y sé que no desistirá fácilmente. Mientras se alejaba para darse una ducha, mi madre y yo intercambiamos miradas preocupadas.

—Está cada vez peor, ¿no? —susurró mi madre, temerosa.

Asentí con la cabeza, preocupado por la salud mental de Emiliano.

—¿Cuánto se parece la niña a Laura? Sé sincero conmigo —pregunta como una madre que extraña a su hija.

—A mi parecer, bastante. Pero la cámara no es de la mejor calidad.

—Está bien, voy a subir y verificar cómo está tu padre —confirmo con la cabeza.

Mi madre subió para verificar cómo estaba mi padre, dejándome solo en la sala. Me dejo caer en el sofá después de un largo suspiro.

—¿Cuál de los dos está más loco? ¿Él o yo, que te tengo persiguiendo mis sueños desde hace mucho tiempo?

Mi padre está obsesionado con encontrar vestigios de Laura en cualquier cosa, lugar o persona, al mismo tiempo que mi madre está preocupada por él y por su propia cordura. Estoy atrapado en medio de esta turbulencia, intentando equilibrar las expectativas de ambos.

Respiro hondo y miro al techo, perdido en mis pensamientos. Subo a mi habitación y espero la información. Yo también estoy ansioso por ella.



Al final de la tarde, cuando el sol empezaba a ponerse, la información esperada finalmente llegó a mis manos, traída por uno de los guardias de mi padre. Había elegido esperarlos en el tranquilo jardín de nuestra residencia, lo bastante apartado para analizar el contenido del sobre antes que Emiliano.

Con la llegada del guardia, extendí la mano para recibir el sobre lacrado y sellado con información sobre la familia de la niñita del centro comercial. La responsabilidad de lidiar con esos datos era mía, ya que Emiliano está desestabilizado.

Con una expresión seria, agradecí al guardia por la entrega y sostuve el sobre con firmeza. Era hora de sumergirme en la información y asegurarme de que todo estuviera en orden antes de informar a mi padre. Me senté en uno de los sillones del jardín, donde la luz del atardecer crea un ambiente tranquilo. Arrojo el contenido sobre la mesa y arrastro el dedo sobre las fotos.

Nombre de la madre: Marina Bianchi.

Nombre de la niña: Antonella Bianchi

Edad: Tres años.

Nombre del condominio en el que residen: Villa Serena.

Nombre del restaurante del que Marina ahora es dueña: "Il Palazzo dei Saporì."

Marina vivió mucho tiempo en España con su actual novio, Carlos. Durante ese período, ganó un concurso de dulces y se hizo muy conocida. Se dedica a su restaurante, donde tiene al novio como socio.

—Entonces eres tú misma, Marina —murmuro para mí mientras recojo la información esparcida sobre la mesa.

Abro la puerta de mi coche y arrojo el sobre en el asiento del copiloto antes de entrar en la mansión.

—¿Ya llegaron con la información? —pregunta Emiliano agitado en cuanto cruzo la sala.

—Aún no, padre, pero ya me informaron que están cerca de descubrirlo. —Paso de prisa junto a él, subo a mi habitación y me arreglo.

Voy al restaurante a ver a Marina personalmente, y necesito saber más detalles antes de pasarle la información a Emiliano.

32



Matteo Ferrara

Llego al restaurante lleno de Marina, y me conducen hasta una mesa reservada, en un lugar más tranquilo, conforme solicité. Hago mi pedido al camarero mientras aprovecho para analizar el ambiente con más detalle. Debo admitir que ha evolucionado considerablemente desde el día en que la conocí, pero, honestamente, no esperaba menos de ella, pues siempre supo cómo utilizar sus encantos para conquistar y, muchas veces, extraer dinero

de los hombres, tal como hizo conmigo. El restaurante en sí es elegante, con su decoración refinada cambió bastante del antiguo dueño a lo que veo hoy.

Miro ansiosamente hacia los lados, imaginando que puedo verla en cualquier momento, pero, para mi decepción, eso no ocurre. Está claro que Marina no debe de pasar mucho tiempo aquí, ya que posee un equipo de empleados para encargarse del establecimiento. Aun así, resisto la tentación de irme de inmediato y opto por permanecer en el lugar hasta que el número de clientes se reduzca significativamente. Observo atentamente el movimiento del restaurante, buscando cualquier indicio de su presencia, pero parece que está decidida a no cruzarse en mi camino hoy. Finalmente, cuando percibo que quedan solo algunos clientes que parecen llenos de tanta comida, decido que es hora de desistir. Llamo al camarero, pido la cuenta y, después de pagar el gasto, me dirijo al coche.

La voz fina y llena de energía me hace girarme hacia donde viene el sonido. Allí está la pequeñita que desorientó a mi padre, Antonella. Su llamado, cargado de inocencia, parece resonar en el ambiente.

—Mamá —oigo llamar a una niñita, con una sonrisa radiante, extendiendo los brazos hacia alguien que viene justo detrás.

—Ven con mamá, ven.

Me paralizó al oír la voz de Marina. Es como si el tiempo se detuviera en ese momento. Antonella corre en dirección a su madre, ansiosa por abrazarla. Mis pensamientos se enredan mientras observo la escena ante mí.

—¿Marina? —susurro, incapaz de contener la sorpresa y la ansiedad que siento. Mis piernas me llevan en dirección a ellas, pero vacilan por un breve instante.

Ella se gira para mirarme, sus ojos encontrando los míos con una firmeza que me deja desconcertado. La niña sigue en sus brazos.

—Querida, ve con el... —Su voz se traba por un instante, pareciendo formular las palabras correctas.

—El papá —completa Antonella, antes de que Marina termine de hablar, y el maldito camarero la recibe con una sonrisa cariñosa.

Me acerco a Marina, ella está tensa, sus ojos desviándose de los míos.

—¿Algún problema, Marina? —pregunta él con voz calma, acercándose a ella.

Ella duda por un momento antes de responder:

—No.

—¿Puedes darme un minuto? —solicito.

Ella mira el reloj como quien considera darme solo esos meros segundos.

—Entren, yo voy enseguida —dice, y Carlos me mira de mala gana, siguiendo con Antonella aferrada a su cuello.

—La comida del restaurante es estupenda, no sabía que habías vuelto a Milán —inicio la conversación.

—Agradezco la presencia y, en cuanto a mi regreso a Milán, no veo motivos para compartir tal información contigo —responde con una sonrisa irónica, sus ojos fijos en los míos.

—Mi padre vio a la niña hoy en el centro comercial, le pareció parecida a mi hermana, Laura. Veo su rostro palidecer, la respiración volverse jadeante mientras me mira con los ojos verdes abiertos de par en par. Su primera reacción es recurrir al sarcasmo.

—¿Y qué si a tu padre le pareció parecida a tu hermana? Creo que se parece más a Angelina Jolie —se burla.

La miro seriamente, ignorando su tono sarcástico.

—¿Esa niña es mi hija? —pregunto de forma directa.

Ella parece atragantarse con la pregunta, una risa nerviosa escapa de sus labios, pero enseguida vuelve a mirarme, esta vez con rabia.

—¿Tu hija? —repite, todavía riendo de forma visiblemente nerviosa, como si no pudiera creer lo que está oyendo.

Mi impaciencia empieza a manifestarse.

—¿Dije algún chiste? —pregunto, dejando traslucir mi irritación.

—Su padre entró con ella en brazos. —Sus palabras salen casi en un susurro tenso.

—¿Mentiste cuando dijiste que te desharías de la criatura? —mi pregunta sale cargada de acusación.

Marina me mira con ojos llenos de desprecio y amargura, su odio por mí es visible.

—Eres un gusano, Matteo. No vuelvas a acercarte a mí ni a mi hija, ¿entendiste? —vocifera.

—Voy a pedir una prueba de ADN, Marina —insisto, ignorando su furia.

La simple mención de la prueba parece inflamar aún más su rabia. Sus puños se cierran, y descarga una serie de golpes en mi pecho, un gesto impulsivo y lleno de frustración.

—¡No es tu hija, no te metas con ella! —grita, con desesperación y resentimiento.

—No estarías tan exaltada si ese fuera el caso —respondo, manteniendo la calma ante su explosión.

Sus ojos arden de odio cuando me mira, y sujeto su rostro con firmeza entre mis dedos, obligándola a mirarme a los ojos.

—¿Qué quieres de mí, Matteo? —susurra, con la voz temblorosa.

—Quiero que pagues por lo que me hiciste —digo con la voz llena de odio.

Marina se aparta de mí y niega con la cabeza varias veces.

—No te metas con mi hija, no sabes de lo que soy capaz.

—Estoy seguro de que la niña también es mi hija, pero no puedo hacer nada antes de tener las pruebas en mis manos. Ya tengo tu dirección, y mi abogado entrará en contacto contigo — declaro antes de alejarme de ella, dejándola atrás mientras me retiro del lugar.

Golpeo varias veces el volante, descargando sobre el objeto mi furia. No estaba en mis planes tener una hija, pero no puedo ignorar la existencia de una, y menos ahora que Emiliano actúa como un loco.

—No vas a criar a mi hija llamando padre a otro, Marina, de ninguna manera.

33



Marina Bianchi

Entro en el restaurante, que está prácticamente vacío a esta hora. Antonella duerme serenamente en los brazos de Carlos, exhausta después de una larga lucha contra el sueño que duró horas.

—¿Estás bien? —indaga, sus cejas fruncidas con preocupación.

Suspiro profundamente antes de responder:

—Cada día que pasa, siento que la rabia crece dentro de mí.

—Recuerda que él no tiene cómo hacerle nada a Noni. Está segura con nosotros.

—No estoy preocupada por eso, él no es un monstruo como para hacerle daño a una niña, Carlos. Mi preocupación es que pueda querer usarla para hacerme daño a mí.

—A todos los efectos, Antonella solo tiene madre y un padrino que la ama mucho. No nos preocupemos por el futuro, viviremos una cosa a la vez.

—Tengo que estar preparada para cuando consiga el ADN —digo caminando de un lado a otro.

—Ven aquí. —Extiende uno de sus brazos, acogiéndome en ellos junto a Antonella.

Carlos nos deja en casa y sigue hacia el apartamento donde reside.

Mi madre, ya vistiendo un camisón, se acerca al percibir mi expresión preocupada.

—¿Algún problema, hija? —pregunta con curiosidad evidente en el rostro. Tal vez sea el momento de que sepa toda la verdad sobre el padre de Antonella.

Tomo aire con fuerza para entonces responder:

—Hay un asunto que no puedo evitar para siempre, mamá. Antonella me preguntará por su padre algún día.

Los ojos de mi madre se abren de par en par, y se acerca más.

—Ven, vamos a poner a Noni en la cama, y puedes contármelo todo.

Con cuidado, coloco a Antonella en su cama, acariciando su rostro angelical antes de darle un beso de buenas noches y salir de la habitación.

Mi madre me espera ansiosamente en la sala.

—¿Quién es su padre, Marina? ¿No es Carlos? —pregunta, claramente preocupada.

—Ya te lo dije varias veces, mamá. Carlos y yo somos solo amigos, nunca tuvimos una relación amorosa. La verdad es que el padre de Antonella es alguien del pasado, alguien a quien prefería mantener alejado de nuestras vidas. Pero ahora parece que está decidido a formar parte de ella.

—¿Pero ¿cuál es el problema en permitir que vea a su hija? —cuestiona mi madre, con una expresión seria y la frente fruncida.

Suspiro antes de responder, escogiendo mis palabras:

—Él nunca la quiso, mamá. En realidad, me hicieron una oferta para aceptar dinero y deshacerme de ella. Son personas multimillonarias y poderosas, y tengo miedo de que ahora él quiera quitármela. Cuando volvimos a Milán, pensé que finalmente podríamos vivir en paz. Antonella ya está crecida, y ellos nunca demostraron interés en ella.

Mi madre pone la mano en mi hombro, buscando reconfortarme.

—Nadie va a sacar a nuestra pequeña de su hogar, Marina. No te preocupes tanto.

Agradezco su apoyo, pero todavía me siento inquieta. ¿Cómo pude ser tan imprudente al venir aquí?

—Espero que tengas razón, mamá, porque si siento que Antonella está en peligro, no dudaré en huir de nuevo con ella.



Matteo Ferrara

Estaciono el coche en la entrada de la mansión, a punto de lanzar mi teléfono lejos de tanta irritación. Karina ha llamado insistentemente, y la paciencia se está agotando.

—¿Qué pasa ahora? —respondo, ya irritado, al atender la llamada.

—¿Ya llegaste a casa? —pregunta Karina al otro lado de la línea.

—Por Dios, Karina, todavía ni nos hemos casado y ya quieres controlar cada paso que doy.

—Lo siento, Matteo, solo estoy siendo atenta con mi futuro marido.

—No necesitas serlo, Karina. Vive tu vida mientras yo vivo la mía. —Termino la llamada y suspiro aliviado.

Al entrar en la mansión, percibo que está silenciosa. Subo a mi habitación, abro una botella de whisky y me siento en la terraza, contemplando el horizonte.

No tarda mucho en que la voz de Emiliano me llame detrás de la puerta.

—Matteo.

Suspiro una vez más y me levanto para abrirla.

—Padre, ¿todavía está despierto?

—Necesito que me digas, ¿ya sabes dónde está la pequeña Laura?

Pongo los ojos en blanco, soltando el aire con fuerza.

—Padre, siéntese. Debe de estar cansado.

—Solo quiero saber sobre la niña, Matteo.

—¿Y qué planea hacer cuando sepa quiénes son los padres de la niña?

—No sé, podemos comprarla, ¿qué te parece?

Niego con la cabeza, sorprendido con la idea absurda.

—Las cosas no funcionan así.

—Solo dime dónde encontrar a la niñita —insiste.

—Descubrí que estaban de paseo aquí en Milán, son turistas.

—¿Turistas? ¿Se llevaron a mi hija?

—En realidad, la hija no es suya, padre.

—¿Cómo que no? Mi Laura, la quiero. Matteo, prepara el jet, vamos a buscar a mi hija! —empieza a gritar y a caminar en círculos por la habitación.

Mi madre entra apresurada, alarmada por la confusión.

—Trae sus calmantes.

—¡Mi hija, Laurinha, la quiero! —Emiliano continúa gritando mientras camina como un loco.

Un enfermero que habíamos contratado entra en la habitación y administra un sedante, haciendo que finalmente se duerma.

—Llévenlo a su habitación —ordeno a los guardias que están de pie en la puerta.

Mi madre me mira, preocupada, mientras Emiliano es llevado.

—No podemos seguir así, Matteo. Esto está afectando su salud.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que resucite a Laura? —grito, perdiendo la paciencia con su insistencia.

—¿Quién es la niñita? —pregunta mi madre con semblante serio.

—¿Qué? ¿Está considerando la posibilidad de secuestrar a una niña para satisfacer a un loco?

—No hables así de tu padre —dice entre dientes.

—Solo déjeme en paz, madre. Ya tuve un día demasiado cargado.

Ella grita en el pasillo, llamando al guardia que me entregó la información sobre la niña del centro comercial.

—¿Quién fue el responsable de la información de la niña del centro comercial? —exige.

El guardia me mira y luego vuelve sus ojos hacia ella.

—Bueno, el señor Matteo ya tiene toda la información.

—¡Pero yo la quiero! —vocifera.

Doy la orden para que el guardia salga de la habitación.

—Solo voy a decirle una cosa, madre. Sé quién es la niña, sé quiénes son los padres...

—¡Entonces dímelo de una vez! —Se lanza sobre mí, furiosa, y me agrede.

—Es mi hija con Marina. Ella no se deshizo de la criatura como le dijo a Emiliano. La niña está viva, es mi hija, y no permitiré que ustedes arruinen su vida como hicieron con la mía.

—Insolente, trae ahora a la niña.

—Todavía no tengo pruebas de que sea mi hija, e incluso cuando las tenga, le aseguro, madre, que no permitiré que hagan con ella lo que hicieron conmigo.

—¿Me estás desafiando, Matteo? —Entrecierra los ojos, mirándome.

—Ya tienes mi vida para joder, mamá, confórmate solo con ella y no te metas con mi hija o te arrepentirás.

34



Matteo Ferrari

Despierto antes que todos, cansado de toda esta situación, y decido salir. Entro en el coche sin saber exactamente hacia dónde voy, pero poco a poco, la idea empieza a tomar forma en mi mente. Resuelvo ir al lugar en el que realmente me gustaría estar en ese momento.

Conduzco en dirección al condominio donde Marina vive con mi hija. El lugar no está muy lejos, es un barrio de clase media, vecino al mío. El paisaje pasa rápidamente por la ventana del coche mientras me acerco al destino.

—Buenos días, vengo a visitar a la señorita Bianchi —informo al portero, manteniendo un tono más formal al hablar.

—Voy a llamar por el interfono, solo un momento. —Se aleja del coche y, mientras lo hace, llamo su atención de nuevo.

—Me gustaría darle una sorpresa —menciono, exhibiendo algunos billetes de cien euros como incentivo.

—A la señorita puede gustarle la sorpresa —responde, aceptando los billetes de manera discreta.

—Gracias —expreso con una sonrisa victoriosa. Con el portero debidamente "incentivado", estaciono el coche frente a la casa de Marina. Como es sábado, presumo que ambas estarán durmiendo.

—¿Marina? —oigo un grito que viene de dentro de la casa, y enseguida la puerta se abre. Una señora entrecierra los ojos, examinando cuidadosamente el coche estacionado frente a la residencia.

—¡Buenos días! —saludo, saliendo del coche y quitándome las gafas oscuras.

—¿Qué hace aquí? —pregunta, visiblemente alarmada.

—¿Cómo? ¿Usted me conoce? —cuestiono, mostrando un poco de curiosidad.

—No necesito conocerlo para saber quién es —responde, manteniendo un aire de desconfianza.

—¿En serio? —pregunto, ahora todavía más intrigado.

—Váyase, aquí no hay nada para usted. Y Marina no está en casa —ordena, claramente a la defensiva.

—¡Abuela! —Mi pequeña aparece en la puerta, vistiendo ropa de dormir y frotándose los ojos somnolientos.

—¿Antonella? —Me agacho, quedando a su altura.

—Entra, Noni. Ya prepararé tu desayuno —le dice la señora a la niña antes de girarse hacia mí de nuevo.

—Usted no puede impedirme verla.

—Claro que no, no controlo sus ojos, pero no hará más que eso —dice, tomando a la niña del brazo y cerrando la puerta. Enseguida, oigo el sonido del cerrojo siendo echado, como si yo fuera un criminal intentando invadir la propiedad.

Oigo el sonido de un coche acercándose y me giro para identificar quién se aproxima. Marina percibe mi presencia todavía al volante y baja rápidamente, con una expresión furiosa en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, manteniendo las dos manos en la cintura, claramente irritada.

—¿Podemos hablar? —cuestiono, intentando mantener la calma.

—Ya hablamos suficiente ayer —responde, pasando junto a mí y dirigiéndose a la puerta de la casa.

—Sería mejor que ustedes volvieran a España —sugiero, ocultando mi preocupación bajo un tono arrogante.

Ella disminuye el paso, vuelve y finalmente se detiene frente a mí, fijando sus ojos en los míos. Recuerdo cuánto extrañé esos ojos verdes, tan profundos como el mar en una noche de tormenta, con olas furiosas capaces de tragarme por completo.

—Solo finge que no existimos. Nunca quisiste a Antonella, así que sigue con tu vida, cástate, ten tus hijos herederos de imperios, y olvídanos de una vez por todas —dice, su voz cargada de amargura.

—¿Estás admitiendo que la niña es mi hija? —pregunto, con una sonrisa victoriosa.

—¡Vete de aquí ahora! —responde Marina, exasperada.

—¿Por qué me traicionaste con aquel camarero, Marina? —cuestiono, con una expresión de decepción. Su expresión cambia, mirándome con incredulidad.

—¿Qué? —responde, aparentemente sorprendida por la pregunta.

—Me gustabas —admito, derrotado por la situación.

—Vete, Matteo —ordena con firmeza.

—Entonces, ¿se van a quedar en Milán?

—Sí, nos vamos a quedar en Milán —confirma.

—Bien, ya accioné a alguien que vendrá a recoger muestras de la niña para realizar los exámenes de ADN. Quiero formar parte de su vida —declaro.

—Le dije que su padre está muerto, lo mínimo que hará si le dices que eres su padre es salir corriendo pensando que eres un monstruo o un fantasma.

—Tengo todo el tiempo del mundo, puedo hacer que le gusten las historias de terror y que vea que los monstruos no siempre son

los que las personas maquillan con pinturas horribles, a veces son personas comunes disfrazadas de muchachitas vírgenes e inocentes. —Sonríó con burla, caminando de vuelta al coche—. Que tengas un buen día, Marina.



Marina Bianchi

Abro la puerta de casa como quien huye de un asalto, caminando pocos metros a una velocidad que hace que mi corazón se acelere. Cierro la puerta rápidamente detrás de mí y me aferro a Antonella, que está ajena a todo, ocupada comiendo sus frutas mientras está sentada a la mesa con mi madre, que me mira con aflicción estampada en el rostro.

—¿Qué dijo? —quiere saber, levantándose.

—Quitármeme la paz. Por algún motivo cree que debo ser blanco de su furia y frustración.

—¿Y Noni? —hace la pregunta en un susurro, llevándome al centro de la sala.

—Ella tendría que saberlo algún día, pero todavía no entiende esas cosas. Aunque intenté explicarle la diferencia entre un padrino y un padre, estoy segura de que, para una niña, esos conceptos pueden ser confusos. —Suspiro con fuerza—. No tengo mucho que hacer al respecto, no los alejé porque quise, sino porque él dejó claro que no la quería.

Dejamos de hablar cuando oímos a alguien llamar a la puerta y, como se encontraba abierta, Carlos entró enseguida. Antonella corrió a sus brazos, como siempre hace, y él la levantó del suelo en un abrazo apretado.

—Mi pequeñita hermosa —dice, girándola en el aire.

—Antonella, querida, ¿por qué no vas a tu cuarto y juegas un poco? —sugiero, pues quiero mantener la inocencia de la niña lejos de esta situación complicada.

Antonella obedece. Carlos la lleva hasta la habitación, dejándonos a solas, y regresa enseguida.

—¿Problemas? —cuestiona bajando las escaleras.

—Matteo es el problema —doy la respuesta seguida de un largo suspiro.

35



Matteo Ferrara

Algunos días después, dos días para la boda

—¿Qué opinas de este hotel? —pregunta Karina, mostrando el vigésimo hotel en un catálogo de opciones.

—Ya te dije que el primero está perfecto —respondo con cierta impaciencia. Frunce el ceño y me mira con rabia, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No te importa nada de nuestra boda —afirma con un tono de frustración.

—Si tanto soñabas con el matrimonio perfecto, deberías haber huido cuando tenías tiempo.

—¿No puedes colaborar ni un poco, Matteo? ¿Tienes que ser siempre un imbécil con I mayúscula?

—He intentado hacerte entender que esto no es real, que no seré tu marido de verdad, que solo estamos firmando un contrato de negocios. —Karina recoge los diversos folletos de viaje esparcidos sobre la mesa y sale pisando fuerte, visiblemente irritada.

Tomo mi teléfono, que está sobre la mesa de centro, y llamo a la escuela de Antonella para asegurarme de que fue a clase. Luego tomo las llaves del coche y conduzco hasta allí.

Estaciono el coche en un parque cercano, donde tengo una visión clara del lugar en el que los niños juegan durante el recreo. La

alarma del coche suena cuando salgo, y Antonella aparece corriendo con otros niños de la misma edad. Es una niña adorable, y no veo la hora de apretar esas mejillas lindas.

—¿Qué haces aquí? —Miro hacia arriba, encontrando los ojos hermosos de Marina, que ahora están llenos de rabia.

—Estaba observando a mi hija jugar —respondo naturalmente.

—Eres patético —dice, sentándose a mi lado.

—¿Cuándo vas a hablar con ella sobre mí?

—No tengo nada que decir sobre ti, a menos que quieras que le diga que querías matarla mientras todavía estaba en mi vientre.

—¿Yo quise? —Giro mi cuerpo hacia ella.

—Sí, ¿no recuerdas? “Marina, no quiero tener hijos, mucho menos contigo, y bla, bla, bla...”

—Ah, sí, recuerdo eso. Pero nunca dije que quería que muriera.

—¿Eres normal? Tengo muchas dudas al respecto.

—¿Qué hiciste con el dinero que mi padre te dio para deshacerte de la niña? Fuiste más lista de lo que imaginé; tomaste el dinero y seguiste embarazada, tuviste una hija de un multimillonario, ¿y ahora qué pasa? —Miro sus ojos, esperando respuestas.

—Déjame recordarte algunos detalles. Tu padre me amenazó, iba a arrancar a Antonella de mi vientre aquel día en que ustedes lo planearon y me llevaron a aquella casa de campo aislada del mundo. Yo nunca llamé a tu puerta pidiendo ni una gota de leche. Mi hija vive bien y va a seguir así si haces el favor de olvidarla. ¿Tienes idea del pánico en el que viví, creyendo que ustedes me encontrarían y matarían a mi hija? Nunca tomé un centavo de tu padre, y nunca te exigí nada —dice entre dientes, y yo niego con la cabeza, confundido con todo lo que oigo.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién te amenazó?

—Ah... ¿vas a hacerte el desentendido? ¿Ahora me vas a decir que no sabías? Ustedes nunca la quisieron, y ahora nos están

cercando.

—Puedes haber entendido mal, él debe de haberte ofrecido dinero, ¿amenazado? No, no hizo eso.

—Lo hizo, lo hizo, Matteo. De hecho, ustedes lo hicieron. ¿Esa es la historia que debo contarle a Antonella?

—Estás diciendo esas cosas para hacerme sentir culpable o como si yo fuera un criminal.

—No, estoy diciendo las cosas exactamente como fueron. Enrico me cedió un helicóptero aquella noche, tuve que huir porque había un hombre parado en la puerta del edificio.

—¿Enrico? —Sonríó incrédulo, percibiendo que todos parecen saberlo, menos yo.

—Entonces él sabe sobre la niña.

—Claro que lo sabe, estuvieron allí el día en que nació — responde con naturalidad.

Una ola de recuerdos viene a mi mente, y se me seca la boca. Me muerdo el labio, intentando contener el odio y la confusión que siento en este momento. Me levanto, desorientado, y me dirijo al coche. Pienso en confrontar a Emiliano, pero sé que eso no servirá de nada.

—Necesito hablar con Camila.

Llamo a una agencia de detectives, buscando a alguien que pueda proporcionarme su ubicación. Mi mente es un caos, pero necesito saber exactamente qué ocurrió con ella.

—Hola, necesito que localicen a alguien para mí.

—Señor, llamó al lugar correcto, pásenme todo lo que ayude a encontrar a la persona.

—Voy a darle toda la información que tengo, y necesito esos datos hoy mismo.

—¿Hoy? —pregunta con espanto.

—Sí, no importa cuántas personas tenga que poner a trabajar, pago las que sean necesarias.

—Si es de esa forma, todo se vuelve más fácil, señor, hoy mismo le enviaré la información que necesita.

Conduzco hasta la empresa de Enrico, no tengo idea a qué velocidad fui, pero llegué allí en un tiempo que juzgaría imposible. Subo en el ascensor contando los pisos con ansiedad y cuando por fin la puerta se abre en el piso, encuentro la puerta de su despacho semiabierta y entro sin llamar.

—¿Matteo? —Me mira confundido.

—¿Qué clase de amigo eres? Qué mierda, Enrico, me echaste en cara que eras mi hermano, que me querías.

—¿De qué estás hablando?

—Antonella, ¿ese nombre te dice algo? —gruño.

—No me correspondía hablar.

—Ah, ¿no te correspondía hablar? Lo que Marina les pidió a ti y a tu esposa fue más allá de nuestra amistad.

—Marina me contó sobre las amenazas, y te vi tan idéntico a Emiliano que...

—Vete a la mierda, joder, ¿crees que yo mataría a una niña? Quería que Marina se fuera lejos porque no quería que Emiliano descubriera todo y le ofreciera dinero para deshacerse de la criatura.

—¿Me estás diciendo que querías al hijo?

—No, no lo quería —admito derrotado—. Pero jamás le mandaría a deshacerse de él.

—Pero eso fue lo que ella entendió.

—Bien, y al final de cuentas soy el monstruo.

—Lo siento, pero estás... estabas, diferente.

—Tienes razón, estoy diferente, y por un motivo, estoy cansado de que me usen para atraer dinero, bienes o lo que sea que las personas quieran a mi lado.

—No todos te ven de esa forma.

—Es muy difícil creer en las personas cuando siempre fuiste usado. Mi propia madre, Enrico, siempre fue así. Emiliano quería tener un hijo varón, por eso estoy vivo, y después de que Laura murió, soy la única persona que mi madre puede usar para controlar a Emiliano.

—Lo sien...

—No, no termines la frase, no creo en tus sentimientos, estoy solo, Enrico, Laura murió y yo morí con ella. Lo que ves aquí de pie es una marioneta que mis padres mueven.

—Entonces es hora de cortar las cuerdas que te atan a ellos. Antonella todavía es una niña. Recupera el tiempo perdido, ya que no fueron tantos años.

36



Matteo Ferrara

Me encuentro en un flat que mantengo para estar solo y en paz siempre que siento que lo necesito. Pocos minutos después oigo el timbre de la puerta y me apresuro a abrir.

—¿Señor Ferrara? —pregunta el hombre de cabellos grisáceos y con un traje de lino negro parado frente a mí.

—Soy yo.

—Soy la persona que contrató para localizar a la mujer.

—Ah, sí, entre —digo abriendo paso para que entre—. ¿La localizaron?

—Sí, fue bastante fácil, por cierto, sigue trabajando en el mismo lugar que usted nos indicó y vive en la misma casa. —Sonríe con un poco de ironía—. No sé por qué usted tuvo dificultad para encontrarla.

—Gracias por sus servicios. —Me levanto y tomo una bolsa con el dinero en efectivo, y se la entrego.

—¿Tanto así? —Entrecierra los ojos con desconfianza.

—Sí, fue rápido, aunque haya sido fácil. Puede irse ahora y gracias nuevamente.

Llamo al aeropuerto y pido que preparen el jet, no esperaré ni un segundo para ir hasta Camila.



Llego a Nueva York después de muchos años sin pisar el lugar. Ya es el final de la tarde y Camila siempre salía del trabajo al inicio de la noche. Me apresuro para encontrarla.

Cuando llego frente al café, allí está ella, con semblante cansado y el cabello recogido en un moño. Sigue siendo hermosa, y siento todo mi rencor resbalando por mi cuerpo y acumulándose en el suelo. Busco valor para entrar, pero parece que mi pie se clavó en el suelo hasta dejarme inmóvil.

—Vamos, Matteo, sé hombre —me digo a mí mismo, tirando de mi pierna que pesa.

Entro en el café y me siento en la mesa donde solía sentarme cuando venía a verla. Levanta la cabeza, me mira con sorpresa y enseguida vuelve a bajarla como quien siente vergüenza.

—Señor, ¿qué va a pedir? —Una empleada se acerca.

—Un expreso —pido sin quitar los ojos de Camila.

Me quedo esperando a que reúna valor para acercarse, lo que tarda bastante, hasta que la veo caminando en mi dirección.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con la voz entrecortada.

—Tenía en mente hacerte la misma pregunta.

—Estoy trabajando, Matteo —responde con la voz impaciente.

—Estoy esperando a que salgas y así podamos hablar en un lugar más tranquilo.

—Espérame unos minutos, no tardaré —asiento con la cabeza y me quedo observando sus pasos vacilantes hasta que desaparece detrás del mostrador.

Minutos después vuelve con semblante preocupado, y yo solo me pregunto si tengo otro hijo que desconozco.

Camina hacia la salida y yo la sigo, varios metros, hasta que se sienta en una plaza cercana.

—¿Qué viniste a hacer aquí? —pregunta mirando el horizonte.

—¿Tenemos un hijo? —Esa es la pregunta cuya respuesta más ansío.

Ella sonríe con un poco de burla.

—Te dije que había abortado al bebé.

—Sí, me dijiste que te ibas a vivir a una residencia que mi padre había puesto a tu nombre, pero por lo que sé sigues viviendo en el mismo lugar.

—Tardaste mucho en venir aquí y saber lo que realmente ocurrió —dice con amargura.

Miro sus manos, que frota una contra la otra, donde ahora hay un anillo de compromiso.

—¿Y qué ocurrió exactamente?

—Tu padre me ofreció mucho dinero para deshacerme de nuestro hijo, me llevó a un lugar extraño rodeado de monte.

—¿Vino a Nueva York? —pregunto con espanto.

—Sí, vino. —Hace una pausa y después de un largo suspiro vuelve a hablar—. Mató a nuestro hijo cuando le dije que no quería su dinero.

—¿Cómo que mató a nuestro hijo?

Ella se abraza a su propio cuerpo y las lágrimas inundan su rostro.

—Mandó que me golpearan el vientre y me arrojó en cualquier lugar sangrando —dijo con la voz quebrada por el llanto.

Me tiemblan las manos, y no contengo las lágrimas que parecen atrapadas desde hace años, mi pulmón se estremece.

—Debiste habérmelo contado —hablo a gritos.

—¡Tuve miedo! —grita tan alto como yo—. Me dijo que tú querías eso, que no deseabas al hijo. Y cuando me llamaste yo estaba confundida, pensé que fingías inocencia. No sé, dije lo que me vino a la mente.

—¡Desgraciado, hijo de puta! Voy a acabar con él.

—Camila, ¿está todo bien? —Un hombre alto se acerca y se agacha, quedando a su altura.

—Sí, está todo bien. —Se levanta acomodando la ropa sobre su cuerpo y secándose las lágrimas. Él me mira estudiándome.

—Él es...

—Vámonos, ya dije todo lo que tenía que decirle. —Lo tira del brazo dejándome allí, con todas aquellas palabras perturbando mi mente.

Lo hizo una vez, pero no lo hará una segunda, no toca ni un solo cabello de Marina y mucho menos de mi hija.

37



Matteo Ferrara

Víspera de la boda

Mi teléfono suena incesantemente mientras estoy encerrado en una habitación de hotel cualquiera, rodeado de botellas vacías de whisky, mirando el techo acostado en el suelo, perdido en mis pensamientos.

—¿Qué mierda estoy haciendo con mi vida? —pregunto, intentando levantarme, pero la cabeza me da vueltas, dominada por el enredo de pensamientos. Las sombras del pasado parecen proyectarse sobre el presente.

No tengo idea de cuánto tiempo dormí, sin embargo, mi cuerpo duele después de horas reposando sobre el suelo duro. Al incorporarme, veo el sol que entra débil por la ventana. ¿Será el inicio del día o el final de la tarde?

Camino hasta la ventana, observando a las personas que pasan apresuradas de un lado a otro, todas aparentemente tan cansadas como yo.

Miro el reloj de pared, que queda sobre la cama, y marca las seis y media de la tarde. Sí, estamos en el atardecer y no en el amanecer. El tiempo pasó demasiado rápido, y apenas lo percibí.

Me doy una ducha larga, dejándome sentar en el suelo mientras las gotas de agua caen sobre mí, como si intentaran despertarme de una pesadilla constante.

—No voy a perdonarte, ino lo haré! —afirmo, hablando en voz alta para mí mismo, intentando encontrar fuerzas para levantarme y enfrentar los días que vendrán.

Al salir de la ducha, escojo ropa que está guardada en el armario, claramente dejada allí para que clientes que viajaron con prisa la compren y tengan algo que vestir.

Bajo hasta la recepción y pago la cuenta del hotel. Todavía no sé adónde iré, pero lo único que siento es deseo de ver a Marina, aquella que durante mucho tiempo hizo mis días mejores y más reales.

—Siempre supe que eras diferente —digo en voz alta al mismo tiempo que arranco el coche—. Y si hoy no estamos juntos, la culpa es mía.

La llamo y, después de varios tonos, finalmente atiende.

—¿Qué quieres? —pregunta con un tono de irritación al otro lado de la línea.

—Verte —respondo de forma clara y directa.

—No puedo ahora, estoy trabajando, y aunque pudiera, no iría.

—¿En el restaurante?

—Matteo, no vengas a molestarme en mi trabajo.

—Está bien, señorita, no haré nada para incomodarte. —Termino la llamada y sigo en dirección al restaurante.

Estaciono el coche frente al restaurante, que, como era de esperarse, está bastante concurrido aquella noche.

—Buenas noches, señor, ¿tenemos una reserva a su nombre? —pregunta la recepcionista, con una sonrisa amable.

—No, pero estoy hambriento —respondo de forma distendida, y ella suelta una tímida risa.

—Lo lamento, señor, pero estamos completamente llenos.

En ese momento, el teléfono de la recepcionista suena, y ella pide disculpas para atender la llamada. Después de terminarla, vuelve a mirarme, ahora con una sonrisa en los labios.

—Acabamos de tener una cancelación.

—¡Perfecto! —respondo, satisfecho.

—Acompáñeme hasta su mesa. —Extiende el brazo, indicando el camino.

La sigo hasta una mesa en el segundo salón del restaurante.

—¿Va a hacer el pedido ahora, señor? —pregunta uno de los camareros.

—Sí, me gustaría probar el postre, especialmente aquel que prepara la dueña del restaurante.

—¿No desea pedir una entrada antes? —cuestiona, frunciendo el ceño, visiblemente confundido.

—No, vamos a invertir el orden hoy —respondo con una sonrisa.

Pocos minutos después, el camarero regresa con una copa lujosa, adornada con detalles dorados que reflejan la luz suave del restaurante. La coloca delante de mí, el postre tiene un aspecto irresistible. Mis ojos se fijan en aquel dulce, pero es como si cargara toda la amargura que Marina había acumulado a lo largo de los años.

Respiro hondo y, finalmente, llevo la primera cucharada a la boca. El sabor es increíblemente rico, con notas de chocolate amargo y la suavidad de la crema batida, lo dulce contrasta con la amargura que siento en mi corazón. Mientras saboreo cada pedazo, es como si estuviera degustando no solo el postre, sino también todos los recuerdos y emociones compartidos con Marina.

A medida que el postre se deshace en mi boca, empiezo a entender el porqué de ese nombre, refleja nuestros sentimientos. La amargura del chocolate se mezcla con la amargura de nuestras

elecciones pasadas, pero también hay una dulzura, una esperanza de que tal vez podamos encontrar un camino para reconciliarnos.

—Veo que te gustó el postre. —Sonríó al oír su voz detrás de mí.

—Sí, es realmente una delicia. —Me giro para mirarla, de pie, con un vestido hermoso que destaca bien las curvas de su cuerpo.

—Te dije que no vinieras —dice irritada con las dos manos en la cintura.

—Necesitarás más que eso para impedírmelo.

A lo lejos, veo a Carlos, que nos observa con el ceño fruncido.

—Vamos a hablar —pido.

—Estoy ocupada —responde sin rodeos.

—Entonces me quedaré aquí hasta que el restaurante cierre y puedas atenderme.

Ella da un largo suspiro, torciendo los labios.

—Ven, sígueme hasta mi despacho.

Acepto la invitación y la sigo por los pasillos del restaurante.

—Bien, ya estamos aquí, ¿qué tienes que decir? —pregunta, cerrando la puerta detrás de sí.

—Mañana es mi boda con Karina —empiezo.

—¿Y qué? —Se encoge de hombros, caminando hasta la mesa y apoyando el cuerpo sobre ella.

—¿No sientes nada al respecto? —pregunto, disminuyendo el espacio entre nosotros.

—¿Qué debería sentir? —quiere saber, con un tono desdeñoso.

—Deja a ese tipo y quédate conmigo —susurro en su oído, sintiendo el olor dulzón de su perfume, que está muy lejos de aquel barato que solía usar cuando nos conocimos.

—¿Le pusieron alcohol a tu postre? —pregunta con burla, haciendo ademán de levantarse, pero la atrapo colocando mis

manos sobre la mesa y pegando mi rostro al suyo.

—Quiero embriagarme, pero con tus besos. —Mi mano sube por su cintura, y la sujeto por la nuca apoyando mis labios en los suyos.

Ella resiste al principio, pero entonces cede, permitiendo que nuestras bocas se encuentren en un beso lleno de deseo, reavivando la llama de un pasado lleno de pasión.

—¡Para ya con eso! —Me empuja, alejándose lo más que puede, la respiración jadeante y una mirada trastornada.

—No voy a casarme mañana, a menos que seas tú entrando vestida de novia.

—¿Te volviste loco? —Abre mucho los ojos con un semblante confuso.

—Ya lo dije, te quiero a ti, quiero a mi hija, quiero una vida, los tres juntos.

—Es bastante tarde para todo eso. —Me da la espalda para no mostrar la vulnerabilidad.

—Entonces moriré soltero, viviendo de las migajas que pueda arrancarte, y siendo feliz con ellas.

Unos golpes en la puerta nos interrumpen, ella se apresura a abrir al oír la voz del idiota que cree que puede tenerla para él.

—¿Está todo bien aquí, Marina? —pregunta con los ojos entrecerrados estudiándome.

—Sí, él ya se va.

—Vuelvo mañana, por más dosis de besos. —Le guiño un ojo a ella y vuelvo la mirada hacia él, que se queda ahí parado como el idiota que es.

Marina Bianchi

Veo a Matteo salir de la sala todavía atónita.

—¿Qué ocurrió aquí exactamente? —pregunta Carlos.

—No tengo idea, pero si cree que puede arreglar todo lo que hizo con medias palabras, está muy equivocado.

Me encuentro apoyada en la mesa buscando firmeza para mis pies, llevo la mano al pecho, con el fin de calmar mi corazón que se agitó. Nunca dejé de querer a ese canalla y tener que admitirlo es lo mismo que traicionarme a mí misma.

—Muchacho idiota, debí haberte dado muchas palizas cuando tuve ganas. —Avanza, me acierta un puñetazo en el rostro, tambaleo hacia atrás, pero no caigo. Me paso la mano por la boca y sale manchada de sangre.

—¿Sabes la niña que estás buscando? —empiezo, y abre mucho los ojos, prestándome atención, como si su locura saliera a la superficie—. Estaría muerta ahora si hubieras conseguido concretar tu voluntad. —Sus ojos se entrecierran y me mira confundido.

—¿De qué estás hablando?

—Marina Bianchi, ese es el nombre de la madre de la niña. Mi hija —pronuncio con la boca llena.

Busca el sofá tanteando el aire y, claro, mi madre está allí a su lado lista para guiarlo.

—¿Tu hija? —dice con un tono suave e incrédulo.

—Sí, y por eso no voy a casarme, al menos no con Karina —me burlo.

—Trae a la niña —su tono es bajo, pero aun así autoritario.

—No, tal vez hubieras tenido la oportunidad de ser mi padre, y ahora abuelo, pero no. ¿Qué hiciste? Golpeaste a una chica embarazada y la hiciste abortar —mi voz sale quebrada—. Yo amaba a Camila, tú me hiciste dejar de creer en el amor, en la sinceridad de las personas. ¿Tienes idea de lo que hiciste conmigo? —Río sin humor, pasándome la mano por el cabello—. Marina es la madre de mi hija, me gusta tanto esa mujer, que renunciaría a todo por ella.

—No sabes lo que estás diciendo, Matteo, cállate —grita mi madre, mientras acaricia la espalda de Emiliano, que permanece en shock.

—Sigue esforzándote en tu papel de buena esposa, porque al papel de hijo estoy renunciando —digo dándoles la espalda.

—Voy a desheredarte —vocifera con furia.

—Eso nunca fue mío —desdeño.

—Matteo. —Corre arrodillándose a mis pies, lo que me deja en shock—. Trae a la niña, cástate con esa mujer, acepto, solo trae a la niña para que pase un tiempo conmigo.

—No creo que Marina lo apruebe, dadas las circunstancias.

—Matteo, piénsalo mejor. Ayúdame, toma el número de los Willians, necesitamos decirles que el acuerdo de matrimonio ya no existe, necesitamos indemnizarlos, ¿qué opinas? —dice yendo hacia mi madre, que me mira con odio.

—Bueno, ya que fueron ustedes quienes cerraron el acuerdo, que sean ustedes quienes lo deshagan.



Marina Bianchi

Es el final de la noche, Carlos había salido temprano, seguramente está con alguna novia, ya que ahora siempre está sonriendo y muy perfumado. No es como si antes no se perfumara, pero es que ahora sale, y el rastro de su aroma queda en el ambiente como nunca antes ocurrió. Hago algunos registros en el sistema, y aunque ya es hora de irme a casa, siento una energía fuera de lo común, y lo único que quiero es trabajar y quedar exhausta para no pensar en tonterías cuando mi mente crea que ya estoy disponible para tales divagaciones.

La noche fue agitada, con la visita inesperada del ex y la casa llena.

—Vamos allá, ¿cuántos vinos necesito comprar? —pregunto, entrando en la cava—. Veamos, Vega Sicilia, Dom Pérignon...

—Romanée-Conti, es divino, deberías pedirlo. —Me asusto y golpeo el pestillo de la puerta, que se traba.

—No, no... —Camino apresurada intentando abrir la puerta—. ¿Qué diablos haces aquí otra vez? —Miro irritada a Matteo, que me observa con las manos en los bolsillos, tranquilo como si nada hubiera ocurrido.

—¿Por qué estás tan estresada? Si no hubieras dejado la puerta principal abierta, no habría entrado sin que me vieras. —Se

encoge de hombros, yendo hasta la estantería de vinos de lujo—. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta que nos encuentren?

—Matteo, ¿en serio? Estamos encerrados en una cava refrigerada. Dame tu teléfono, dejé el mío en el despacho. —Se toca el pantalón y abre la chaqueta, mostrando los bolsillos vacíos.

—Lo dejé en el coche, salí de casa y no quiero que me molesten.

—Ah, qué maravilla, entonces vamos a morir congelados —casi grito.

—Necesitas calmarte. Si no hay nada que hacer, esperemos a que el primer empleado que llegue al restaurante nos encuentre.

—¿Estás loco? ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Moriremos congelados.

—Hay una forma estupenda de calentarnos —dice quitándose la chaqueta.

—Puedes parar. —Me doy la vuelta con las dos manos sobre los ojos.

—No seas tonta, solo voy a ponerte la chaqueta sobre los hombros —dice soplando en mi nuca, y cada vello de mi cuerpo se eriza.

Cómo amo esa voz, mi mente no recordaba cuánto amo oírlo soplar en mi nuca.

—Estoy bien —digo poniéndome la chaqueta. Me aparto y me siento en el suelo, deslizándome por la pared. Él hace lo mismo, sentándose a mi lado, abriendo la botella de vino y bebiendo directamente de ella.

Apoyo la cabeza en la pared mientras él mira la nada.

—Yo todavía estaba en el vientre de mi madre cuando Emiliano, el hombre al que llamé padre durante toda mi vida, se alegró al saber que la gestación era de un niño. No es como si Laura no fuera su vida, pero un hijo varón es diferente. Todo habría sido perfecto si yo no fuera hijo de otro —empieza a hablar al mismo

tiempo que da varios tragos al vino. Abro los ojos para analizar su expresión mientras habla, pero una lágrima resbala por su rostro y él se calla, secándola rápidamente.

—A veces nos aferramos a las cosas que no podemos cambiar y nos transformamos en aquello que las personas quisieran que fuéramos. Yo tenía todo para salir mal. Hija de madre divorciada y de un padrastro abusador. Tú parece haber vivido una vida de abusos psicológicos, en el fondo, aunque diferentes, somos dos personas intentando encontrar su lugar en el mundo sin incomodar a los demás con nuestros traumas.

Entrecierra los ojos mirándome. Una mirada que nunca vi.

—¿Él abusó de ti? —Su voz falla.

—¿Los intentos pueden considerarse abuso? —Sonrío sin humor.

—Déjame cuidar de ti —pide, haciendo que una lágrima resbale por mi rostro, antes de que mi boca tiemble de frío.

—Mirándote en la posición en la que estamos ahora, creo que tú también necesitas atención, pero no estamos aptos para intercambiar cuidados, cada uno debe curarse, yo ya he estado haciéndolo, creo que hoy eres tú quien más lo necesita.

Me muestra una sonrisa convencida, esa que dice que está bien y que no necesita nada, siempre imponente y poderoso, y aunque estamos congelándonos, siento su postura derritiéndose lentamente frente a mí.

El frío aumenta y froto mis manos en mis brazos cubiertos intentando sentirme más abrigada.

Matteo se gira hacia mí todavía sonriendo, pero esta vez hay malicia en sus ojos. Con la punta de los dedos levanta mi cabeza por el mentón suavemente y pasa el pulgar sobre mis labios.

—No tienes idea de cuánto deseo tu boca, tu cuerpo, a ti entera. Extrañé tu olor, pero no tu perfume, sino la fragancia que emana de tu piel. —Sus manos bajan entrando bajo la chaqueta y el

toque helado de sus dedos hace que mi cuerpo se estremezca—. Sé una forma estupenda de calentarnos —dice pegando sus labios a los míos y envolviéndome en un beso intenso y apasionado. Juntos, encerrados, el calor de nuestro deseo se vuelve insoportable. Sus manos exploran cada centímetro de mi cuerpo, dejando una estela de fuego por donde pasan.

El frío que antes me envolvía ahora parece distante, mientras nos entregamos completamente el uno al otro. Nuestras respiraciones se mezclan, y aunque mi razón grite para que resista, mi cuerpo está entregado, jadeando entre los besos y permitiendo que él quite cada prenda de ropa sin ninguna prisa. Se detiene y me analiza como si me viera por primera vez.

—Creo que es mejor parar —digo apretándolo aún más entre mis brazos, con mis piernas desnudas enlazadas en su cintura.

—Soy incapaz de parar —dice entre susurros y la frase resuena en mis oídos, provocando escalofríos que recorren mi cuerpo. Con un gemido, me inclino hacia atrás, arqueando la espalda en respuesta a las sensaciones que despierta en mí. Derrama vino sobre mi piel, y las gotas dibujan un camino, guiado por su lengua.

Cada gota que resbala por mi cuerpo parece encender una llama dentro de mí, una llama que solo él es capaz de encender. Siento sus labios en mi escote, bajando hasta mis pechos, donde rodea el pezón con la lengua, succionando cada gota de vino, haciéndome jadear con el toque suave de su boca, que ya ni recordaba lo bien que se sentía. Después de lamer mis pechos mostrando todo su deseo, continúa succionando la estela de vino por mi abdomen, y sus manos no se conforman con tocar un solo lugar de mi cuerpo, esparciendo un rastro de fuego por donde pasan. Mis suspiros escapan entre los labios entreabiertos mientras él continúa trazando el camino recorrido por la bebida con besos sutiles y mordidas leves.

Mis piernas tiemblan mientras sus manos se aventuran entre ellas, encontrando mi punto sensible que me hace gemir de placer.

Acaricia mi intimidad pasando sus dedos por toda su extensión, dando una atención especial a mi clítoris, un gemido bajo escapa de mi boca sirviéndole de combustible.

Soy incapaz de parar. Pero, en realidad, no quiero parar. Quiero ahogarme cada vez más en sus caricias y en sus manos exigentes que se adueñan de mi cuerpo con deseo.

—Quiero lamerte entera, gime mi nombre, di que eres mía — ordena aumentando los estímulos. Mis piernas se estremecen.

—Matteo —obedezco, incapaz de hacer lo contrario.

Entra en mí sin aviso, ruge antes de besarme con dependencia al entrar y salir de mí con presión.

—Extrañé este coño delicioso —dice entre los besos—. Córrete rico para mí, di que eres mía.

Incluso entregada al momento, al placer, soy incapaz de afirmar lo que me pide. ¿Cómo voy a ser de alguien que me hirió tanto?

—Voy a correrme —anuncia en el mismo instante en que siento cada parte de mí estremecerse.

—¡Eso! —digo apretando mis piernas alrededor de su cintura. Cae jadeante a mi lado, cobijándome entre sus brazos, y cierro los ojos oyendo su corazón acelerado, latiendo al mismo compás que el mío.

—¿Qué crees que estoy pensando? —pregunto con seriedad.

—No tengo idea de lo que pasa por tu cabeza, ahora déjame ir, que Antonella debe de estar preocupada —dice apartándose y yendo en dirección al coche.

La dejo ir, sin presión, pero no permitiré que esté con otro que no sea yo.



Estaciono cuidadosamente el coche frente al edificio donde viviré temporalmente durante algunos días. El apartamento, aunque acogedor, parece un tanto estrecho para acomodar a una niña de tres años, llena de energía y curiosidad. Nunca imaginé que me convertiría en padre tan pronto, especialmente antes de alcanzar la marca de los cuarenta años.

Antes de salir del coche, la voz de un portero que se acerca me despierta de mis divagaciones:

—Señor, su novia acaba de subir para esperarlo. —Suspiro hondo saliendo del vehículo.

—Gracias —digo pasando junto a él y subiendo hasta el penthouse.

Cuando las puertas del ascensor se abren, me recibe la figura de Karina, que se encuentra de pie, exhibiendo una pose altiva y confiada. Sus ojos se alzan por encima de las gafas que reposan elegantemente sobre su nariz, y ella, con un gesto gracioso, aparta algunos mechones de cabello que enmarcan su rostro.

—Buenos días, Karina —digo con tranquilidad, buscando mantener la compostura.

—¿No dormiste en casa? —quiere saber, todavía dejando traslucir serenidad en su voz, intentando esconder su furia.

—No —respondo sin rodeos.

—¿Qué clase de hombre eres? Fueron más de dos años comprometidos, Matteo, para que me dejaras al borde del altar —cuestiona con una expresión cargada de rabia.

Con un gesto, paso junto a ella y abro la puerta, dándole paso para entrar. Pasa junto a mí y se posiciona en medio de la sala, todavía de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Te estoy dejando libre para ser feliz con alguien que te ame, haré lo mismo por mí, me libraré de las ataduras que me arrastran hacia algo que para mí no es relevante —expongo mis palabras con sinceridad, buscando hacer que entienda que no es su culpa.

—¡Sé claro! —exige, con los ojos fijos en mí, en busca de respuestas más profundas.

—¿Más? —Suspiro, recostándome en el sofá y cruzando una pierna sobre la otra, intentando organizar mis pensamientos para exponerlos de una forma más clara—. Eres hermosa, inteligente, llena de cualidades. Mereces ser feliz, algo que yo nunca podría proporcionarte. Amo a otra mujer, y, en caso de que todavía no lo sepas, tengo una hija de tres años. Es hermosa. —Sonrío involuntariamente al recordar el rostro adorable de mi hija.

—¿Amas? ¿Hija? —Karina niega con la cabeza mientras da algunos pasos sin rumbo cierto por la sala, intentando asimilar lo que acabo de decir.

—Sé feliz, Karina. —Mis palabras suenan como un deseo sincero, aunque sé que la realidad es cruel.

—Maldito desgraciado, ¿cómo tienes el valor de hacerme esto? He sido la novia sumisa conforme se me exigió, me he esforzado para hacer que esto saliera bien —grita, la histeria empezando a traslucirse en su voz.

—Cuando necesitamos esforzarnos para encajar en algún lugar, es porque ese lugar no nos pertenece —concluyo, buscando hacerla entender que esto es lo mejor para los dos.



Marina Bianchi

Algunos días después

Estoy revisando algunos detalles para la apertura del restaurante por la noche con un empleado cuando, de repente, una mujer de piernas largas y cabello largo, liso e impecable, entra en el lugar. Se detiene en el centro del salón, quitándose las gafas elegantemente y sosteniéndolas con gracia en la mano. Tardé algunos preciosos segundos en, finalmente, reconocer a la novia de Matteo, que se revela muy diferente en vivo en comparación con las fotos. Su piel, vista de cerca, revela una belleza aún más notable de lo que podría imaginar.

—Buenos días, el restaurante no está abierto a los clientes durante el día —digo con la mayor naturalidad, como si ella fuera solo una clienta más que por casualidad hubiera entrado por error fuera del horario de funcionamiento.

—Soy Karina Willians, mucho gusto, Marina. —Extiende la mano con una sonrisa forzada, que permanece colgada en sus labios como un adorno.

—¿Y qué desea? —Me acerco, pero no extiendo la mano para saludarla. Mi expresión permanece tranquila, mientras la observo con cautela.

Sonríe de nuevo, ahora con un toque de burla, retirando la mano y escondiéndola en el bolsillo de su pantalón de lino, como si supiera que no sería bien recibida.

—Vengo en paz. —Levanta las manos en un gesto de rendición —. ¿Podemos hablar?

—Si crees que tenemos asuntos que tratar, ¿por qué no? Vamos al despacho. —Le hago una señal para que me siga y me encamino hacia el interior del despacho.

Entra, y cierro la puerta detrás de ella, creando un ambiente más íntimo para nuestra conversación.

—Siéntate. —Señalo la silla frente a mi mesa.

—Tengo un viaje marcado a París, ya debería estar allí, en realidad, pero me mantuve recluida unos días, todavía procesando el abandono al borde del altar. No es fácil ser rechazada.

—Lo siento por ti, pero no consigo ver dónde eso es de mi interés. —Mantengo mi expresión firme y tranquila.

—Nunca supe que Matteo amara a alguien, aunque él era renuente a tocarme, y cuando lo hacía, era solo para saciar mi búsqueda de besos y caricias. Siempre tenía los pensamientos lejos.

Mi cuerpo se pone rígido al oír esas palabras, y una sensación de celos me invade. Es difícil admitirlo, pero siento rabia de oírla hablar sobre los besos y las caricias de Matteo.

—¿Para qué viniste aquí exactamente? —pregunto, manteniendo un tono indiferente.

—Me gusta Matteo, y mucho. Aprendí a quererlo, a ese sorriso convencido suyo.

Suspiro, sintiéndome incómoda con el rumbo de la conversación.

—No tengo interés en...

—Déjame hablar —pide, interrumpiendo mis palabras.

—Matteo es hijo bastardo de Emiliano. No son muchos los que lo saben, pero los miembros de la alta sociedad recuerdan lo ocurrido cuando fue engendrado fuera del matrimonio. Fue algo bastante vergonzoso, no es que yo lo haya visto, ya que soy joven, pero por la forma en que mi padre lo comenta, lo imagino.

—¿Qué quieres decir con "lo ocurrido cuando fue engendrado fuera del matrimonio"? ¿Qué pasó? —pregunto, deseando entender la historia.

—En una pelea, su madre tuvo una relación con un empleado de la empresa, creo que para hacer rabiar a Emiliano, pero quedó

embarazada. Cuando Emiliano supo que sería un niño, consideró que el bebé podía quedarse en la familia. Me dijo que cuando nos esforzamos por encajar en algún lugar, es porque, en realidad, no pertenecemos allí. Entendí lo que quiso decir. No era solo sobre mí o mis intentos de estar con él; era sobre él mismo, intentando pertenecer a algo o a alguien. Incluso con toda la indiferencia, no es una mala persona.

—¿Viniste aquí a hablar bien de él? —Suelto una carcajada, todavía sorprendida por el giro en la conversación.

—Sí, vine a decirte que te ama. Él me lo dijo, y sus ojos brillaron cuando comentó sobre la hija.

—Creo que será mejor que te vayas. Esto no es asunto tuyo, y no necesitas esforzarte tanto para convencerme de lo que siente —respondo, firme, desconfiando de las intenciones de Karina.

En ese momento, mi teléfono suena, y mi corazón se acelera cuando veo que es de la escuela de Antonella.

—Hola —atiendo con la voz cargada de preocupación.

—*Señora, Antonella tiene fiebre, está muy alta* —dice la empleada de la escuela al otro lado de la línea.

—Voy para allá ahora mismo. —Tomo mi bolso sobre la mesa y termino la llamada.

—¿Algún problema? —pregunta Karina, y yo ya ni recordaba su presencia en la sala.

—Mi hija tiene fiebre, ve en paz a París, Karina, y deja que mis asuntos los resuelva a mi manera.

40



Matteo Ferrara

Veo sonar el teléfono y, aunque estoy irritado con el nombre que aparece en la pantalla, atiendo la llamada.

—¿Qué pasa esta vez, Karina? —pregunto, intentando mantener la calma.

—*Tu hija fue llevada al hospital.*

—¿Qué hospital? —pregunto rápidamente, sin importarme cómo sabe eso.

—El competidor del tuyo, claro —responde Karina antes de que yo termine la llamada y vaya de prisa hasta el hospital del centro.

Estaciono el coche en el hospital y soy recibido con miradas sorprendidas, al fin y al cabo, todos saben que soy el heredero del grupo competidor.

—¿Señor Ferrara? —Uno de los empleados se acerca, claramente intrigado.

—Mi hija fue traída aquí, Antonella Bianchi.

—¿Hija? —pregunta, claramente sorprendido por la información.

—Sí, hija. Por favor, solo dígame en qué habitación se encuentra, ¿está bien?

—Habitación 501, señor.

—Gracias —agradezco rápidamente y camino de prisa por los pasillos, buscando la habitación.

Después de recorrer todo el pasillo encuentro la habitación, y entro sin llamar a la puerta.

—¿Antonella? —pregunto acercándome a ella, que está durmiendo toda cubierta en la cama.

—¿Qué haces aquí? —Marina entrecierra los ojos, acercándose.

—Lo mismo que tú —respondo con la voz jadeante y sin esforzarme mucho por ser simpático—. ¿Qué le pasó? —indago ansioso por una respuesta.

—La escuela llamó diciendo que tenía fiebre. Los médicos le dieron un antipirético, y ahora estoy esperando el resultado de los exámenes.

—¿No ibas a llamarme?

—No, nunca te llamé. ¿Por qué lo haría ahora?

—Porque ahora estás aquí, muy cerca de mí, y sabes que me importa.

—Matteo, tú me amenazaste, tú querías que Antonella mur... —se detiene abruptamente, respirando con fuerza, y se mueve hacia el otro rincón de la habitación—. Déjanos en paz.

—Yo nunca la amenacé, Marina, y nunca quise que le hicieras daño a la criatura que estaba en tu barriga. Ni siquiera tenía certeza de que fuera mi hija. Solo quería que te fueras, porque conozco a Emiliano, y sé que él sí es capaz de cosas terribles.

—Son idénticos —vocifera.

Me dejo caer en el sofá, abriendo los botones de mi camisa que parece sofocarme, y sigo hablando:

—No tenía planes de tener un hijo. No tenía planes de un futuro largo contigo. Estaba enfocado en pertenecer a la familia, en ser un buen hijo, en hacer la voluntad de Emiliano. Pero nunca te haría daño ni te obligaría a deshacerte de la criatura.

—¿Y ahora, en qué estás enfocado?

—En ser feliz, en vez de intentar pertenecer a un lugar que nunca fue mío.

Veo cómo su postura rígida se deshace, y se sienta a mi lado.

—No sabes lo difícil que fue para mí, Matteo —dice con la voz quebrada por el llanto.

—¡Perdóname! —suplico, sosteniendo sus manos contra mi rostro.

—No sé si puedo.

—¿Podrías intentarlo? Quiero conocer a mi hija, quiero poder salir con ustedes, mostrarles lugares nuevos, llevarla a la escuela. Lo que hiciste aquel día, diciendo que aceptabas la oferta, salvó a nuestra hija. No habrías salido de allí con ella en tu vientre. Tuve una novia antes de ti, y ella no fue tan lista como tú.

Abre mucho los ojos, tirando de la mano y llevándosela al pecho.

—Me asustas hablando de esas cosas. Hice mal en volver a Milán.

—No voy a permitir que nadie toque ni un solo cabello de ustedes, Marina. Me fui de casa, rompí con mis padres, porque no quiero que nada más me impida tener lo que quiero. Ni siquiera ese idiota con quien vives de arriba abajo.

En el mismo instante en que hablo de él, aparece en la habitación.

—¿Noni? —Cruza la puerta apresurado.

Me lleno de celos al verlo ocupar un lugar que es mío.

—Padrino... —Antonella habla bajito, despertando, cuando él se acerca a la cama.

—Estoy aquí, mi princesa.

Cierro los puños vacíos dentro del bolsillo. Qué mierda, es mi hija, pero ni siquiera sabe quién soy.

Marina me mira por encima del hombro inclinada sobre la cama, los dos, lado a lado, consolando a mi hija.

—Matteo, acércate, Antonella despertó.

La miro sorprendido, pero me acerco. Carlos deja espacio para que llegue más cerca y yo enfrento la mirada confundida de mi hija.

—Noni, ¿recuerdas que te dije algunas veces que papá andaba muy ocupado, porque es un hombre muy importante y trabaja en un lugar que salva personas?

Antonella asiente con la cabeza.

—Hoy consiguió tener libre y vino a verte.

Ella me mira con la frente fruncida.

—¿Porque estoy malita?

Giro el rostro hacia un lado, pasándome la mano por la lágrima que insiste en caer.

—Nunca más me iré, Antonella, ya no tengo que salvar a nadie, voy a ocupar mi tiempo en cuidarte a ti y a tu madre.

Todavía es muy pequeña, tal vez no entienda ni un tercio de lo que ocurre aquí, pero la forma en que Marina me describe para ella me tomó por sorpresa.

—Voy a ver al médico, para saber si los exámenes ya están listos —dice, saliendo de la habitación.

Miro a Carlos sentado en el sillón de la sala de al lado y, después de besar la frente todavía tibia de Antonella, voy hasta él.

—Parece que decidiste asumir tu papel —empieza.

—¿Eso te molesta? —pregunto sentándome en una silla frente a él.

—En realidad, no, es bueno que Antonella tenga al padre cerca de ella.

—No es solo cerca de Antonella donde quiero estar, también quiero a Marina.

—Entonces tendrás que esforzarte mucho más que inventar una historia lúdica —dice con desdén.

—¿La amas? —pregunto sin rodeos, aunque no quiera oír que sí.

—Claro, a las dos. Vi nacer a Antonella, la tomé en mis brazos en cuanto salió del vientre de Marina. Amo demasiado a esa niña. Pero las cosas no son como imaginas, entre Marina y yo nunca hubo nada. Somos amigos, nunca fuimos más que eso, y no porque yo no haya tenido interés en ella, claro que lo tuve. Pero ella se cerró, trabajó y hasta cuando brilló fue sobre algo que hizo pensando en ti. Nunca consideré competir contra los sentimientos que tiene por ti, porque sabía que este día iba a llegar. Así que, si la vida te está dando una nueva oportunidad, te deseo suerte, Mari no es fácil.

Se levanta sacando las llaves del coche del bolsillo.

—Ella está volviendo, los dejaré solos, necesitas este tiempo. —En pocos segundos la puerta se abre y yo me pregunto cómo sabía que era ella—. Mari, traje unas sandalias bajas para ti, esos tacones van a acabar con tus pies. —Me guiña un ojo, y yo intento contener mi expresión celosa. Él conoce su forma de caminar.

Miro sus pies y la tomo gentilmente por el hombro, haciéndola sentarse.

—¿Qué estás haciendo, Matteo? —habla con un tono de reprensión.

Me arrodillo frente a ella, colocando sus pies sobre mí, y quitándole los tacones que de hecho son bastante altos.

—No necesitas hacer esto. —Intenta resistirse al cariño, tirando de la pierna, que sujeto con firmeza.

—Tal vez unas sandalias bajas no sean suficiente —digo masajeando sus pies.

—No deberías esforzarte tanto, entre tú y yo no ocurrirá nada más, pero estoy dispuesta a darte una oportunidad con Antonella,

porque percibo que tus sentimientos por ella son reales, pero no le hagas daño, Matteo.

Me levanto después de un largo suspiro de derrota.

—Está bien, señorita Bianchi, agradezco su generosidad al dejar que participe en la vida de Noni —digo el apodo que ellos le dieron—. Pero también te quiero a ti, y voy a hacerte ver que no soy tan amargo como crees.

Sonrío convencido después de guiñarle los ojos cargados de segundas y terceras intenciones.



Marina Bianchi

Algunos días después

Antonella corre por el parque, riendo y jugando con los otros niños cuando, a lo lejos, veo a Matteo acercándose. Su ropa desenfadada y el cabello con menos gel que de costumbre lo vuelven aún más atractivo. Parece cómodo, y mi corazón da un pequeño salto al verlo aproximarse a nuestra hija.

Mientras observo esa escena, el padre de una de las niñas que juega con Antonella está sentado a mi lado, animado en una conversación tranquila y comentando sobre cosas diversas. Es divorciado, y se empeña en decirlo innumerables veces durante nuestra conversación. A pesar de considerar interesante la charla, mis pensamientos se distraen con la presencia de Matteo.

Antonella corre delante de Matteo y llega hasta mí jadeante y con los ojos brillando de alegría. Agarra su mano con entusiasmo.

—¡Mi papá llegó! —dice saltarina.

Miro a Matteo, que se acerca con una sonrisa gentil, pero mirando al hombre a mi lado como si quisiera matarlo. Se está esforzando por ser el padre que Antonella necesita. La sensación de verlo participando en la vida de nuestra hija es extraña, pero me deja feliz y con una sensación de que las personas por fin están completas.

—Hola, soy Matteo. —Extiende la mano hacia el hombre, que la estrecha con firmeza.

—Un placer, soy Marco. Antonella es una niña adorable, y ustedes forman una hermosa familia. —Marco sonríe, pareciendo sincero en sus elogios.

Yo asiento, y enseguida me levanto pidiendo permiso.

—No sabía que vendrías, ¿cómo supiste que estamos aquí?

Él toma a Antonella en brazos mientras caminamos.

—Contraté algunos guardaespaldas, hay varios aquí, pero no te preocupes, son discretos, tan discretos que ni siquiera los notaste.

—¿Guardaespaldas? —pregunto con las cejas juntas.

—Noni, ve a correr un poco más. —La deja en el suelo, pero la sigue con la mirada—. Emiliano está obsesionado, dice que ella es la reencarnación de Laura. Está loco, Marina, tiene que ser internado en un manicomio.

—¿Crees que pueda hacerle algún daño a Noni?

—El equipo de seguridad que está aquí es de Marcus Collins —dice orgulloso como si yo supiera quién diablos es ese hombre.

—¿Sí? ¿Y? —Me encojo de hombros.

—Mari, es dueño del mayor grupo de seguridad privada, fue comandante de las fuerzas especiales de Estados Unidos, respondía directamente al presidente.

—Todavía no veo dónde eso es tan grandioso, al fin y al cabo no es él quien está aquí.

—Pero él entrena a sus empleados, puedes estar segura de eso. Y sobre que esté aquí personalmente, sería casi imposible, ya que los rumores dicen que después de quedar viudo se volvió un recluso. Lo acusaron de matar a su esposa embarazada por celos.

—Vaya, me quedo mucho más tranquila ahora, sabiendo que el equipo de seguridad es de un loco posesivo. Será mejor que tome a Noni y me vaya a casa.

—¡Oye! Son rumores, mi amor. —Me tira del brazo, atrapándome junto a su cuerpo con el otro brazo rodeando mi cintura—. Acabo de llegar. Hagamos un picnic, a mi hija le encantó la idea. —Más adelante, veo personas extendiendo mantas sobre el césped, y en pocos segundos, todo está lleno de dulces, y Antonella corre con sus amiguitas para degustarlos.

Matteo sonrío, intentando parecer relajado. Nunca imaginé que sería un buen padre.

—No me llames "mi amor", no eres mi amor.

Suspira, poniendo los ojos en blanco.

—Pero tú eres el mío, y eso ya me basta.

La manera en que me mira, con esos ojos llenos de deseo y arrepentimiento, me remueve por dentro, pero me niego a ceder. La herida sigue abierta, y él tendrá que hacer mucho más que un picnic para reconquistarme.



Matteo Ferrara

Llego hasta el condominio donde Marina vive con mi hija para dejarlas en casa. Incluso con tantos guardaespaldas, confío más cuando estoy cerca.

—Listo, llegamos, Antonella, baja. —Sonrío ante la prisa de Marina, que parece un cohete bajando del coche. Bajo enseguida y alcanzo sus pasos antes de que abra la puerta y me la cierre en la cara.

—Oye, ¿por qué tanta prisa? —pregunto cuando las alcanzo.

—Vamos a cenar, de hecho, ni sé si será posible, ya que llenaste a nuestra hija de dulces.

—Nuestra hija, amo cuando pronuncias esas palabras. —Le guiño un ojo, y ella arruga la nariz de forma adorable.

—Ven, papá. —Antonella me tira hacia dentro, esta sí es mi principal aliada.

Marina suspira detrás de mí, mostrando su insatisfacción, pero pronto este juego va a cambiar.

—Llegamos, mamá —dice Marina, quitándose los zapatos en la puerta.

La mujer que parece hornear algo en el horno se levanta y me mira a regañadientes.

—Buenas noches, señora —hablo, mostrando mi mejor sonrisa.

Mira a Marina, que se encoge de hombros.

—Carlos pasó por aquí al comienzo de la tarde, hice unas galletas para él y aproveché para dejar unas para Noni —dice, ignorándome.

—Voy a bañar a Antonella y ya bajo. —Marina pasa junto a mí con prisa.

Las sigo con la mirada hasta que desaparecen por la escalera. Vuelvo mi atención a mi suegra, al fin y al cabo, cuantos más aliados tenga, mejor.

—¿Puedo probar? —pregunto, tomando ya unas galletas del tazón—. Vaya, qué maravilla, se deshace en la boca, nunca comí nada igual en toda mi vida.

—Ya debe de haber comido cosas mejores, no venga a decirme que está encontrando maravillosas unas galletas de trigo con chocolate —dice desdeñosa, y ya sé a quién salió Marina.

—Ni el chef más reconocido del mundo es capaz de hacer estas galletas —digo con firmeza.

—No venga a hacerme la pelota. —Arruga la nariz—. Tomé la receta ayer en el programa, todavía ni siquiera sé el punto exacto.

—Pero aun así las hizo. Tiene harina en el cabello, y cada una de las galletas tiene formas diferentes que usted hizo a mano, sin ningún tipo de molde.

—¿Y qué tiene eso de más? —Se detiene, dándome toda su atención.

—Amor, atención, cuidado. Yo nunca tuve eso, mi madre nunca frió un huevo ni sopló mis rasguños cuando tropezaba. Me alegra que mi hija crezca en un hogar así.

Se desarmó, el pecho antes inflado ahora estaba relajado.

—¿Le gustan ellas? —pregunta, todavía manteniendo cierta distancia.

—Las amo —respondo, con toda la sinceridad que podría depositar en mis palabras.

—Entonces, bienvenido a nuestra familia, y llévese algunas galletas para usted —dice, llenando un frasco de vidrio que está sobre la mesa.



Estábamos riendo cuando Marina baja con Antonella, que corre a mi regazo. Mira a su madre con semblante confundido.

—Querido, ya es bastante tarde, deberías quedarte a dormir.

—No tenemos habitaciones disponibles, mamá —rezonga Marina mientras se sienta a la mesa.

—Yo creo que el sofá es bastante espacioso —digo, girándome para mirarlo.

—Ah, querido, dice eso porque todavía no ha visto la cama inmensa que hay en el cuarto de Marina.

Ahí sí, me gustó mi suegra.

—¿En serio? —Sonrío con burla.

—¡Mamá! —Suelta un gruñido de frustración.

—Puedo quedarme en el sofá —declaro guiñándole un ojo a mi más nueva aliada—. Aprendí temprano que la mejor forma de hacer aliados es elogiando, incluso cuando las galletas están duras y solo saben a trigo.



Marina Bianchi

Me quedo inquieta en la habitación, incapaz de ignorar el hecho de que Matteo está durmiendo en mi sofá. Las ganas de bajar solo para saber cómo está son irresistibles. En silencio, me deslizo fuera de la cama y me pongo un camisón antes de bajar las escaleras en dirección a la sala de estar.

Al llegar allí, la respiración se me queda atrapada por un momento. Matteo está acostado en el sofá, ni siquiera se mueve. Me quedo allí observando su rostro, que muchas veces ostentaba una expresión seria y confiada, ahora parece suave y vulnerable bajo la luz tenue de la sala.

No puedo evitar una sonrisa mientras me acerco a él. La atracción que todavía ejerce sobre mí es indiscutible. Con cuidado, me acerco al sofá y me inclino sobre él, observando su rostro de cerca. Su respiración es suave y constante, y parece completamente cómodo.

De repente, siento un movimiento suyo, y antes de que pueda reaccionar, me agarra con cariño y me tira hacia abajo, haciéndome caer a su lado en el sofá.

—¡Matteo! —hablo con sorpresa por la rapidez de su reacción.

Él no dice nada, en vez de eso, cubre mi rostro de besos suaves y cariñosos. Sus labios blandos encuentran los míos de forma delicada, y veo al hombre del que me enamoré, el mismo que me

hacía sonreír después de un día entero caminando por Milán en una búsqueda frustrada de empleo.

—No quería despertarte —susurro cuando finalmente me deja hablar.

Él sonríe, sus ojos encontrando los míos con ternura.

—Te estaba esperando —murmura, antes de besarme de nuevo.

—¿A mí? —susurro.

—Muéstrame tu habitación.

Ahora estoy aquí desarmada, viéndome nuevamente enamorada y, por primera vez en mucho tiempo, siento que tal vez, solo tal vez, haya espacio para el perdón y la redención en nuestra relación.



Despierto y no encuentro a Matteo en mi cama, me doy una ducha rápida y bajo sin hacer ruido.

—Vi el sofá muy bien arreglado —dice mi madre con un tono divertido.

—No estuve mucho tiempo en él —responde Matteo con la voz cargada de satisfacción.

—Pronto Noni va a vivir con sus padres —dice ella, pareciendo orgullosa de la conquista.

—Y con la abuela también, planeo comprar una casa grande, usted puede venir con nosotros.

Oigo una sonrisa satisfecha de mi madre, que cambió de bando rapidísimo aliándose a él, pero no puedo juzgarla, es muy persuasivo.

—¡Buenos días! —digo acercándome.

—Buenos días, mi querida —responde Matteo con una sonrisa cálida mientras se levanta para saludarme con un beso.

Mi madre no pierde tiempo en provocar:

—Veo que hicieron las paces. Es bueno verlos así.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo negar que me siento un poco más relajada en su presencia. Tal vez sea el inicio de una tregua, o quién sabe incluso de algo más.

Después de tomar un desayuno rápido, decidimos llevar juntos a Antonella a la escuela. Está emocionada con la idea de ir a la escuela y ya tiene su mochila a la espalda, lista para salir.

—¡Vamos, Noni! —dice Matteo animado, ofreciéndole la mano.

Ella agarra su mano con entusiasmo, y no puedo evitar sonreír al ver la interacción entre ellos. Matteo está intentando de verdad conquistar el corazón de nuestra hija, y eso es algo que no puedo ignorar.

En el camino, conversan animados, claro que dentro de lo que ella consigue absorber para su edad. Matteo habla de la casa de muñecas que tiene planes de construir en la casa nueva.

Él se queda en el coche estacionando mientras bajo para dejar a Antonella en el salón.

En el camino hasta la puerta algo llama mi atención. Una figura conocida e indeseada está de pie cerca de la entrada de la escuela. Es Emiliano, el padrastro de Matteo.

Mi corazón da un salto y es como si los pies se me pegaran al suelo. Miro en dirección al coche y Matteo percibe de inmediato mi expresión de alarma y camina deprisa para ver qué está pasando.

—Mi pequeña Laura. —Empieza a acercarse a nosotras.

—¿Padre? —Matteo se acerca y veo que gesticula para que los guardias que contrató no hagan nada—. Vino a conocer a Antonella —su voz está cargada de nerviosismo, pero habla como si el hombre frente a él fuera un viejo senil delirando.

—Esa es Laura, que volvió a mí.

—¿Qué Laura? Esta es mi hija —vocifero.

—Mamá —Antonella se aferra a mis piernas, alejándose de él.

Las personas alrededor están observando la escena con curiosidad y preocupación. Algunos están susurrando, mientras otros permanecen simplemente paralizados, sin saber qué hacer.

—Ven, Laura, vamos a tomar ese helado delicioso que tanto te gusta. —Su voz suena suave, y hace un gesto invitador con los brazos, quedando a la altura de la niña.

—Será mejor que se vaya a casa ahora, ella está yendo a la escuela —dice Matteo, intentando calmarlo.

—¡No puedes quitarme a mi hija! —grita Emiliano, sus ojos llenos de rabia.

En ese momento, la directora de la escuela se acerca, sin entender mucho la situación.

—Antonella, por favor, ve al salón de clases con tus compañeros. —Intenta guiar a la niña lejos de la confusión.

—Deja de llamarla así. Laura, ven, vamos a casa. —Está fuera de control y ahora furioso, pareciendo dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quiere.

Miro a Matteo, preocupada por lo que hará a continuación. No sé qué tipo de peligro representa para mi hija, pero consigo sentir cuánto la situación está dejando a Matteo atemorizado.

—Su casa es mi casa, como siempre fue, ella no es nada suyo, ni siquiera nieta —digo aferrada a mi hija.

—Padre, está asustando a Laura, ahora ella tiene clase, y en cuanto termine la clase puede ir a tomar el helado.

—Cállate, mocosito. La estás escondiendo de mí, ¿crees que no sé la cantidad de guardias que contrataste? Eres una mierda, siempre lo fuiste, hijo de cualquier don nadie. Vamos, Laura, basta, vamos a casa. —Avanza hacia Antonella y Matteo se coloca entre ellos.

—Apártate. —Emiliano vocifera, intentando forzar su paso.

Pero Matteo no se mueve, manteniéndose como una barrera protectora entre Emiliano y yo, que sostengo a Antonella.

—No, ella no va a ninguna parte, esta no es Laura, es Antonella, mi hija, y usted la está asustando —responde Matteo con voz firme, dejando claro que no permitirá que nada le ocurra a nuestra hija.

Emiliano está acompañado por sus guardias, es evidente que están aquí más para garantizar la seguridad general que para apoyar su locura.

—Vamos, Antonella —digo, desviando la mirada y me levanto con ella en brazos.

Antes de que pudiéramos salir de allí, un grito furioso resuena y una sensación de quemadura aguda se esparce por mi brazo. En un parpadeo, percibo lo que ha ocurrido. Matteo está de pie delante de mí, con la mano empapada de sangre, presionando su barriga herida. Hombres aparecen para sujetar a Emiliano, que está en un arrebató de furia, mientras Matteo cae al suelo, incapaz de mantenerse en pie.

Abro mucho los ojos al ver el cuchillo caído en el suelo, cubierto por la sangre de Matteo, que se puso delante para protegernos. Abrazo a Antonella escondiendo su rostro y en pocos minutos oigo la sirena de la ambulancia y otra que vino a recoger a Emiliano, que se debate descontrolado a gritos y solo se detiene cuando recibe un calmante inyectado en la vena.



Matteo Ferrara

Abro los ojos y la luz blanca del hospital me alcanza de inmediato. Poco a poco, mi mente empieza a aclimatarse a la realidad. El dolor en mi barriga es intenso, y recuerdo lo que ocurrió.

Lentamente, giro la cabeza hacia un lado y la veo. Marina está allí, dormida en un sillón junto a mi cama. Sus manos están sobre mí, como si estuviera sosteniéndome. Su cabello cae sobre el hombro, y la observo por un momento, incapaz de creer que esté allí, a mi lado.

Despierta asustada y es cuando veo la venda enrollada en su brazo.

—¿Te hizo daño? ¿Y nuestra hija, dónde está? —pregunto ansioso.

—Estamos bien. Noni está con mi madre.

Suspiro más aliviado.

—¡Hijo de puta! —vocifero seguido de un gemido.

—Pensé que habías contratado a los guardias para protegernos, pero en vez de eso enfrentaste todo solo —dice enfadada.

—Nunca imaginé que sería capaz de algo así. Está loco y lo sé, temía que intentara secuestrar a Antonella y no lo haría conmigo allí.

—Quedó internado.

—Eso es bueno, voy a estar más tranquilo así. —Cierro los ojos sintiendo el dolor agudo. —Deja de hablar, voy a llamar al médico. —Observo mientras Marina se aparta de la cama y camina en dirección a la puerta. Es la mujer de mi vida, y no me imagino sin ella. Tal vez mi corazón reconoció eso en el exacto momento en que nuestros ojos se cruzaron por primera vez, yo solo no estaba listo para vivir todo eso con ella. Se fue, maduró, se convirtió en esta mujer increíble, independiente, y educó a mi hija de una forma hermosa.

Cierro los ojos de nuevo, sintiendo que el dolor aumenta, y por un momento espero que mi madre entre por la puerta, preocupada por mi estado y dispuesta a preguntar cómo estoy. Sin embargo, probablemente está ocupada verificando los documentos de interdicción de Emiliano y trazando planes ambiciosos para asumir el control total de la empresa. Esa siempre fue su prioridad: adular a Emiliano para conseguir más poder. Ahora, tal vez perciba que, lejos de él, tendrá todavía más influencia y recursos a su disposición. Pero en lugar de que la mujer que me dio a luz entre por la puerta, allí viene Marina, acompañada del médico, con semblante preocupado y una mirada llena de amor. Luché por causas equivocadas durante mucho tiempo, y viví sin su sonrisa, que me trae paz. Aunque diga que no me ama y me mande lejos todas las veces, estaré allí, todos los días, esperando que me perdone. Deseo que me permita hacerlas felices a ella y a Antonella, como yo nunca lo fui antes de tenerlas en mi vida.



Marina Bianchi

Un mes después

Estoy sentada tranquilamente en la hierba de un lindo jardín bien cuidado, donde un lago añade encanto al paisaje. El sol ya se

está poniendo en el horizonte, pintando el cielo de tonos cálidos y dorados. Antonella no parece cansarse, corriendo de un lado a otro, persiguiendo las burbujas de jabón que Matteo hace con habilidad. La observo con una sonrisa de alegría en los labios, apreciando el cariño con que trata a nuestra hija.

Matteo me mira desde lejos con una sonrisa amplia que ilumina su rostro. Me hace una señal, invitándome a unirme a ellos.

—Creo que deberíamos considerar parar, querida. Ya es hora de que tomes un baño para estar listos para la cena —susurro, acercándome a Antonella y a Matteo, que sostiene su mano.

—¡No quielo! —Cruza los bracitos sobre el pecho, formando un puchero adorable que da ganas de apretarle las mejillas. Sin embargo, no puedo demostrar que sus berrinches son lindos. En vez de eso, mantengo mi mirada firme sobre ella, que encoge el pecho inflado y, con pasos decididos, sigue en dirección a la casa.

—Deberías dormir aquí esta noche, al fin y al cabo, no compré una casa tan grande para vivir solo —dice, caminando a mi lado.

—¿Una invitación para dormir? —bromeo, arqueando una ceja.

—No, es una invitación para que permanezcas en mi vida y despiertes a mi lado todos los días. Cásate conmigo.

Podría parecer una petición repentina o nada romántica si no estuviera repitiendo esa frase desde hace cierto tiempo, hasta el punto de convertirse en un repertorio casual en el que espera oír un no como las otras veces. Pero ¿qué demonios estoy haciendo rechazando la propuesta de matrimonio del hombre que amo?

—Creo que un altar montado frente al lago, en este atardecer magnífico, con una alfombra roja que se extienda desde la propiedad y muchos pétalos de rosas cayendo del cielo mientras camino hacia ti con una sonrisa radiante, será un momento memorable. —Sonrío al imaginar la escena y veo cómo su rostro se ilumina.

—¿Eso es un sí? —cuestiona con las cejas arqueadas.

Por un momento, es como si el tiempo se detuviera a mi alrededor, y me vi recordando todo lo que me trajo hasta aquí. Recuerdo cuando llegué a Milán, llena de sueños y planes que parecían distantes con el paso del tiempo y la dura realidad que enfrenté. Pero ahora, aquí estoy, a punto de decir "sí" a la persona más improbable, al hombre más esnob que conozco, pero también al hombre que robó mi corazón y me hizo creer en el amor verdadero.

Él me mira, sus ojos desbordando alegría, mis labios se curvan en una sonrisa y concluyo:

—Sí, Matteo, acepto casarme contigo. Gracias por hacerme creer en los finales felices y en los sueños que nunca deberíamos dejar de lado.

Me levanta del suelo en un abrazo apretado.

—¡Ella dijo que sí! —grita, y Antonella congela sus pasitos y corre en nuestra dirección, abrazándonos con una sonrisa radiante. No estoy segura de si entiende por completo lo que está pasando, pero después de tantas veces oyendo a Matteo decir que si yo decía que sí viviríamos todos juntos y ella ya no necesitaría ir a otra casa, eso fue suficiente para que diera saltos de alegría.

—Te amo —susurro, rindiéndome finalmente a sus constantes declaraciones.

Me besa apasionadamente, y Antonella nos rodea, aplaudiendo y riendo. Viviremos nuestras vidas juntos, construyendo un futuro lleno de amor. Este es el comienzo de un nuevo capítulo de nuestra historia, y no puedo esperar para vivir cada momento a su lado.

Epílogo



Matteo Ferrara

Cuatro años después

Antonella gira en la silla de mi despacho aquí, en el grupo Ferrara. Me había apartado de la presidencia, concentrándome en las franquicias del restaurante que Marina estaba expandiendo. Pero las cosas cambiaron después de que mi madre casi lleva al grupo a la quiebra. Consideré dejar las cosas como estaban, pero recordé a Laura, y cuánto amaba los hospitales, los proyectos sociales que desarrollaba, y no quiero que todo eso se pierda. Así que aquí estoy nuevamente frente a un grupo sólido y bien administrado por mí, claro.

—¿Ya terminaste, papá? —Antonella se levanta y camina en mi dirección, deteniéndose a mi lado junto a la mesa. Mira el portarretratos, con nuestra foto, y enseguida mira el cuadro con la foto inmensa de Laura, que ya estaba aquí mucho antes de que ella partiera y que dejé en el mismo lugar—. Cada día nos parecemos más, ¿no, papá?

—Sí, se parecen mucho. Ahora toma tus cosas, y vámonos —digo, levantándome.

—¿Vamos a visitar al abuelo hoy? —Su pregunta me hace soltar un largo suspiro. Mañana es el aniversario de la muerte de Laura, y sé que será un día difícil para Emiliano.

—Si quieres ir, por mí no veo problema —respondo, y ella sonríe, con el rostro iluminado.

Dejamos la empresa y seguimos hacia el lugar donde Emiliano continúa internado. Antonella camina hasta él, que está sentado solo en el jardín, mirando el horizonte.

—¿Abuelo? —dice con la voz llena de ternura, y él gira la cabeza de inmediato. Puedo ver en sus ojos que todavía se emociona con semejante parecido, pero ya no la llama Laura como hacía antes.

—Querida, ¿viniste a tomar helado con tu abuelo? —pregunta, abriendo los brazos, y ella se apresura a abrazarlo.

—Sí, vine a contarte unos chistes nuevos que aprendí. Pero ¿qué tal si antes me cuentas unas historias bonitas?

—Ah, sí, voy a contarte algunas, ven, siéntate aquí conmigo.

Él me mira, y veo gratitud en su mirada. Sonríe y me da una palmada en el hombro al pasar junto a mí. Sus ojos expresan el agradecimiento por las tardes que le proporciono al lado de la nieta que un día rechazó.

—Gracias por traerla, pero me alegra poder verte también.

—Siempre es bueno verlo.

—Ven, siéntate con nosotros, voy a contar una historia que te gustaba oír cuando eras niño.

Los acompaño y me siento con ellos en la hierba, observando la interacción de los dos. Los médicos dicen que la presencia de Antonella ha contribuido a su recuperación. Sin embargo, afirman que la mía también es significativa, ya que él constantemente pregunta si es hora de visitas, preguntando si su hijo ya agendó para venir también. Siempre que la respuesta es afirmativa, una lágrima resbala de sus ojos, mostrando su emoción.

Mi madre pasa más tiempo haciendo compras en París que aquí, pero siempre que regresa viene a visitarlo y también me visita

a mí, trayendo varios regalos para Antonella, y mi hija siempre la recibe con la mejor sonrisa.

Estoy agradecido por la hija y por la esposa increíble que tengo la suerte de tener a mi lado. Antonella es una niña maravillosa, dulce y de un corazón hermoso. Es un regalo maravilloso que Dios nos dio, alguien que nos hace ver la vida con nuevas perspectivas y nos ayudó a ver las cosas de otra manera. Incluso siendo tan pequeña ya nos enseñó tantas cosas.



Algunos días después...

—Pensé que no vendrían, los niños están locos esperando a su prima —dice Isabela en cuanto estacionamos en el jardín, donde hay un picnic organizado para los niños. Enrico saluda a lo lejos, dejando el tenedor usado para voltear la carne de la barbacoa.

Antonella sale del coche y corre en dirección a sus primos. Su risa se mezcla con las voces alegres de los otros niños mientras Marina y yo la observamos con sonrisas en el rostro... Isabella me sonríe, y eso es maravilloso, poder verla con otros ojos, poder ver el bien que le hace a Enrico, a quien extrañé mucho durante ese período alejados. Este es el comienzo de una nueva etapa de nuestras vidas, rodeados del amor de aquellos que más importan.

—Gente, ese olor me está matando. Enrico, ¿le pusiste ajo a eso? —Marina arruga la nariz con una expresión de náuseas.

Carlos llega enseguida junto a su novia, y casi en el mismo instante Enzo también aparece solo, como siempre, un soltero incurable.

—Hum... bebé a la vista, ¿eh, Mari? —dice Enzo con una voz divertida, acercándose.

—¿Tú crees? —Arqueo las cejas, girándome hacia él, y después vuelvo hacia Marina, que sonrío de forma sugestiva.

—Vaya, Enzo, no sabes guardar un secreto —rezonga.

—Ah... ¿en serio?

Las miradas curiosas se vuelven hacia Marina, y ella mira a Antonella, que está ocupada con sus primos y no prestó atención a la conversación de los adultos. Entonces, con un gesto sutil, Marina señala su barriga, y después se encoge de hombros con una sonrisa que me alegró el día.

—¡Ay, Dios mío! —grita Isabela, abrazando a Marina con lágrimas en los ojos.

Los amigos se acercan, llenándonos de abrazos y palabras de felicitación.

Marina y Antonella son mi puerto seguro y finalmente aprendí a valorar lo que realmente importa en la vida. Lo que no destruyó nuestro amor nos hizo más fuertes, y ahí reside la verdadera belleza de nuestra historia. Lo que sea que el futuro nos depare, sé que lo enfrentaremos unidos, porque somos felices juntos y estoy frente a todo lo que siempre quise.

—¡Te amo! —digo con ella envuelta en mis brazos.

Fin.

Agradecimiento



Me gustaría expresar mi profunda gratitud a todos aquellos que, de manera directa e indirecta, contribuyeron de forma significativa para que este libro pudiera finalmente alcanzar este punto. En particular, deseo extender un agradecimiento especial a mis lectoras beta, que fueron excepcionales. Agradezco a mi asesora Jackeline Siqueira por toda su dedicación. Por último, pero no menos importante, extendiendo mis cálidos agradecimientos a mis valiosas lectoras, que decidieron embarcarse en este viaje literario conmigo, compartiendo no solo palabras, sino también sentimientos y experiencias. Gracias por formar parte de esta historia. Suelo decir que tengo las mejores lectoras del mundo, ustedes enloquecen en cada etapa conmigo y están a mi lado incluso durante el proceso de escritura. Ustedes son increíbles.
